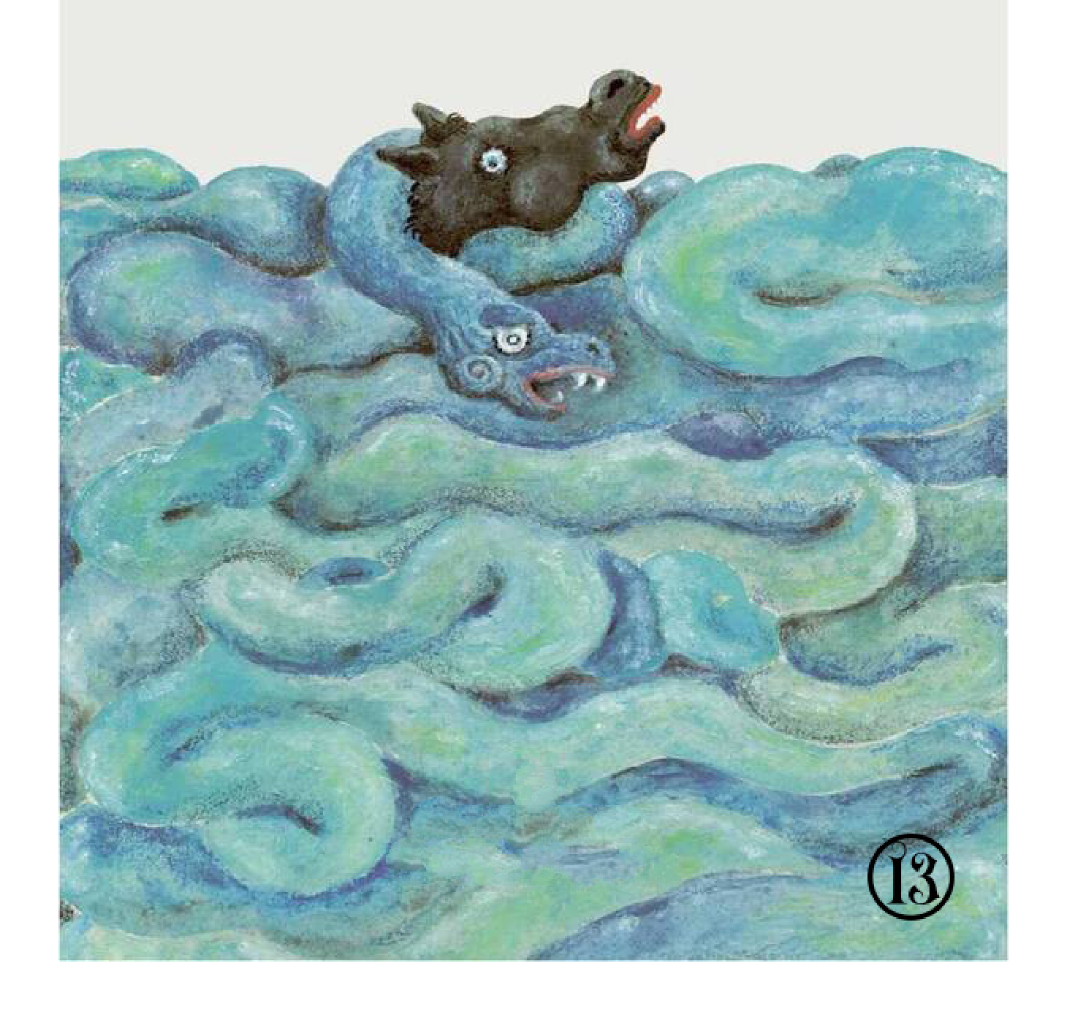
ÁLVARO ENRIGUE

Tu sueño imperios han sido



Hernán Cortés entra en Mehxicoh-Tenoxtitlan con sus nueve capitanes, sus dos traductores —el fraile Aguilar y Malinalli, intérprete y amante—, su tropa y sus caballos. Allí los agasaja con una comida la princesa Atotoxtli, hermana y esposa de Moctezuma, acompañada por los sacerdotes, y más adelante el propio emperador Moctezuma recibirá al caudillo Cortés. Unos no han visto jamás en su vida caballos, los otros nunca hasta ahora han probado el chocolate. Los españoles son bien recibidos en la ciudad, pero uno de los subalternos de Cortés, Jazmín Caldera, no se atreve a decirle que lo preocupante nunca había sido cómo llegar a Tenoxtitlan, sino cómo salir una vez que estuvieran adentro.

El ocho de noviembre de 1519 se produce el encuentro entre Cortés y Moctezuma, a quien nadie puede mirar directamente a la cara si él no le da primero su permiso. Es el encuentro entre dos mundos, dos imperios, dos idiomas, dos cosmovisiones.

Álvaro Enrigue

Tu sueño imperios han sido



Título original: *Tu sueño imperios han sido*
Álvaro Enrigue, 2022

Mapa: plano de Tenochtitlan, atribuido a Hernán Cortés, Núremberg. 1524,
Diseño de cubierta: Manuel Marsol

-

Revisión: 1.0

15/10/2022

A Aimé, por supuesto.
Y a Miquel, Dylan, Maia y Emilio G.

Otra vez dijeron: «¿Qué comerán los dioses? Ya todos buscan el alimento». Luego fue la hormiga a coger el maíz
desgranado dentro del cerro de las Mieses. Encontró Quetzalcóhuatl a la hormiga y le dijo: «Dime adónde fuiste a
cogerlo». Muchas veces le pregunta; pero no quiere decirlo.
Luego le dice que allá.

La leyenda de los soles, 1558
[Traducción de Ángel María Garibay].


Res fuerat quondam prestans, & Gloria summa
Orbis subiectus Cesaris Imperio,
Hic longe prestat, cuius nunc Orbis Eous,
Et Nouus, atq alter panditur Auspicio.
TEMIXTITAN
Quilibet punctus magnus continet leucas duode
cim cum dimidia, ita q duo magni puncti continent
viginti quinq leucas, Cõtinet autẽ leuca quatuor
Italica miliaria, ita q omnes puncti qui hic cõspi

Teresa querida,

ya tantos años, tantos libros. Aquí te mando el nuevo, como le prometí a Silvia que haría, antes del día quince. Te lo mando, creo, un poco más cuidado que en otras ocasiones. Con la edad llegan las inseguridades y el tiempo de revisión supera al de escritura.

Igualé tanto como pude las grafías de los nombres nahuas, pero seguro habrá traslapes y torpezas. Lo siento. Vayamos viéndolas, pero las dominantes son las correctas: Atotoxtli, Tlilpotonqui, Malinalli, etc. Para mí, que nací y crecí en la ciudad de México, esos nombres son tan excéntricos como lo son para ti.

Nota que, por ejemplo, Tenochtitlán, en la novela, es grave y está escrita con X: «Tenoxtitlan». Es, más o menos, el sonido que ese nombre tendría en nahua y no en castellano: «Tenoshtitlan». No es un tema de purismo, si hay algo que me vale madres es la pureza. Es solo que me gusta más cómo suena: tiene la gentileza de la lengua de los antiguos mexicanos si mueves el acento a la «I» y pronuncias la «X» como una «sh». Lo mismo para lo demás: el nombre «Atotoxtli» es un trabalenguas si pones «cs» en lugar de la equis y horripilante si pones nuestra venerable jota. «Atotoshtli», en cambio, es una hermosa emisión de voz, fácil de decir. El gentilicio con que los nahuas llamaban a los españoles, «caxtiltecas», funciona igual: «cashtiltecas». Y «Caxtitlan» —es decir «Castilla»— se pronunciaría «Cashtitlan», con acento en la I.

El sonido «tl» existe en castellano y no nos cuesta decirlo: «Atlántico», por ejemplo, pero es más difícil de pronunciar cuando queda al final de la palabra. En nahua era común que los nombres terminaran en «tl». Seguro conocerás a alguna

mexicana que, como la sobrina de Moctezuma en la novela, se llame Xochitl (Flor). No lo pronunciamos tal cual. Decimos «Sóchil», igual que a la lengua en que está escrito ese nombre le decimos «nahua» y no «nahuatl». El nombre Xochitl aparece unas cuantas veces en la novela, pero el del emperador Axayácatl sale un montón. No es que vayamos por ahí usando ese nombre —yo no conozco a nadie que se llame así—, pero, por asimilación, lo pronunciaría «Ashayácal». Una emisión de voz grave, tersa y fácil.

Notarás una inconsistencia: dejé Moctezuma y no puse Moteucsoma porque ese nombre me gusta más en castellano. Es una novela, y en las novelas —a Cervantes gracias— todo, hasta la ortografía, sirve al relato. Lo de la «c» y la «t» juntas es explosivo, como lo es el personaje que lleva ese nombre en esta historia.

No te me acalambres con las palabras nahuas hispanizadas que te vas a ir encontrando. Un lector mexicano tampoco sabe de entrada qué es un macegual o qué un pipil. Déjalas encontrar sus significados: al cerebro le divierte aprender cosas y estamos cableados para registrar nuevos términos. Además de lo obvio: no es lo mismo un *calpulli* que un barrio, o un colegio militar que un *calmecac*, aunque en algo se parezcan. Conforme vayas leyendo se va a ir aclarando.

No se trata de darle lecciones de nahua —que ni hablo ni leo— a nadie, solo de recuperar en algunos sitios los sonidos de esa lengua. No es nostalgia, no me mueven motores ideológicos. Todas las grafías y todos los términos en nahua están abiertos a discusión. Entiendo que si suelo decir «Londres» y no «London», no tengo por qué decir «Tenoxtitlan» en lugar de «Tenochtitlán», pero soy escritor, las palabras me importan. Me parece que, además de significar y señalar, invocan. Ahí te encargo. Abrazo recio,

Á.

PS: Te mando, como anexo, el elenco de personajes, con las grafías correctas, nombres, sobrenombres y roles para consulta.

LOS CAXTILTECAS

Capitanes:

Hernán Cortés (Hernando, Malinche, huei Caxtitlan): capitán general de la expedición caxtilteca.

Pedro de Alvarado: primo de Cortés, segundo al mando en la expedición caxtilteca.

Jazmín Caldera: principal socio capitalista de la expedición de los caxtiltecas y tercero al mando.

Luengas, Vidal, Ordaz, Oviedo, Lugo, Olid: otros capitanes.

Traductores:

Gerónimo de Aguilar: sacerdote andaluz, náufrago y esclavo de un sacerdote maya en Acumal, traductor del maya al castellano.

Malintzin (Malinalli, Marina, Tenepal): princesa nahua de Oluta, cortesana del rey maya Tabascoob, traductora del maya al nahua en la expedición caxtilteca.

LOS TENOCHCAS

Colhuas:

Axayácatl: emperador (huei tlatoani), padre de Moctezuma. Muerto.

Tízoc y Ahuizotl: emperadores (huei tlatoque), hermanos menores de Axayácatl. Muertos.

Moctezuma: hijo de Axayácatl, emperador (huei tlatoani) y general supremo de las tropas de la Triple Alianza, compuesta por las ciudades de Tenochtitlán, Texcoco y

Tacuba.

Atotoxtli: princesa, emperatriz, hija de Axayácatl, hermana y esposa de Moctezuma.

Cuitláhuac: hermano menor de Moctezuma, señor de Iztapalapa, general del ejército mexica y primero en la línea de herencia imperial.

Cuauhtémoc: nuero de Moctezuma, general del ejército mexica y segundo en la línea de herencia imperial.

Mexicas:

Tlilpotonqui: cihuacóatl (alcalde) de la ciudad de Tenochtitlán y general supremo del ejército mexica.

Tlacaelel: heredero del rango de cihuacóatl.

I. Antes de la siesta

El capitán Jazmín Caldera, nativo de la villa de Zarzales, Extremadura, no podía comerse el caldo de guajolote con flores que tenía enfrente, aunque estuviera muerto de hambre y se presintiera exquisito. Le habían asignado en la mesa un lugar entre el sacerdote de Xipe y el de Tezcatlipoca. El primero llevaba por capa la piel, ya renegrida por la pudrición, de un guerrero sacrificado hacía quién sabe cuánto. El segundo tenía la greña, que no se había cortado ni lavado desde su profesión en el templo, charpeada por lustros de sangre sacrificial diaria de güilota, a veces de tortuga o coyote, pero también, en fiestas grandes, y había una cada veintena, de guerrero preferiblemente tlaxcateca.

Jazmín Caldera extendió la mano para tomar el pocillo de barro cristalizado en el que una mujer le había servido chocolate disuelto en agua con miel, chile y vainilla. Aspiró el olor tan profundamente como pudo. Enfocó la mirada en su plato, tratando de ignorar el perfume a lobo que desprendían sus compañeros de mesa. Alzó la vista en dirección a la cabecera. El capitán general de la expedición lo veía fijamente, ordenándole, con esos ojos helados que tenía, que no dijera nada y se comiera de una buena vez su sopa.

Desvió la mirada a la izquierda. El sacerdote de Xipe estaba pintado de los dedos de los pies a la frente con bandas negras y azules. Llevaba, debajo de la piel humana que le servía de capa, un impecable manto blanco con bordados de plumas que recordaban al retoño de plantas de maíz. De sus orejas pendían dos discos enormes de jade en torno a cuya circunferencia habían sido impuestas serpientes de oro y plata. Pesarían horrores, seguro dolían. Debajo del labio tenía un bezote de oro: la cabecita de un perro, que entraba y salía de los pliegues de su barbilla cada vez que daba un trago de sopa o chocolate como si estuviera jugando en una casita de piel.

El sacerdote de Tezcatlipoca iba vestido con menos lujo, llevaba un manto rojo sin patrones. Tenía el cuerpo, o lo que se le veía del cuerpo, todo pintado de negro, salvo el área de la cara entre la nariz y la barbilla, que era también roja. La cinta con la que se ataba la mata desorbitada y pestífera por arriba de la cabeza podría haber ornado el cuello de garza de la hija de un grande de las Españas: perlas de río, cabecitas de jade, animalitos de coral persiguiéndose por el camino de un hilo de plata. Tenía los dientes afilados a lima, como si fuera un gato.

Jazmín volvió la mirada al plato, al pocillo de chocolate, al capitán, que no cesaba de acusarlo con la suya, sentado a la cabecera codo a codo con la princesa Atotoxtli. Ahora alzaba las cejas para acentuar la urgencia de su orden: ¡Yanta! Caldera alzó el pocillo de chocolate y le dio un largo trago. Aunque esa bebida era, tal vez, lo que más le gustaba de todo lo nuevo y mucho y extraordinario que habían probado desde el desembarco, casi la devuelve. Era imposible disociarla del olor a sangre cuajada de sus compañeros de mesa.

Aun así, el golpe de excitación inmediata que producía el cacao, al que todavía no se acostumbraban los recién llegados —un cosquilleo en la nuca, una sacudida en la espina, unas ganas tremendas de hacer lo que sea de inmediato—, lo hizo sospechar que podía animarse con la sopa a pesar del tufo. Tomó el plato entre las manos y mientras se lo iba acercando a la boca sintió de nuevo las arcadas. Lo dejó. Ahora la princesa también lo veía con curiosidad.

Jazmín alzó la mirada, la alzó en cualquier dirección menos la de los sacerdotes y el capitán general. Miró por arriba de la frente de Aguilar y Malinalli, que estaban sentados justo al otro lado de la mesa y eran gente acostumbrada a comer hasta carne humana. Vio hacia la pared y pensó en la ciudad de selenitas que se desbordaba detrás de ella. Regresó con la imaginativa a sus templos, sus canales y sus barrios flotantes circundados por las balsas inmensas, rectangulares, cada una idéntica a la anterior en forma y tamaño, en que los mexicas tenían sus hortalizas y campos de flores. Recordó los ejercicios espirituales que había hecho en el colegio de los jesuitas de Trujillo y siguió reviviendo las imágenes que se habían acumulado en su mente durante el día. El lago que

enmarcaba la ciudad y hacía imposible que escaparan si el emperador daba la orden de soltar a las águilas. Se enfocó en los volcanes tutelares que cerraban el valle y que había sido endiablado cruzar para poder ver el Anáhuac, poblado de ciudades blancas, fortificadas con torres y templos. Volvió a ver Amecameca, el arranque de la calzada de Iztapalapa por la que cruzaron el lago, el arco arreglado con flores, el cortejo del mítico Moctezuma y el momento en que el tarado del capitán general casi lo echa todo a perder por tratar de abrazarlo. Entraron en la ciudad, el alcalde los acomodó en el palacio de Axayácatl —tan sereno y hermoso— y los sentaron a comer ahí mismo, en el refractario de los emperadores de antaño, con el séquito de la princesa. Habían llegado al mero corazón de la gran e invicta ciudad de Mehxicoh-Tenoxtitlan, y estaban casi completos.

Todo era un poco borroso, confuso. Un honor que tal vez no se merecieran. Habían llegado con un esfuerzo descomunal y una voluntad de locos, habían probado ser buenos soldados, habían seguido cuando nadie más habría continuado, siempre apostando con desventaja. Tenía mérito. Pero aquello había sido el camino, la gresca, un juego a muerte pero un juego al fin. Ahora que estaban en el palacio y en presencia de la princesa le parecía que el bote podía empezar a hacer agua por cualquier lado. Sentado entre tantas cosas tan grandes y tantos personajes saturnales, sentía que el capitán general ya parecía otra vez lo que era en Cuba: un extremeño malencarado y sin maneras. Sentía que eran provincianos, chiquitos, paletos. Que cualquier descuido podía revelar que en realidad eran unos chantas hijos de puta que decían venir en nombre de un emperador al que nunca habían ni siquiera soñado con ver y, en verdad, no representaban ni al adelantado de Cuba, a quien engatusaron para hacer lo que estaban haciendo.

Respiró. Volvió la vista al plato, pero no pudo tomarlo entre las manos. Dijo con una voz sin trueno, más bien amable, como si comentara la tibieza del sol del Anáhuac, que lo perdonaran, pero que así no se podía comer.

El capitán general dibujó una sonrisa y ladeó un poco la cabeza. Movió la mandíbula atrás y al frente varias veces. Cada vez que adelantaba el mentón los ojos se le rasgaban un poco: una cosa horrenda. Jazmín Caldera afirmó discretamente con su propia

cabeza como reclamando paciencia, pero más bien para que su superior dejara de hacer ese gesto de pesadilla. Volvió a tomar el plato de sopa entre las dos manos. Respiró hondo para atrapar sus aromas y el olor a sangre seca y piel podrida volvió a bloquearlo. Bajó el plato, puso las palmas abiertas sobre el lienzo que cubría la tabla y cerró los ojos. No perdió la compostura. Controlando el vómito y su tono de voz, entornó los ojos de derecha a izquierda como para señalar a los sacerdotes y dijo: ¿Es que vean esto? Y le sonrió al capitán general, como para que se apiadara de él.

El caudillo le dio un buen trago a su sopa y expresó con un mugido que estaba buenísima. Miró sonriendo a la princesa Atotoxtli, sentada junto a él. Sin dejar de mostrar afabilidad en la cara, pero con los puños crispados sobre el lienzo que cubría la mesa —tenía los nudillos blancos de rabia por la insubordinación de Caldera—, dijo en tono casi cantarín: Cállate y yanta, malparido; nos está agasajando la emperatriz. Caldera sonrió. Es que no se puede, respondió, si supieras a lo que huelen, Hernán; este de aquí junto seguro se desayunó un puré de niño. El capitán general le devolvió la sonrisa y dijo, en el tono que usaría para comentar lo fresco que estaba el chocolate dulce: Tú no hueles a rosas; calla y yanta y luego vomitas todo lo que necesites. Malinalli, la traductora nahua, alzó la vista de su plato. Le preguntó en maya a Aguilar, el traductor castellano, si deberían repetir lo que Caldera y Cortés decían para beneficio de la princesa, los nobles y los sacerdotes que atiborraban la mesa. Él le murmuró al oído, también en maya, que no, que creía que no, que era pura cháchara de conquistadores.

La traductora hablaba nahua y maya, pero no castellano. Y Aguilar hablaba maya y castellano, pero no nahua. Las conversaciones entre los colhuas y lo que ella y el resto de los mexicas llamaba caxtiltecas tenían que pasar por el filtro de ambos. Entonces Malinalli notó la mirada como puño de la princesa Atotoxtli —que además de la hermana del emperador era su esposa—, esperando a que tradujera lo que se había dicho. Alzó la cara, sonrió y dijo en nahua: Están comentando que todo está delicioso. La princesa movió la boca de un lado a otro, un gesto que implicaba que no le creía nada. La traductora se alzó de hombros y dijo, reclamando paciencia: Ya sabe, son unos salvajes, creen que ese jugo de fruta podrido que traen desde sus tierras sabe bien, así que

no se pueden creer que exista el chocolate.

El sacerdote de Xipe, que acababa de fulminar su sopa, eructó con impunidad de santo y se limpió la boca con el dorso de la mano —el maquillaje se le corrió un poquito—. Dijo en nahua, más bien como si estuviera hablando para sí mismo: Son unos brutos y huelen a perro y caca, yo los sacrificaba de una vez, antes de que nos acostumbremos a ellos. La princesa lo reprendió con la mirada. Se va a hacer lo que mi hermano diga que se haga, dijo con firmeza. Aguilar carraspeó un poquito, para llamar la atención de Malinalli. Le consultó en maya qué estaban diciendo. Ella le respondió: El sacerdote le preguntó a la princesa si le gusta Hernando; ella dijo que le parece guapo, pero que esa no es conversación para una reina. Aguilar alzó su pocillo de chocolate y, mirando a sus compañeros, dijo: Vamos bien, España. Miró a Jazmín, sobre quien tenía un ascendente particular, y le señaló: Y tú te comes la sopa, que no van a servir lo que sigue hasta que termines y todos tenemos hambre. Caldera pensó en las batallas que les había costado estar donde estaban y pudo poner las cosas en proporción. Se la terminó de un trago. Salud, dijo el capitán general alzando su chocolate.

Badillo había sido mozo de cuadra de Hernán Cortés desde la conquista de Cuba y su sirviente desde el bachillerato. Era rubio, rosado y gelatinoso. Hablaba poco y mal, era alérgico a todo y podía pasarse horas mirando un árbol. Sus limitaciones, que lo habrían hecho tropezar por el escalafón militar incluso antes de ingresar en él, lo hacían en cambio extraordinario en el manejo de los animales. El capitán Alvarado, dueño de un corcel negro azabache llamado Tenebra, decía de Badillo que babeaba en castellano porque en lo que en realidad hablaba era en caballo. Incluso Tenebra, tan malo y desobediente como su dueño, hacía lo que fuera con docilidad perruna si era Badillo quien se lo pedía.

La entrada a la ciudad había sido pomposa y ordenada, pero lo que siguió fue sobre todo un revoltijo. El famoso Moctezuma había salido a saludar al capitán, pero llegó tarde a la cita, intercambió el mínimo indispensable de palabras y torpezas con él y se fue de vuelta a su palacio. El ejército realmente innumerable de guerreros enemigos de Tenoxtitlan que los conquistadores habían sumado en el camino se habían revirado. No iban a entrar a la ciudad y nadie entre los españoles de a pie entendió por qué sin ellos eran apenas un puñado de desorientados. El alcalde —o quien decían entre la tropa que era el alcalde— los había llevado a las carreras al alcázar en que los hospedaron. Había un tumulto de nobles y militares, incienso, formalidades que de verdad eran un enigma. Nadie entendía nada.

Una vez dentro del palacio, el alcalde guio a los capitanes a sus habitaciones. El jefe de ballesteros dividió a la tropa en pelotones por oficio y unas damas con los pies pintados de blanco de los tobillos para abajo se fueron llevando a los distintos cuerpos de castellanos a sus habitaciones. Todos actuaban como si Badillo y sus caballos no existieran, así que el caporal se vio de pronto solo con

sus animales en lo que sería el patio de armas del alcázar si las cosas fueran en Tenoxtitlan lo que eran en España. Estaba a cargo de 27 jacas en total: la del caudillo, las de los nueve capitanes, y las de los 17 soldados de caballería. No los iba a dejar solos. Así que se metió al palacio con ellos para buscar algo parecido a una cuadra. Los mexicas podían tener la ciudad más grande, poblada, flotante y bonita del mundo, pero prácticos no eran: no tenían ni ruedas ni caballerizas, a Badillo no se le ocurría que era, precisamente, porque no había caballos.

El alcázar era grande y al caporal le parecía imposible orientarse en él, así que le pidió al oído a Cordobés —el caballo del capitán general— que los llevara a un huerto. Los animales cruzaron en fila y con modestia varios salones, pasillos, patios e incluso pequeños jardines interiores guiados por la nariz de la cabalgadura capitana hasta que encontraron un parque lleno de frutales y flores en los fondos del palacio. Solo Tenebra se cagó en un corredor, y cuando Badillo volvió a limpiar la caca, alguien ya la había levantado y trapeado el piso.

El almuerzo con la princesa pudo haber terminado bien después del incidente de Caldera y la sopa. Hubo comunicación y ni los sacerdotes ni los capitanes —los factores de riesgo, dado que ambos grupos tenían una conexión tal vez demasiado pobre, tal vez demasiado rica, con la realidad— cometieron ninguna torpeza. Los nobles —a los que los mexicas llamaban pipiles—, los capos de los barrios, los miembros del Consejo y el alcalde intervinieron poco. Los traductores llevaron como pudieron la conversación que, si tuvo algún defecto, fue solamente la escasez.

Ya iban por el noveno plato —estaban solo a cinco de los dulces, el tabaco y el éxito diplomático—, cuando Cortés alardeó sobre el ejército de tlaxcaltecas, huejotzingas y otomíes que lo respaldaba. La princesa, que estaba oliendo con fruición el platillo con una torta de romeritos bañados en salsa de jitomate, le dijo al caudillo, mediante los traductores, que había logrado lo imposible juntando a esa gente que nunca había llegado a nada porque llevaban siglos peleando entre sí por el mismo valle, que debió ser triste verlos dispersarse para que Moctezuma autorizara la entrada de los caxtiltecas a Tenoxtitlan. Cortés respondió, mediante los traductores, que no se habían dispersado, que estaban esperando al otro lado de la calzada de Iztapalapa, que el emperador había permitido que se instalaran ahí por el momento.

La princesa intercambió unas frases cada vez más crispadas con el alcalde. Malinalli dejó de traducir al maya y hundió la cabeza entre los hombros. Todos, menos los sacerdotes, dejaron de comer. La emperatriz retiró su sillón de la mesa y miró a los convidados, le preguntó otra cosa al alcalde, que trató de calmarla. Entonces alzó el cuello como una dragona, como la madre de todos los jaguares, como la emperatriz de la ciudad invicta que era cuando no estaba cumpliendo deberes diplomáticos, y señaló a Caldera, diciendo algo

que hizo que incluso los sacerdotes alzaran la cara. Malinalli le murmuró en maya a Aguilar lo que había dicho y él lo repitió en castellano, mirando a Jazmín. Dice que tú eres quien más confianza le da entre nosotros, que eres el único con la cordura para no querer compartir la mesa con los sacerdotes porque huelen a ponzoña, pero que tienes la voluntad de un águila y al final yantaste. Te pregunta dónde están los tlaxcaltecas y quiere que le respondas honestamente.

Caldera miró a Cortés, que le dijo: Di la verdad. Aguilar y Malinalli tradujeron. Están en Iztapalapa, dijo. Atotoxtli fue pura majestad cuando se levantó de la mesa. ¿La cagué?, le preguntó Caldera a Cortés. No, no, dijo el caudillo, pusiste huevos e hiciste lo que había que hacer. Y viendo hacia los demás: Vamos mejor, España.

Atotoxtli era una tormenta cuando entró al comedor real, en el que sabía que Moctezuma —su hermano y maridoiba— comía solo. Desde hacía veintenas, pero sobre todo tras la derrota de Cholula y la rebelión de Texcoco, el emperador se había ensimismado y había perdido interés por todo.

No salía de sus cuartos, no despachaba asuntos en el salón del trono, se pasaba el día en camisón, fumando y —se murmuraba en los salones— comiendo más hongos mágicos cada día. La conversación de los pipiles, que antes solían acompañarlo mientras comía —sentados a distancia y con la cabeza cubierta por una tela gruesa— y a la que puso siempre mucha atención porque la figura del emperador colhua en la ciudad de los mexicas siempre era una pizca frágil, ahora le parecía irrelevante e insoportable.

Atotoxtli todavía traía puesto el tocado. Montárselo de vuelta fue la única ceremonia que ejecutó antes de salir del palacio de Axayácatl. Su guardia de águilas, que estaba siendo atendida en la cocina, tuvo que apresurarse para seguirla, igual que el cortejo de pipiles, consejeros, capos y sacerdotes que habían departido en la mesa con ella.

Salió de las Casas Viejas —así le decían los colhuas al alcázar de los emperadores de antes—. Seguida por su cortejo, cruzó la ciudadela de los templos, y entró a paso de fiera al edificio nuevo desde el que gobernaba su marido y hermano. Los peticionarios —nobles, comerciantes y diplomáticos— que esperaban inútilmente audiencia con el emperador apenas habían tenido tiempo de bajar la cabeza y desviar los ojos hacia el suelo cuando Atotoxtli pasó como un astro en llamas frente a ellos antes de internarse en el laberinto de pasillos, patios y cuartos que Moctezuma ocupaba fuera de la vista de quien no fuera familia cercana. Se quitó las sandalias sin detenerse, una en un pasillo y otra en el siguiente.

El emperador se estaba metiendo en la boca un taco de chapulines en salsa de aguacate —los imperiales dedos anular y meñique bien enhiestos como signo de nobleza— cuando la princesa cruzó el vano, entró al comedor y se detuvo en seco al otro lado de la mesa larguísima en la que nunca se había sentado a comer nadie más que su hermano. Se quitó el tocado dramáticamente y lo tiró al piso.

El tlatoani tenía la cabeza inclinada y el taco en el aire. La dama que atendía todas sus necesidades, una media sobrina de ambos llamada Xóchitl, estaba de pie, con la cabeza gacha, en un rincón del cuarto. El emperador mordió su taco sin dejar de mirar diagonalmente a su hermana. Masticó el primer bocado, el segundo, y lo terminó. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Hasta entonces no enderezó la cabeza, aunque siguió sosteniendo la mirada sobre Atotoxtli de forma oblicua, ahora con la barbilla entre las clavículas, porque ya no veía tan bien como antes. Te puedo mandar ahorcar por esto, le dijo. Siguió, sin perder la calma: ¿Qué va a decir toda la gente que te vio pasar? Que vine a verte llorando, respondió ella, porque metiste a la tropa de mendigos de Caxtitlan en mis habitaciones del palacio de papá.

El emperador se metió la uña del meñique en el espacio entre dos dientes en que se le había atorado la cáscara de un chapulín. Papá se murió hace veinte años, dijo, el tío Tízoc gobernó cinco en las Casas Viejas y Ahuizotl otros quince, no dijiste nada cuando te mandó a Malinalco y se mudó a tus cuartos; eres la emperatriz y tus habitaciones están en mi palacio.

Cuando Moctezuma decretó que nadie sin sangre real podía trabajar en su administración, demandó también que su hermana fuera la consorte imperial. La idea era terminar de una vez con las disputas de todas las demás esposas sobre su herencia. El matrimonio con Atotoxtli era, como tantos entre la nobleza de Tenoxtitlan, puramente simbólico: aclaraba que Moctezuma no iba a reformar las leyes de sucesión y que el heredero no sería un hijo suyo sino, como siempre había sido, un militar invicto, descendiente en línea directa de la reina colhua con la que estuvo casado Acamapichtli, el primer emperador. Un colhua maduro, disciplinado y graduado con honores del calmecac. Es decir: Cuitláhuac, su hermano menor. Cuando muriera Cuitláhuac se

extinguiría para su generación la línea de los colhuas y llegaría al trono un descendiente de la amante y esclava tenochca del emperador Acamapichtli. Un militar mexica invicto, maduro, disciplinado y graduado con honores del calmecac. Es decir: Cuauhtémoc, su sobrino por sangre y nuero por estar casado con su hija mayor. Todos eran lo mismo porque llevaban doscientos años casándose entre sí y en la familia ya era mucha más la sangre mexica que la diáfana herencia de los colhuas, pero el sistema evitaba las guerras civiles y funcionaba sin fisuras. Para la gente de la costa, que no entendía esas sutilezas genealógicas, todos eran colhuas —eso era lo que les decían a los caxtiltecas en el camino: Vayan a la capital de los colhuas. Para la gente que vivía en las ciudades cercanas, eran mexicas: los que vivían en Mehxicoh, el islote que era el ombligo del lago. Ellos mismos se llamaban tenochcas— los descendientes de Tenoch. Los historiadores ingleses del siglo XIX, que en realidad no entendían nada de nada, les pusieron aztecas para ahorrarse el problema y se quedó.

Atotoxtli, que hasta la boda con su hermano había sido la mujer más acaudalada y libre del imperio —nunca se quiso casar, su estatura como colhua hija de emperador se lo permitió—, se había tenido que mudar de palacio, había tenido que abandonar a sus amantes, había sido forzada a adoptar las disciplinas imposibles que imponían los sacerdotes, había tenido que aprender a mamarse los festivales con sus impúdicos baños de sangre y sus almuerzos de caníbales. A manera de venganza había esparcido el rumor según el cual Moctezuma la obligaba a dormir con él para hacer un hijo a su semejanza. A Moctezuma le escandalizó el chisme en cuanto lo escuchó, pero descubrió pronto su utilidad: las concubinas —todas reinas, algunas de riqueza y títulos cuando menos influyentes— se concentraron en discutir si la pareja iba a ser fértil, y no en cuál de sus infinitos moctezumitas podría aspirar al trono.

Pero ¿por qué en mis habitaciones?, preguntó la emperatriz, las Casas Viejas están llenas de cuartos, los hubieras mandado a otros. Porque tus habitaciones siempre están listas por si te despacho de vuelta por majadera. Luego tocó una campanita de plata.

La princesa iba a responder, pero se contuvo, en parte porque el emperador le acababa de señalar la talla de su privilegio —generalmente, cuando alguien salía de palacio, no era de vuelta a su

casa sino al fondo del lago— y en parte porque la dama se acercó a su hermano para retirarle el plato.

Xóchitl, que hacía todo su trabajo sin alzar nunca la cabeza ni darle nunca la espalda al tlatoani, tomó el servicio donde había estado el taco de chapulines. Él esperó a que saliera del comedor para mirar a su hermana a los ojos y preguntarle qué era lo que de verdad le quería decir. Lo que la había hecho enojar no podía ser el hospedaje de los caxtiltecas, lo sabía desde antes. Ella se miró los dedos de los pies pensando en cómo articular exactamente lo que quería anunciar sin incurrir de más en su furia: llevaba semanas particularmente volátil. El huei Caxtitlan, dijo, presumió en la mesa que permitiste que los tlaxcaltecas se instalaran en Iztapalapa. Moctezuma alzó la cara y la vio con una mirada larga y peligrosa. Desde cuándo, preguntó, los ejércitos enemigos son tu asunto. Ella dobló la espina un poco más. ¿Y?, dijo el tlatoani, te acabo de hacer una pregunta. Atotoxtli tartamudeó. No es mi asunto, dijo, pero lo que me dio coraje es que Tlilpotonqui lo negó, dijo que no, que él es el cihuacóatl, el que manda en la ciudad, y que de ninguna manera era cierto; que él había estado contigo cuando llegaron los caxtiltecas y que habías ordenado que su ejército se dispersara; le pregunté a un caxtilteca y confirmó que el cihuacóatl me estaba mintiendo.

La dama entró con el siguiente plato, pierna de guajolote en salsa de diez chiles con chocolate. Lo puso en su sitio y esperó a que el emperador lo oliera. Él hundió el índice en la salsa y la removió contemplando las ondas en su superficie encerada. Se volvió a la dama y dijo: El mole está bueno pero hoy no quiero guajolote, trae el siguiente plato. La doncella hizo una reverencia y alzó la fuente. Ya que estaba a punto de salir, caminando para atrás con la cabeza gacha —no era fácil—, él dijo: Primita, y ella se detuvo. Manda un águila para que acompañe a la princesa a su cuarto, donde va a poder reflexionar sobre su conducta.

Atotoxtli pegó un grito de frustración mientras la dama se esfumaba por el pasillo. El emperador la apuntó con el dedo todavía un poco enmolado y anotó sin perder la calma: No puedes hacer escándalos que deshonren a la casa, y si te tengo que borrar, te borro. Ella, con la frente en alto, recogió el tocado que había quedado sobre el piso y avanzó hacia el vano del comedor, también

sin darle la espalda: sabía que lo que su hermano le había dicho era estrictamente cierto. Moctezuma le preguntó: ¿Siquiera dejaste a los caxtiltecas bien instalados? Ella murmuró: Me levanté antes de los dulces, pero el cihuacóatl se encargó de instalarlos desde antes del almuerzo. El emperador se puso rojo como un jitomate. Atotoxtli temió lo peor, él solo se echó a llorar. Ya vete, dijo, estoy solo; el imperio se cae en pedazos y no puedes ni terminar de almorzar con mis invitados; vete antes de que lleguen los guardias; tú te mereces la humillación, pero el imperio no, vete. Ella hizo una reverencia y corrió.

El capitán Jazmín Caldera estaba batallando con una de las hebillas de las correas de su peto cuando el caudillo preguntó adónde iba con tanta prisa. Se quedó inmóvil un momento, la correa de los agujeros en una mano, la de la hebilla en la otra y el torso en contorsión. Luengas y Vidal habían dejado de afanarse en sus armaduras para virarse a atender al capitán general. Escuchó que Hernando decía: Yo creo que podemos aflojar un poquito, ¿no?, el almuerzo con la princesa fue un éxito; nos falta la conversación con el emperador y los tenemos en el bolsillo.

Jazmín era más cuidadoso que los demás. Era amigo cercano de Cortés y hablaba mucho con él, aunque nunca de estrategia o cualquier otro asunto militar; ambos eran buenos lectores, Caldera había invertido suficiente capital en la expedición para ser prácticamente intocable, pero los cambios de humor mercúricos del caudillo a menudo terminaban cayéndole en el regazo, en parte por resentimiento —era el único de la compañía que había nacido rico — y en parte porque si algo salía mal, siempre era culpa suya o de Aguilar porque preferían dormir con mancebos. Dijo: Como digas, Hernando, pero hay que pasarle lista a la tropa, ver que les hayan dado de comer, revisar que no les falte forraje a los caballos. No pasa nada si aflojas un poco, insistió Cortés; llegamos hasta el corazón del imperio, logramos que se pelearan la emperatriz y el alcalde, y estamos casi completos. Jazmín prefirió no decirle que lo preocupante nunca había sido cómo llegar a Tenoxtitlan, sino cómo salir una vez que estuvieran adentro.

Los nueve capitanes, el caudillo y los traductores se habían quedado solos en el comedor del palacio de Axayácatl después de la tempestad de la princesa. Siguieron comiendo, un poco desconcertados, los platos que faltaban, hasta que Malinalli dijo, a través de Aguilar, que no se preocuparan, que los colhuas eran

melodramáticos y malhumorados, que siempre estaban tensos porque les parecía que disfrutar algo atentaba contra la impaciencia de sus dioses. Cortés miró a Aguilar y él se alzó de hombros. Yo no conozco a los señores colhua, dijo el traductor, nunca estuve en su imperio. El caudillo lo pensó y arrojó una conclusión que justificaba su modorra: Ella sabrá. La traductora se levantó de la mesa, hizo una reverencia discreta y agregó en maya que, si se lo permitían, se iba a ahorrar los postres, no aguantaba más sin un baño. Aguilar tradujo y Cortés concedió.

Terminados los dulces, los capitanes se habían distendido por el comedor. Cortés había prohibido el vino hasta que estuvieran seguros de que la hospitalidad de Moctezuma era sincera, por lo que pidieron más chocolate señalándole los pocillos de barro vidriado a una de las mujeres que levantaban la mesa. Ni se le ocurría, por supuesto, que la mitad de las salsas de los platos que se habían comido eran modestamente alucinógenas y que esa relajación tan sabrosa que sentían era en realidad una bienvenida al entrepiso esotérico en el que vivían siempre instalados los colhuas. El caudillo retiró su sillón empujándose del borde de la tabla con las manos y los pies. El asiento se deslizó por el suelo de cedro pulido como si tuviera ruedas. Alvarado, que estaba sentado junto a él, se levantó y se fue a tirar a una de las bancas de cantera cubiertas por cojines de algodón y pluma adosadas al muro.

Había sido entonces cuando Jazmín Caldera les hizo una señal con las cejas a Vidal y a Luengas. Los tres se levantaron y fueron a recoger sus armas del rimero en que las habían dejado cuando, entrando al almuerzo, vieron que las sillas de los colhuas eran un tramado semicircular de maderas con el respaldo completamente cubierto de piel, sin sitio para que colgara la espada. Al ver Cortés los sillones y notar que ni los pipiles ni los capos de los barrios iban armados, que los jefes tlaxcaltecas no habían sido invitados y que los sacerdotes eran inofensivos, se quitó el peto y el arma y los dejó en un lugar de acceso fácil por si hubiera una emboscada. Sus demás capitanes hicieron lo propio.

Mientras se desarmaban —no era ni fácil ni rápido—, Aguilar les había explicado que ese tipo de sillas se llamaban equipatles, que eran un invento de los colhuas y que servían precisamente para que nadie se pudiera sentar armado a la mesa, lo cual era considerado

una descortesía imperdonable. Esta gente, anotó, detiene las batallas al mediodía para que los ejércitos contrincantes se sienten a yantar cada uno en su campo y tomen siesta. Alvarado le murmuró a su capitán general en el oído que eran unos huevones.

Jazmín volvió a su equipal, se dejó caer en él —tenía algo de uterino—, estiró las piernas y le dedicó atención al espacio en el que estaban. Era un salón grande, con techos altos sostenidos por vigas cilíndricas y recubiertos con losas de barro para mantener el fresco en días de calor y el calor en los de frío. El piso era de cedro pulido con un grado de perfección que no había visto ni siquiera en los palacios florentinos que alguna vez visitó como secretario de un grande de España. El vano que le daba entrada desde el pasillo estaba en el centro del recinto y las paredes estaban cubiertas de estuco encalado. En la parte baja tenían un guardapolvo rojo, un poco más oscuro que las láminas del piso. Las paredes tenían unas ventanas altas que admitían la entrada de la luz sin permitir la vista desde el exterior —el rumor de la ciudad atenuado por el jardín arbolado que separaba el edificio de su muro defensivo. Estiró el brazo y tocó, casi acarició, la pared. Liso como nalga de infante real, dijo, sin que nadie le hiciera caso, salvo Aguilar, que le respondió: Los templos de los mayas son todavía más lisos, más blancos y más brillantes. Dos de las cuatro paredes tenían la sempiterna banca de cantera en forma de ele, labrada con motivos que le parecieron mariposas, tal vez polillas, y pájaros. Caldera sintió algo entre la tristeza y la vergüenza al pasar la mirada por el sitio en que Alvarado, tirado sobre una de las bancas, descansaba en los cojines blancos sus botas cuajadas por los lodos del camino y las sangres de los enemigos. En las cuatro esquinas del salón ardían los braseros que mantenían el cuarto tibio y servirían como luminarias una vez que caía la noche. Era noviembre, hacía fresco.

Alvarado se incorporó, se sentó en la banca y dijo: La verdad es que el palacio es majo, tan chulo como el de Mérida, y, mirando hacia el capitán general, ¿te acuerdas cuando nos llevó la tía Candela a visitarlo? Cualquier conversación con él terminaba siempre derivando más temprano que tarde en que había crecido con Hernando porque eran primos: era el único de los capitanes que no había invertido en la expedición, así que se sentía urgido a explicar constantemente, y sin que nadie se lo pidiera porque todos

lo sabían, la razón por la que él era el segundo de a bordo y no Caldera, que había puesto casi tanto como el propio Cortés, mayormente debido a que se aburría muchísimo en su plantación en Cuba.

El capitán general, dando un bostezo de león y con los ojos cerrados en parte por la modorra y en parte por la añoranza, dijo: Es mucho más grande que el palacio de Mérida; Granada, parece Granada con tantos patios con sus fuentes en el centro, las habitaciones que les habían asignado estaban en torno a dos patios con alberca que las damas de servicio habían retacado de flores para que se bañaran.

Caldera alzó las cejas, se rascó la nuca. Era el único que había hecho la ruta de Levante antes de hacerse a las Indias. Había visto Valencia, Barcelona, Marsella, las dos Sicilias y la costa Adriática antes de viajar por tierra a Florencia y Roma. También Aguilar, el traductor que fue fraile, había viajado, conocía incluso París, pero tendía al silencio. Se parece a Venecia, dijo Caldera, por los canales, pero esta es más grande, mejor fortificada. El capitán respondió, sin abrir los ojos: Es la Venecia del infierno, como si hubiera estado en alguno de los dos lugares. Aguilar miró a Jazmín y le murmuró: Ojalá se equivoque.

Después de un silencio pastoso, Luengas alzó la voz. Hernando, dijo, con todo respeto y conociendo mi lugar, estoy preocupado por las bestias. El capitán general le respondió que no tenía por qué. Alvarado anotó: Badillo las habrá llevado a las caballerizas, ¿correcto? El capitán general alzó las cejas y miró a su primo. ¿Cuáles caballerizas? Se viró hacia Jazmín y le ordenó: Vayan, siempre sí. Vidal, Luengas y Caldera se levantaron como resortes. Vayan armados, dijo el capitán general, sabrá Dios qué se encuentren.

Moctezuma todavía estaba sorbiendo mocos y limpiándose las lágrimas con el índice y el pulgar cuando Xóchitl volvió con la siguiente fuente. Filete de trucha rebozado en pápalo y bañado en salsa de semillas de calabaza. Se detuvo al poco de cruzar el arco de la puerta cuando escuchó que el huei tlatoani estaba llorando. Sigue, primita, dijo él. Ella avanzó. Mientras acercaba el plato, el emperador se tragó un sollozo y dijo: Ya no se necesita a los guardias, que no me interrumpan. Ella depositó el plato, que vibró un poco antes de quedar sobre la mesa. ¿Por qué tiemblas?, le preguntó Moctezuma, ¿No llamaste a los guardias? Ella viró la cabeza en señal de contrición. Él intentó aspirar el olor del pipián, que no le olió a nada por la moquera. Insistió: ¿No los llamaste porque se te olvidó o porque estabas tratando de evitarle la humillación a la princesa? Ella no dijo nada. Habla tranquila, dijo él. La princesa es hermana de mi padre, dijo la dama, me cuidaba cuando era chica. ¿De quién eres hija?, le preguntó Moctezuma. De tu hermano Centli. Yo no tengo ningún hermano llamado Centli. Era hijo de tu papá, no de tu mamá. Moctezuma le sonrió y le acarició una mejilla. Ve a buscar a otra primita para que me atienda, dijo, y vete tú con los guardias, diles que digo yo que te ejecuten en privado. La dama apretó la cara, contuvo las lágrimas. ¿Qué te pasa, primita?, le preguntó el emperador alzándole la barbilla. La miró a los ojos. Ella abrió los suyos: nunca había visto la cara del hombre que acababa de condenarla a muerte, se imaginó que así se vería la de su padre, que había sido ejecutado en las purgas al principio del reino. Respondió con más tristeza que rabia: Ni siquiera sabes mi nombre, dijo; hemos vivido en el mismo palacio mis veintitrés años de vida, eres mi tío, tu papá es mi abuelo, llevo cinco sirviéndote todas las comidas, me estás mandando a ejecutar, y ni siquiera sabes mi nombre; me voy a alzar

como la niebla y nadie va a recordar que pasé por el mundo.

El emperador volvió la mirada a su plato y estiró una mano para tomar una tortilla. La hizo rollo y la hundió en el pipián. Primita, dijo. Ella abrió más los ojos. Ya vete, agregó él, diles que te ejecuten en público.

Malinalli se zambulló en el agua y recordó el día en que selló su pacto tal vez a muerte, probablemente a muerte, más a muerte que nunca ese día en que habían entrado a la Tenoxtitlan invicta, con los forasteros. Se había metido en una poza del río Cintla con el capellán de la expedición y este le había dicho, según le explicó más tarde Aguilar, que su nombre cristiano era María del Mar, Marina. A ella le gustó tanto que olvidó para siempre su nombre original —Tenepal— y lo adoptó como nombre único, aunque todavía no pudiera pronunciarlo bien. Malina, Malinalli —en diminutivo afectuoso, como la diosa de las flores—, Malintzin para los colhuas, que se referían a ella así: Malintzin, doña Marina.

No había tenido una vida fácil, pero era la que había tenido. Había nacido la hija mayor y única del cacique de Olutla en las tierras viejas, profundas y dulces del Golfo y por eso hablaba un nahua anticuado, como sacado de los cantos. También hablaba popoloca, la lengua madre de la que venían las palabras fundamentales: chile, cacao, chichi, hule. Era como alguien que hablara castellano en la calle y latín en casa. Para los señores de Tenoxtitlan era una aparición, un emisario del pasado. Es, le dijo Aguilar a Caldera tratando de explicar la admiración incómoda de los colhuas cuando Malinalli traducía para los emisarios de Moctezuma camino a la capital, como si Ovidio le pidiera la sal en la mesa al papa León, como si un día estuviera Platón en un simposio y el que alzara la mano hablara como Aquiles. Le decían Malintzin, doña Marina, porque conectaba con el mero fundamento de todo. Fue por eso que cuando llegaron a la ciudad ella tenía más fama que Cortés: nadie sabía que él se llamaba Hernando, Helnantzin —lo debieron haber llamado— porqué para ellos era el huei Caxtitlan —el que habla por Castilla— y el acompañante de Malintzin: el Malinche.

El padre de Tenepal murió joven y su tío heredó el cacicazgo de Olutla, con todo y esposa. Cuando la madre quedó embarazada del nuevo gobernante, el padrastro se deshizo de la niña para asegurar que la sucesión cayera en su creatura, una historia común. Después de un periplo que prefería no recordar, Tenepal terminó en la corte del rey maya Tabscoob, que fue derrotado por los caxtiltecas en la batalla de Cintla. Ahí fue entregada, con otras diecinueve esclavas jóvenes, al caudillo. Para entonces ya era trilingüe.

Pronto Aguilar, que, por hablar maya como el rey Tabscoob, era quien se comunicaba con las esclavas, descubrió a Tenepal. No era la mejor echadora de tortillas, pero hablaba, además de maya, nahua y popoloca. Le dijo a Cortés que trabajando con ella podían traducir la lengua de los colhuas de Tenoxtitlan: ella del nahua al maya y él del maya al castellano; era la pieza que les estaba faltando. Cortés la metió en su séquito y su hamaca. Le ordenó al capellán de la expedición que la bautizara ejemplarmente, así que hicieron la ceremonia del río Cintla y le pusieron María del Mar, Marina, Malinalli, porque sus carnes eran un piélago indiano: tocaban todos los mundos.

Cuando Caldera y detrás Luengas y Vidal —los tres armados hasta los dientes— comenzaron a caminar por los pasillos del palacio de Axayácatl tratando de encontrar a Badillo y los caballos, hallaron las partes deshabitadas del edificio tan silenciosas y sombrías que les pareció que estaban haciendo una caminata por el fondo del mar. Es, dijo Vidal, como si fuera domingo y ayer lo hubiera sido y mañana también. Luengas, menos dado al vuelo lírico, dijo que tal vez fuera domingo. Jazmín no les iba poniendo atención. Él, que consideraba idiota la orden de llevar siempre puesto el peto y el casco hiciera el calor y la humedad que hiciera, se los tocaba cada tanto para confirmar que estuvieran bien atados. Tanta soledad y silencio le daban ñáñaras.

Caldera pensó que lo mejor era volver a la entrada principal y empezar desde ahí con la búsqueda de los caballos, así que desanduvieron el camino hacia el corredor que daba a sus habitaciones para orientarse. Por ahí los había llevado el alcalde. Caminaron en dirección opuesta a la que siguieron a la llegada.

Llegaron al salón del trono, en el que les habían dado una bienvenida con sahumerio a su llegada. Los inciensos de los colhuas eran particularmente densos y durante la ceremonia de bienvenida al palacio los habían ahumado con tanto entusiasmo y esmero que a Hernando le entró un ataque de tos salvaje. Habían salido de ahí corriendo, guiados por el alcalde y dejando atrás a un tumulto de nobles, militares y sacerdotes que habían sido invitados al homenaje.

Caldera y sus dos hombres se detuvieron en el mero centro de la sala del trono, que ahora estaba vacía. Esa mañana habían visto el hervor de gente en las calzadas, los barrios flotantes atestados de gente, las barcas casi hundiéndose de tanta gente que había salido a verlos, y una vez que entraron al islote de la ciudad misma, gente

retacando plazas y azoteas de edificios que de por sí mareaban por el delirio de su adorno. Habían entrado al palacio con un gentío y luego todo habían sido prisas hasta el almuerzo, de modo que no habían tenido tiempo de procesar el contraste entre lo atestado de la ciudad exterior —puro tumulto y filigrana— y el ascetismo reposado del interior del edificio. Los pasillos interminables, sin muebles ni pinturas, las celdas con una estera, una mesita y un brasero, los salones inmensos con cuando mucho una mesa ovalada y cinco o seis equípales, muros largos sin más adorno que el guardapolvo o la sempiterna banca empotrada en la pared.

El salón en que los habían recibido y en el que estaban de vuelta era rectangular. Desde dentro se entraba en él por un vano modesto, opuesto a otro idéntico al otro lado del rectángulo. Además había una entrada principal, que daba al patio de armas y los muros defensivos del palacio. El portal estaba orlado por dos columnas y un travesaño de cantera que tal vez contara la historia de una guerra. La sala, según les habían explicado antes de la sahumadera, había sido el sitio en que atendían los emperadores hasta la unción de Moctezuma. Estaba toda pintada de azul, con guardapolvos altos color ocre, un lujo que en Europa solo habría sido imaginable para el rey de Francia. El techo era de cedro blanco, tan bien pulido como el piso. Además de los braseros en cada esquina, había en esa habitación solo una tarima, también de madera, sobre la que todavía estaba el trono de los emperadores de antaño.

Qué manera de cagarla el capitán general, ¿no?, dijo Luengas mientras veían otra vez el trono, ahora demoradamente. Vidal se rio. Caldera sonrió y les pidió con un gesto que bajaran la voz. Aunque el comedor había quedado palacio adentro, le parecía que cualquier murmullo podía viajar para siempre por esos pasillos. En cuál de las dos la cagó más, preguntó Luengas con un susurro, cuando trató de abrazar al emperador en la calzada o aquí. Vidal se tragó la risa. La de aquí fue *peccata minuta*, respondió, la del abrazo todavía no entiendo cómo la libramos: nos habrían podido matar a todos ahí mismo.

Esa mañana, después de que el alcalde les diera la bienvenida al palacio y antes de la ceremonia del sahumerio, uno de los consejeros de Moctezuma —sus rangos no podían ser más altos: además de informar y matizar las decisiones del emperador, eran

los electores oficiales del siguiente— había sido quien les contó que ese sillón era el trono de Acamapichtli, una reliquia. Según les había explicado Aguilar, que a su vez había escuchado la explicación de Malinalli, el viejo había sido consejero de dos emperadores antes de elegir a Moctezuma y su cargo era: el que Vela por las Veredas de Piedras Preciosas y los Hilos de Plata que Abrazan al Maíz cuando es una Pequeña Joya. Era en realidad, explicó Aguilar, además de consejero, el ministro de Aguas —un puesto de peso en una ciudad flotante. El viejo había hablado del trono con reverencia y ternura y al final de su alocución había dicho: Nos imaginamos que estás cansado, Malinche, por las dificultades del camino, y ahora ya estás en tus humildes aposentos como un padre en su casa, así que descansa, siéntate en el trono si quieres, y así gobiernas sobre nosotros, los pobres ignorantes, porque eres más sabio. Hernando debió haber agradecido la oferta y dicho que cualquier estera sería buena para sus huesos o que el asiento de tan grandes emperadores era sagrado para él, pero dijo: Bueno, y se trató de sentar. El alcalde lo interceptó antes de que impusiera el sello de su culo mal limpiado tras meses de campaña en el cojín forrado de plumas de quetzal.

Todavía con Cortés apretado por el brazo —no se fuera a abalanzar de nuevo y los guerreros presentes se lo degollaran antes de que el tlatoani pudiera entrevistarlo—, le explicó mediante las lenguas de Aguilar y Malinalli que lo que había dicho el consejero era una fórmula de cortesía, a lo que el capitán general respondió que era una pena, porque aunque la jornada no había sido larga, sí estaba cansado porque Moctezuma los había hecho esperar mucho tiempo en la puerta de la ciudad y la inquietud de los caballos entre tanta gente le había jodido un poco la cadera. El consejero que Vela por las Veredas de Piedras Preciosas y los Hilos de Plata que Abrazan al Maíz cuando es una Pequeña Joya demandó una traducción de Aguilar y Malinalli y peló mucho los ojos cuando la escuchó, lo cual no era fácil: debía tener unos ciento diez años. Otro consejero, igualmente milenario y cuyo cargo era el que Abre y Cierra el Caudal de Luz cuando se Toca el Tambor en el Templo del Colibrí que Cruza los Espejos de Obsidiana Alimentado por Nuestra Sangre —es decir, el jefe de policía—, dijo, según traducción de Aguilar y Malinalli: Mejor procedamos al rito del sahumerio.

Sin cuerpos, sin penachos ni armaduras, sin espadas, cascos y capas de pluma, sin los esclavos tainos ni los artilleros, los arcabuceros, los lanceros, los ballesteros y los peones; sin las doncellas de palacio con los pies pintados de blanco y los capos de los barrios con sus mantos y camisas apenas más lujosos que los de las sirvientas, el salón se veía aún más grande e imponente. Alcanza para hacer un jaripeo, dijo Luengas, si es que a Badillo no se le escaparon ya todos los caballos.

Vamos, dijo Caldera, y cruzaron el salón escuchando solamente el tla-tla de las suelas de sus botas en el piso de palacio.

Salieron por el vano opuesto al que habían usado para entrar. Al otro lado encontraron otro pasillo, más celdas, más patios, todos en orden idéntico al espacio en que estaban sus aposentos pero invertido. La única diferencia era que las albercas de los patios no estaban llenas. Caminaron hacia el final del pasillo y llegaron hasta el que sería el equivalente de la habitación de Hernando y Marina. Ahí viraron a la derecha y cruzaron el patio correspondiente, la alberca vacía también. Calculaban que habían alcanzado la esquina opuesta a sus cuartos en el edificio, de modo que se sorprendieron al encontrar otro pasillo que corría, otra vez, hacia los dos lados. Viraron a la izquierda para caminar hasta el sitio en que se encontraran con el que fuera el muro que diera al exterior de ese lado, opuesto al de ellos. Más celdas, más salones, más patios, albercas sin agua, el tla-tla de las suelas de sus botas. Giraron a la izquierda dos veces más antes de asumir que estaban completamente perdidos.

Igual siguieron caminando, entre estáticos y aterrados —acaso los hubieran encantado para que les pareciera que el palacio no tenía fin—, hasta que sintieron un olor a cacao siendo molido con esas semillas de aroma enloquecedoramente delicado y generoso, un olor que despertaba el apetito aun cuando uno ya hubiera comido tanto que tenía el mal del puerco, que venía de un aceite de semillas a las que habían llamado vainilla porque crecían como un cascabel dentro de una pequeña vaina. Siguieron el hilo de Ariadna que les tendió el olor.

Moctezuma estaba un poco filosófico pero sobre todo de malas cuando terminó de comer. Pide que me traigan al cihuacóatl, le ordenó a la nueva primita, que le retiraba los platos mientras él se alisaba la túnica. Y llévame el tabaco al patio, agregó.

Cruzó el salón, el pasillo y salió. Era un cuadrángulo encalado. En el centro había una alberca alimentada directamente por un flujo de agua de los manantiales de Chapultepec. Las canaletas por las que bajaba estaban descubiertas para que el sonido de su paso se mezclara con el ruido de las hojas y los pájaros si se alzaba una brisa. Adosadas a los muros, había las bancas de cantera de siempre, pero en este caso eran verdes. Las habían traído de Oaxaca, su conquista más reciente.

Se sentó del lado de sombra a digerir. Aunque pasaba ya del mediodía, los macetones de flores olían intensa, casi tóxicamente: las sirvientas los regaban y sacudían antes de que se sentara a comer en caso de que, como esa tarde, quisiera tomar un poco de fresco antes de proceder a la siesta.

Vio venir a una de las damas menores con su pipa recién cargada y un platito de jade en el que ardía una brasa acompañada por unas pinzas de oro. La dama caminaba con la mirada baja. Le tendió la pipa y el platito. Él los tomó. Puso la brasa en la banca y se metió la pipa a la boca. Luego tomó las pinzas, la brasa y la encendió. Cuando alzó la mirada pensando en preguntarle a la dama cómo se llamaba y de quién era hija, ya se había ido.

Caldera había notado, desde que comenzaron a cruzar el lago caminando por la calzada de Iztapalapa, que las diferencias entre los barrios flotantes —calpullis, los llamaba Aguilar y parecían todos iguales— solo se volvían discernibles por los olores, tan intensos, que despedían. Durante la cabalgata, como siempre, los habían puesto lado a lado y el fraile devenido en esclavo maya devenido en conquistador devenido en traductor le fue hablando de lo que sabía de la ciudad porque se lo había escuchado a los comerciantes cuando era esclavo en Acumal. Le iba traduciendo los olores que reconocía, o que podía empatar con sus recuerdos de las conversaciones de los viajeros del sur, que hablaban obsesivamente de Tenoxtitlan desde un sitio intermedio entre el agravio y el arrobo. Los calpullis eran islas artificiales —chinampas, las llamaban Aguilar y Malinalli—, amplias y edificadas. Tenían un templo modesto, una placita, un edificio para la administración pública y laberintos de casas y patios en los que vivían los maceguales, la gente común. Cada calpulli tenía su propia industria, en la que los maceguales servían afanándose en la chinampa en la que vivían o en otras, fijadas con pilotes en el fondo del lago. Eran, al mismo tiempo, barrios, villas, sembradíos y gremios.

Habían pasado por el notorio calpulli de los recolectores de mierda humana —se utilizaba como abono y para curtir pieles—, el de los cortadores de carne de venado y conejo, el de los guajoloteros y el de los cultivadores de unas plantas que se comían en tortitas de huevo de pato —un romero bravo que tenía un sabor exquisito y olor a pantano. Pasaron por las chinampas del calpulli que cultivaba las flores —sus islas cuajadas de plantíos se perseguían rumbo al horizonte como si llegaran hasta la costa— y el de los que sembraban todas las clases del tomate —incluido el original, que producía sueños porque era mágico—, también por las

tosigosas chinampas en las que se producían todas las variedades de chile del altiplano.

Cuando, casi al fin de la calzada, llegaron al arco que abría paso al islote natural que era el corazón del imperio —es como la cité de París, le dijo Aguilar—, se encontraron con la comitiva de Moctezuma. Capas de plumas iridiscentes y mantos de colores que no sabían que existían; hombres protegidos por toldos y detrás de ellos jóvenes hieráticas vestidas con sencillez pero maquilladas como si hubieran salido del otro mundo y apenas se estuvieran aclimatando. Los guerreros llevaban pieles y tocados que reproducían al animal que los protegía. Caldera sintió que la majestad de su casco crestado, tan airoso y bravo, tan gallardo y español, había quedado reducida a la elegancia de un bonete de gaitero. Había sacerdotes disfrazados de dragones, guerreros con adornos de plumas como templos. Los pipiles, civiles o militares, llevaban un delicado ramito de flores entre las dos manos, que olían constantemente y contrastaba con la iracundia lunática de sus vestidos. A los conquistadores les pareció una bonita costumbre que no se les ocurrió asociar con sus propios olores.

Todos, hasta los sacerdotes, iban descalzos porque el emperador iba a hacer una rara aparición fuera de palacio. No que sus pies corrieran ningún peligro: del arco de entrada a la ciudad en adelante, la calzada estaba cubierta por una alfombra de flores que unos maceguales tan atareados como invisibles iban refrescando cuando la presión de los pisotones abría un claro en el suelo. Al frente de todos, vestido con un manto blanco y un tocado sencillo —una diadema de plata con un ramo de plumas en torno a una pieza de jade, una capa en la que Aguilar le dijo que había representada una escoba y un perro—, estaba el alcalde de la ciudad. El cihuacóatl, dijo. Es, continuó, el segundo hombre más poderoso del imperio.

Cortés intercambió algunas palabras de cortesía con el alcalde. Este dijo: Bienvenido a tu ciudad y tu reino, está a tu disposición y la del rey todopoderoso que te envió; tus amigos y tú deben estar cansados del camino, pasen a nuestra casa, que es pobre pero es nuestra y ahora es la casa de ustedes; tomen de ella lo que necesiten, trataremos de servirlos lo mejor que podamos. Después de escuchar las traducciones sucesivas de Malinalli y Aguilar, el

capitán general respondió: Qué calor con este solazo y la humedad del lago, ¿no?; ¿será que ya viene Moctezuma? No se bajó del caballo, ni inclinó la cabeza antes de hablar como había hecho su interlocutor. Por supuesto, ni se le ocurrió que se tendría que haber quitado las botas para aceptar con la humildad correspondiente la bienvenida del tlatoani. La traducción de Aguilar, pensó Caldera, debió ser más agraciada que las palabras del capitán: nadie se mostró ofendido.

El huei tlatoani, era cierto, se tardó lo suyo en llegar. Llegó en andas toldeadas, sentado en su trono. Llegó abriendo las aguas de pipiles, sacerdotes y guerreros. Los tamemes que lo iban cargando —unos pipiles tan pipiles que todos eran colhuas— lo bajaron con cuidado y, en cuanto pudo, puso pie en tierra, más bien distraído. Se estiró el manto, se sacudió la capa y se rascó la parte de atrás de la cabeza, con lo que se le ladeó el tocado, que no se enderezó, tal vez porque daba lo mismo: era una gloria de plumas. Cortés desmontó y, a pesar de las ganas que tenía de hacer de su arrogancia y sus malas maneras un espectáculo, posó una rodilla en el piso. Estaba, después de todo, frente al hombre más famoso en todo un mundo. El emperador se le acercó y le señaló que se levantara con un gesto. Cortés lo hizo, quitándose el casco. Moctezuma le dijo, de manera formulaica y perezosa, como si el conquistador fuera uno de sus burócratas: Esta es tu ciudad, Malinche y huei Caxtitlan, es tu casa y nosotros tus sirvientes; pasa y toma posesión de ella en nombre de tu rey; descansa, te preparamos unos aposentos en la casita de mi padre. Fue entonces cuando Cortés, como transportado por la presencia de un emperador de verdad, de un personaje como de las novelas de caballerías que tanto disfrutaba, trató de abrazarlo.

Los capitanes saltaron al unísono para matarlo. Uno, más joven, que luego les presentaron como general y nuero del emperador, llegó primero y le habría cortado la yugular de un mordisco si el alcalde, siempre un paso atrás de Moctezuma, no se hubiera interpuesto para llevar al capitán general de vuelta a su caballo y sugerirle con gestos que lo montara de nuevo. Antes de que lo hiciera, Moctezuma le dijo, a través de los traductores: Disculpa al general Cuauhtémoc, todavía es muy joven, así que es tan amante de las flores que a veces las corta demasiado rápido por la urgencia

de olerías. Cortés o no entendió o no se dio por aludido. Dijo, mirando al general: Mucho gusto, y se subió a su caballo. Luego siguió la negociación —tensa, demasiado rápida— sobre las tropas tlaxcaltecas y el anuncio de que Moctezuma los visitaría en las Casas Viejas después de cenar.

El emperador se regresó, con la arrogancia con que había llegado, por donde había venido. Se veía las uñas de la mano derecha mientras se sentaba de vuelta en la silla de las andas imperiales. Cuando sus pipiles lo alzaron, cruzó una pierna para ponerse a desprender las flores que se le habían quedado pegadas en la suela de las sandalias. Todos quedaron inconformes. Los conquistadores decepcionados por la brevedad del acto y lo manifiesto de su desinterés por escuchar el mensaje de Carlos I y los mexicas confundidos de que hubiera sido para darle la bienvenida a esa panda de cirqueros que hubiera decidido, al fin, salir de sus habitaciones. Si hay algo en lo que españoles y mexicanos siempre han estado de acuerdo es en que cualquiera sabe más del arte de gobernar que el gobierno.

Tlilpotonqui, el cihuacóatl, acababa de apagar la pipa reclinado en su estera cuando una de las doncellas le dijo que Moctezuma quería hablar con él, que lo estaba esperando en el patio del comedor real. Ya estaba en camisón, listo para la siesta, así que bufó. Era el único hombre en todo el imperio que lo habría hecho; el único, contando a todos los príncipes amigos y enemigos de la tierra, que no habría considerado que ese era el mejor o el peor momento de su vida. No es que fuera un cínico, o que le disgustara su trabajo y posición, o que tuviera alguna diferencia fundamental con el huei tlatoani, pero ya no tenía la flexibilidad de antaño: volverse a poner el enredo y la capa le dolía en todas las articulaciones. Y el día no había sido bueno. Iba a tener que dar explicaciones.

Se tomó su tiempo. Hizo unas abluciones, se puso el enredo y se sentó en la estera a limpiarse la cerilla de las orejas durante el tiempo que habría tardado en ofrecer algo de sangre a los dioses, un acto ampliamente recomendado antes de presentarse frente al tlatoani. Lo usual era sangrarse las pantorrillas, los lóbulos de las orejas, o incluso la pinga, con una aguja de maguey. Fingió unos estertores por si la enviada del emperador lo estuviera esperando afuera.

Se levantó y se asomó por el vano de su habitación. No había nadie: sus gruñidos habían sido inútiles. Volvió al interior, se echó la capa sobre los hombros y salió al pasillo.

Cuando el huei tlatoani y el huei Caxtitlan se encontraron esa mañana al final de la calzada de Iztapalapa, los forasteros iban seguidos por el ejército innumerable y ciertamente intimidante que se les había sumado en el camino. Malinche y él mismo habían discutido brevemente y mediante sus traductores quiénes entraban al islote y quiénes no. El tlatoani le había dado una orden sumaria y

directa desde que se supo qué día llegarían los caxtiltecas: Asegúrate de que los señores de Tlaxcala y los caballos queden adentro, no importa a qué costo.

El cihuacóatl arregló el asunto como pudo: los cuatro señores de Tlaxcala, su guardia personal y todos los caxtiltecas siguieron rumbo al palacio de Axayácatl en el islote y el grueso de la tropa, que a ojo de pájaro le pareció que era el ejército tlaxcalteca completo más un infinito de gente que tuviera pleito con Tenoxtitlan, se dio la media vuelta y se regresó al pueblo de Iztapalapa, donde empezaba la calzada. Los dos señores viejos de Tlaxcala, siempre había dos jóvenes y dos viejos, los colhuas no entendían por qué recordaban a Axayácatl como un hombre sobrio y generoso en la victoria, así que aceptaron el acuerdo a pesar del desasosiego de los señores jóvenes, que hubieran preferido mandar a la mierda la diplomacia y jugárselo todo entrando con el ejército completo de una buena vez.

La procesión fue rara. Hasta cierto punto suponía una derrota: los enemigos del imperio habían llegado a las puertas de Tenoxtitlan. Pero no llegaban porque hubieran vencido a la ciudad en el campo de batalla, sino porque traían consigo a un grupo de extranjeros que le interesaba a Moctezuma. A pesar de ello, la procesión tuvo la forma de una victoria. El cihuacóatl, que además del alcalde de la ciudad era el comandante general del ejército de los mexicas, marchó al frente y seguido por los forasteros, como cuando regresaba triunfal de una guerra. La gente salió a verlos, como hacía siempre, con banderitas blancas de papel y ramos de flores que arrojaban a los pies de los recién llegados como símbolo de gratitud porque iban a tener un turno en la piedra de sacrificios ofreciendo su sangre para el beneficio de los dioses tutelares de la ciudad.

Durante las marchas de la victoria los guerreros enemigos capturados hacían el paseo mostrando tanto orgullo como podían —morir sacrificado garantizaba una buena calidad de otra vida—, pero con los huevos en la garganta: la de la piedra de los sacrificios no era una chulada de muerte y para llegar a ella a veces había que pasar veintenas en una jaula en el patio de la casa del guerrero que los había capturado. Miraban con los labios lívidos y los ojos dando saltos por voluntad propia a la multitud que ondeaba las banderitas

y arrojaba flores, pensando que al final esa canalla iba a comprar en el mercado un filetito de su brazo o su lomo para comérselo en salsa de jitomate mágico sobre una tostada.

Los cuatro señores tlaxcaltecas y su guardia entendían lo que estaba pasando, así que hicieron la marcha nerviosamente, inseguros por haber aceptado hacerla sin la tropa entera con la que habían llegado a la ciudad. Los caxtiltecas, en cambio, iban felices, recogiendo los ramos de flores para olerlos y devolvérselos a la gente con una sonrisota, una majadería.

Fue cuando ya estaban bien adentro de la ciudad y Moctezuma ya se había desviado rumbo a su palacio —el cihuacóatl se seguiría rumbo a las Casas Viejas con los forasteros— que el general Cuauhtémoc se le acercó a Tlilpotonqui para informarle que el ejército enemigo se estaba deteniendo al final de la calzada de Iztapalapa y estaba sentando reales al pie del cerro de la Estrella.

Era un gesto de desafío que en una situación diplomática menos complicada hubiera sido considerado una acción de guerra, pero no era del todo inesperado. Lo que sí era inesperado era que fuera Cuauhtémoc quien hubiera pasado el mensaje y no Cuitláhuac, el hermano menor de Moctezuma, heredero de la tiara imperial, el águila que le rendía cuentas al cihuacóatl y, sobre todo, el rey de Iztapalapa. Era una ruptura clara de la cadena de mando y el signo de que estaba faltando una pieza. ¿Dónde está Cuitláhuac?, preguntó Tlilpotonqui, recordando que tampoco había estado presente en el cortejo de Moctezuma, en el que debió ser el primer guerrero. Nadie le hizo caso: había demasiada agitación, demasiado nervio. Además de que, de un tiempo a la fecha, la gente que solía temblar si él pronunciaba su nombre le ponía menos atención, lo miraba con cierta condescendencia. Como si haber cumplido setenta años lo descalificara para ciertas cosas.

Calculó que no había modo de que Cuitláhuac hubiera aceptado que los tlaxcaltecas se quedaran en su reino y pensó que había algo muy ominoso en que no hubiera estado presente en el saludo de Malinche y Moctezuma. Su presencia implicaba la continuidad del imperio. ¿Dónde está Cuitláhuac?, volvió a preguntar, y ni Cuauhtémoc ni los consejeros le hicieron caso.

Que los tlaxcaltecas se instalaran en Iztapalapa y que el rey de la plaza estuviera ausente era, además de un signo de debilidad de los

colhuas, un mensaje que resultaría insoportable para la gente de Tenoxtitlan. El cerro de la Estrella era el sitio donde se celebraba la fiesta del sol nuevo, y la presencia del enemigo en las laderas del monte implicaba que, llegado el momento, se podrían subir a la cumbre y el templo que la orlaba como para colgarse del astro y no dejarlo salir: forzar el ocaso del imperio.

Tlilpotonqui entendía que lo del sol nuevo era una superstición, que al sol le importaba un carajo si los colhuas le sacrificaban güilotas y guerreros en el templo mayor de Tenoxtitlan, pero también entendía que si su ministerio invertía tantísimo en los festivales de las veintenas era porque los tenochcas se creían esas cosas, o hacían como que creían porque le traían riqueza a Tenoxtitlan, le daban solidez al mundo y permitían el flujo de hongos mágicos y biznagas delirantes que hacían tolerable la vida en una ciudad en la que se trabajaba sin descanso. Los festivales, con sus cabezas cortadas, sus cuerpos desmembrados y su chorreadera de sangre por la escalera del templo, eran asquerosos, pero también traían comilonas, música, bailes, ebriedad. Reunían familias y eran la única ocasión para que las hijas e hijos de los maceguales miembros de distintos calpullis se conocieran; sin festivales la sangre mexica se diluiría, produciría adefesios; eran un quiebre en el flujo de los días y una afirmación del orgullo de la gente. La calmaban y mantenían a los sacerdotes —siempre reacios y facilitos para la ofensa— cebados, drogados y en paz.

Nunca supo si Moctezuma creía o no en lo de los sacrificios y el sol y el maíz y las lluvias. El tlatoani, veinte años menor que él, le había parecido desde chico diestro, valiente e impredecible; un estratega formidable —el mejor que había visto—, pero que por lo mismo era, también, extraordinariamente opaco. Era un hombre religioso, pero no sabía hasta qué grado. Antes de ser elegido emperador había sido —durante el reino tumultuoso de Ahuizotl— sacerdote de Tezcatlipoca. No era que el joven Moctezuma fuera particularmente religioso, era que el templo de Tezcatlipoca, al que lo adscribieron en una sesión secreta del Consejo, era un lugar seguro para que el general favorito de los tenochcas sobreviviera a las purgas de candidatos a emperador que solían seguir a las coronaciones. En ese periodo había aprendido a usar a la casta sacerdotal como una milicia, pero el cihuacóatl nunca tuvo claro si

lo hacía con fe o sin ella, si de verdad pensaba que sacarle el corazón a alguien, y chorrear de sangre la tierra, la alimentaba.

Tlilpotonqui recordaba a Moctezuma como el niño que se sentaba a los pies de Axayácatl cuando recibía en el trono. Lo recordaba como el mejor de los novicios del calmecac —el colegio militar— y también como el muchacho al que hicieron capitán a los catorce años por méritos distintos al rango de su padre. Habían pasado la vida entera conviviendo como príncipes y ambos solían decir sinceramente que ya los unía una relación de amistad cuando cada uno alcanzó, a su tiempo, el mando límite de la ciudad y el imperio. Moctezuma no podía concebir su gobierno sin la operación sutil de Tlilpotonqui y Tlilpotonqui se sentía seguro operando porque sabía que Moctezuma podía salir de cualquier aprieto con un golpe de genio estratégico.

Las familias de ambos estaban conectadas por todos lados. Su padre, descendiente de Tlacaelel, el primer cihuacóatl, era abuelo en segundo grado materno de Moctezuma, que por el lado paterno era descendiente directo del emperador Acamapichtli —el primero de los colhuas que gobernaron Tenoxtitlan—. Entre las dos estirpes había un abismo infranqueable aunque sus sangres estuvieran todas revueltas: Tlacaelel era gente del pueblo y sus ascendientes y descendientes se consideraban mexicas. Acamapichtli era colhua, venía de la línea de los reyes de Tula, de Teotihuacán, de los señores antiquísimos del Golfo, pero todos eran tenochcas y la gloria de la ciudad era el objeto único de sus vidas.

Sus empeños oficiales eran al mismo tiempo complementarios y antagónicos. El tlatoani era el señor de toda la tierra y gobernaba sobre todo lo conquistado, es decir, todo menos el islote de Tenoxtitlan. El cihuacóatl regía la ciudad y protegía los derechos de los mexicas, era el cacique local. El emperador gobernaba bajo la luz solar de Huitzilopochtli, el dios guerrero tutelar de la Triple Alianza —un dios joven, inquieto, sanguinario, chapucero y enojón. El cihuacóatl bajo la luminaria de Metztli, la luna, rectora de las aguas y la fertilidad de los valles— una diosa vieja, cómoda consigo misma. Moctezuma era la pujanza del imperio, Tlilpotonqui la fuente que lo nutría controlando la máquina perfecta de producir riqueza y miedo que era Tenoxtitlan.

En su expedición por el palacio de Axayácatl después del almuerzo, Caldera, Vidal y Luengas no pudieron dar con la cocina, pero sí encontraron un patio, uno casi igual a cualquiera de los otros cinco o seis que habían cruzado —banca de piedra, alberca vacía—, en el que había unas escaleras que conducían al segundo piso, donde las damas del palacio habían acomodado a los soldados sin derecho a celda privada y patios con piscina. Subieron, pensando que a lo mejor la tropa ya había descifrado el edificio y sabía dónde habían quedado Badillo y los caballos. Las habitaciones superiores eran todavía más intrincadas que las inferiores, pero el ruido bárbaro que hacían sus colegas les facilitó dar, al menos, con una parte de ellos.

El mayor del cuerpo de arcabuceros tardó en atenderlos porque estaba cortándose las uñas de los pies —un acto de higiene, tal vez el único, vital en campaña—. Que se ponga las botas antes de venir a verme, ordenó Caldera, pensando que el mapa de sus soldados también podía hacerse mediante sus olores. Se volvieron a esperarlo en la arcada de un patio cercano abajo una alberca vacía.

Acodados en los travesaños de madera que servían como balaustrada, discutieron si sería fácil volver a las escaleras por las que habían subido, a lo cual Luengas respondió que tenía que serlo: desde que toparon con el muro que calcularon que era el exterior, solo habían virado a la derecha. Era cosa de desandar y listo. Caldera estuvo de acuerdo, aunque no aminoró la ansiedad: estaban perdidos en un laberinto dentro de una ciudad tal vez enemiga. Se volvió a asomar al pasillo que daba a las habitaciones de los arcabuceros para dar la orden, a gritos, de que cuando viniera, el mayor lo hiciera con diez hombres armados.

La cosa tardó. Nunca fue fácil cortarse las uñas de los pies con un puñal y mucho menos volverse a poner las botas con los dedos

sangrando, pero finalmente el mayor se presentó cojeando de manera razonable y con toda la tropa bajo su mando —34 arcabuceros armados—. Más vale, dijo el mayor, y los capitanes confirmaron.

Cada giro a la derecha que dieron fue discutido, votado y constatado como correcto por Caldera, Vidal y Luengas —el mayor de arcabuceros solo se alzaba de hombros cuando lo volteaban a ver—, pero no encontraron las escaleras por las que habían subido. Cuando llegaron al que calculaban que era el muro exterior pensaron que se habían perdido una vuelta, así que se regresaron y dieron inmediatamente con un muro tan largo que pudo haberlo sido, de no ser porque estaba al otro lado de donde esperaban encontrarlo. Además tenían la impresión de que los corredores y las celdas por los que iban derrotando eran cada vez más estrechos. En algún momento incluso escucharon las voces de otros españoles. Llamaron y les respondieron. Eran los 87 infantes y estaban al otro lado de otro muro largo, que no hallaron manera de cruzar a pesar de que lo recorrieron de arriba abajo varias veces. Dieron, eso sí, con los carpinteros y los esclavos tainos —la peonada—, que estaban en habitaciones tan chicas que parecía que habían vuelto a los barcos. Los sumaron a la expedición. Nunca se encontraron con los soldados de caballería ni con los ballesteros y el artillero, pero sí con los 20 lanceros, que, armados y hambrientos, habían salido a buscar un comedor o una cocina inmediatamente después de instalarse y llevaban vagando por el edificio desde entonces.

Siguieron deambulando entre celdas y pasillos hasta que uno de los carpinteros notó que una pared continua estaba más caliente que las otras. Es el muro este, dijo, le dio el sol toda la mañana. A esas alturas de la expedición los pasillos eran tan estrechos que solo podían caminar de uno de fondo, así que pasaron la voz de uno al siguiente hasta que alcanzó a los tres capitanes, que confirmaron la información tocando una pared y la otra. Hay que tirar recto, dijo Caldera, y otra vez solo virar a la derecha cuando nos conste que el pasillo es menos estrecho que el que andamos. Luengas y Vidal afirmaron con la cabeza, más bien desesperanzados. Siguieron el procedimiento y por fin llegaron, al menos, al hueco y la balaustrada de otro patio. Les produjo alivio, llevaban un tiempo avanzando casi en completa oscuridad. No había escalera hacia

abajo, pero sí había una que subía a la azotea. Con esto, dijo Caldera, ya arriba a fuerzas nos orientamos.

No sabían si en la azotea habría una guardia de águilas —que sería lo esperable—, aunque llevaban un rato constatando en cada viraje que el palacio estaba abandonado. Caldera pidió tres arcabuceros, para que fueran de vanguardia, y se situó detrás de ellos seguido por cuatro lanceros que lo cubrieran en el momento de subir a la azotea, en caso de que hubiera refriega.

Los arcabuceros se tardaron lo suyo en cargar —los cuernos de pólvora y los perdigones les temblaban en las manos—. Cuando estuvieron listos, avanzaron. Cubrirían el campo y abrirían fuego en caso de que los trataran de repeler una vez arriba. Entonces subiría Caldera, rodeado de lanceros, para explicar, a ver cómo, que lo único que quería era llegar a un jardín en el que suponían que estarían sus caballos. Se dijo: Me hubiera traído siquiera a Aguilar, y señaló a Luengas como jefe de la expedición si pasaba lo peor. Revisó que su peto de hierro estuviera bien ajustado, contó de cinco a cero con los dedos de la mano derecha y cerró el puño.

Los arcabuceros subieron de uno en fondo lenta y silenciosamente, agachándose más y más conforme se reducía el muro protector a cada escalón. El que iba hasta el frente se aplastó el casco en la cabeza y asomó los ojos. Se puso de pie inmediatamente y se volvió hacia abajo para decir: No hay nadie. Luengas murmuró: No me jodas, Caldera, ni guardia nos ponen, piensan que somos unos conejos. El jefe respondió que tal vez fueran buenas noticias y se hizo a lo alto a zancadas. Los lanceros corrieron tras él.

Luengas y Vidal organizaron al resto de la tropa antes de subir ellos mismos con más calma. Arriba, se encontraron a Caldera con los brazos en jarra en mitad de la azotea. El edificio era grande, pero no para perderse como se habían perdido. Tenía solo seis patios y en el centro una boca de escalera que, según explicó Jazmín, conducía directamente a una de las entradas del salón azul del trono —ya las había subido y bajado—. Les señaló el muro blanco que protegía el palacio circundándolo. Los torreones estaban desprotegidos, las puertas también. Tienes razón, le dijo a Luengas, piensan que somos unos conejos.

En el lado opuesto del arco de entrada al edificio estaba el

jardín, ese sí enorme, en el que los caballos destrozaban pausadamente setos de flores y árboles frutales variadísimos y, seguramente —pensó Caldera— preciosos. Otros bebían agua del canal que conectaba directamente con los manantiales de Chapultepec. Badillo los vigilaba con una pajita en la boca y mirada lerda. Ni siquiera traía puestas sus armas y, por lo que se podía ver, estaba por dormir una siesta o despertándose de ella. Les quedaban 27 caballos de los 29 con que habían desembarcado —uno hubo que sacrificarlo tras una escaramuza en la costa y otro murió en combate al romper el cerco de Cholula. A vuelo de pájaro, el capitán contó 18, pero había signos de que otros descansaban bajo los frutales.

Caldera llamó la atención del caporal con un grito. Él los saludó con una sonrisa abúlica. Tardó en entender que el capitán no estaba paseando y quería hablar con él, así que se levantó perezosamente y dijo: A la orden, llevándose una mano demasiado blanda al pecho. Es un flan, dijo Vidal. Una marmota, completó Luengas. ¿Todo bien con los caballos?, le preguntó el capitán, ¿están todos? Badillo se vio las manos, estiró los dedos enfocado severamente en ellos y respondió con orgullo: Completos, diez en total.

Caldera les ordenó a Luengas y Vidal que pasaran lista animal por animal. Que Badillo se los fuera mostrando uno por uno hasta que estuvieran seguros de que estaban los 27. Dijo que si faltaba alguno, lo despertaran a él antes de avisarle a Alvarado. Se dio la media vuelta y se hundió en las escaleras que conducían al salón azul del trono, camino a su celda.

La sombra, la digestión, el tabaco y el asiento del otoño que ya estaba por terminar de desmoronarse en las oscuridades del solsticio —los días enmascarados, se llamaba a los más cortos del año— le caló al emperador bajo la forma de un escalofrío. Se habría podido cambiar al lado de sol del patio y ya, pero como estaba de malas pidió, más bien por joder, que le trajeran la capa de plumas de ganso con que solía andar en las horas frías por sus habitaciones privadas. La etiqueta lo obligaba a regalar la tilma, el abrigo y el tocado con que había atendido cualquier cosa pública, así que nunca sacaba su capa blanca de pluma, que le encantaba. No llevaba pendientes, ni collares, ni bezote. Su manto, también blanco, estaba bordado apenas con una orla de flores y caracoles marinos en sus márgenes. Llevaba unas calzas simples, solo con perlas —las de oro y piedras finas con que había recibido al Malinche eran lucidoras pero incomodísimas. Las había dejado bajo el vano del patio, para sentir el contacto del piso de barro horneado en las plantas de los pies. La sensación lo hacía regresar a la hora feliz, anterior a su ingreso al calmecac, en la que podía nada más correr porque sí entre sus primos y los hijos de las ayas por los pasillos de las Casas Viejas sin tener que pensar en el cerco de Tlaxcala, en las demandas de los comerciantes, en que faltaban o sobraban guerreros para sacrificar en los templos, en el infinito de embajadores presentando parabienes y pidiendo descuentos para el siguiente tributo de sus ciudades, en los dioses malhumorados que le encajaban sequías, terremotos, derrotas e invasiones como si salieran gratis.

Malinalli estaba flotando en el centro de la alberca cuajada de flores cuando escuchó que el capitán general la llamaba a gritos. La piscina del patio contiguo a la habitación que compartía con el caudillo era más grande que la asignada a los nueve capitanes, igual que los aposentos donde los habían acomodado, también más amplios.

Había podido curiosear porque se volvió mientras hacían la sobremesa y tenía que pasar por los cuartos de los capitanes para llegar al recodo en que el pasillo daba vuelta para darle mayor privacidad a la última habitación. El hecho de que la suya fuera la única celda con alberca propia y la multitud de habitaciones que la antecedían —los capitanes ocupaban solo las últimas nueve—, la hacían pensar que alguna vez una reina había vivido ahí. Era un destino que pudo haber tenido. Uno que tal vez todavía podía tener si apostaba con acierto la dudosa fortuna que la vida le había puesto en las manos cuando fue bautizada como doña Marina.

Se zambulló por última vez en el agua, nadó hasta las escaleras, en cuyo borde una dama había dejado un manto para que se secara y un huipil de algodón mucho más fino que el que había usado para el almuerzo. El gesto de dejarle ropa fresca era una cortesía y un reclamo típico de los colhuas: mientras estuviera ahí sería tratada como señora, pero también se esperaba que estuviera a la altura de la casa que la recibía en lo que llegaba el siguiente acontecimiento, fuera el que fuera.

Los días por venir eran opacos, por decir lo menos. Estaban dentro de la capital del imperio, en un palacio que le parecía, salvo por las habitaciones que les habían arreglado, abandonado. La cocina funcionaba, dado que habían almorzado con la princesa en el que alguna vez fue el comedor de Axayácatl, y había damas imperceptibles que se encargaban del aseo, pero no había guardias,

no había funcionarios, no parecía haber nadie más que ellos. Ni ella ni los caxtiltecas sabían dónde habían quedado los cuatro señores de Tlaxcala y su guardia, que Hernando pensaba que serían instalados ahí mismo. Si el emperador mandaba levantar los puentes esa noche, estaban en una trampa.

Tenían un cañón, las ballestas, los caballos, pero la razón por la que habían llegado hasta ahí, y todo el mundo lo sabía, era la alianza de los cuatro señores con los huejotzingas y otomíes, a la que Cortés se había sumado más bien como novedad diplomática —dado que al parecer Moctezuma estaba encaprichado con traerlo a Tenoxtitlan—. Solos, los caxtiltecas eran apenas un par de centenas de soldados. Eran gente recia y estaban bien armados, pero ni sumaban tantos ni entendían del todo lo que sucedía. Si el huei tlatoani decidía atacar el palacio, sus aliados eventualmente podrían alzar nuevos puentes, cruzar el lago, pero era poco probable que se animaran a asediar la isla, y si lo hicieran y llegaran, seguramente sería tarde para los que habían estado dentro al principio del combate.

Por otro lado, el ejército rebelde en que se apoyaba Cortés era realmente innumerable y corría el rumor de que Texcoco estaba por dejar la Triple Alianza y sumarse a ellos. Si Texcoco se iba de la liga que gobernaba el mundo, una buena parte de los mexicas iba a encontrar inútil su lealtad a los colhuas, y sin el sostén de Tenoxtitlan el imperio se podía desmoronar en horas.

Y quedaba el misterio de la voluntad de Moctezuma. Estaba genuinamente obsesionado con los caxtiltecas. Desde que supo que lo que les interesaba era el oro les fue plantando regalos cada vez más y más adentro de su territorio. No los mandó detener y traer a la ciudad para sacrificarlos cuando hubiera sido una operación trabajosa pero posible y les había perdonado hasta la toma de Cholula. Si había estado dispuesto a lo que fuera para meterlos en casa, no los atacaría, no de inmediato. Quería algo que ellos tenían.

Mientras se secaba la parte interior de las orejas con uno de los lienzos, Malinalli calculaba las posibilidades de que el capitán general quedara bien parado cuando se repartieran los pedazos y ella volviera a ser señora en un cacicazgo. La buena voluntad de los reyes tlaxcaltecas hacia Hernando le parecía genuina y, por el momento, era imposible sin su asistencia como traductora. Solo

tenía que orientarlo, convencerlo de que se olvidara de la patraña del rey de más allá del mar, hacerle entender que si jugaba de manera práctica las piezas que tenía, podían hacerse con una ciudad para ellos.

Al ver las calzas así, sueltas, Tlilpotonqui pensó en la humanidad triste de su emperador. Luego, sin cruzar todavía la entrada al patio, se fijó en su estampa. Todo vestido de blanco, descalzo, sentado con la cabeza baja, los codos en las rodillas y rodeado de flores, parecía una versión elegante del dios desnudo, triste y colgado de un palo de los caxtiltecas. Tenía la greña, que nunca se había peinado, corta. Era una greña rara, única: ensortijada. Desde joven lo había acompañado como augurio, como prueba de que había sido tocado por los dioses. Ya encanecida, sin dejar de ser un signo de individualidad altiva, le daba un aire vulnerable, como de viejo reblandecido por el pulque, de loco de plaza. Seguía siendo vasto de hombros y recio de piernas, pero estaba echando panza. Sobre todo, se había achicopalado.

Era algo que corría en la familia, tal vez un costo ocupacional. A partir de cierta edad, los descendientes del rey Acamapichtli se atarugaban un poco, les daban miedos y melancolías. Hombres acostumbrados a incendiar templos, aplastar ciudades y arrancar corazones como si fueran jitomates, un día despertaban y lo pensaban dos veces antes de recoger una joyita del piso. No, decían, otra guerra ya no, luego los templos ya no se dan abasto para mantener tantos muchachos para los sacrificios; hablen con los sublevados, dóblenles el tributo si quieren humillarlos, y pasaban a lo siguiente. Morían más jóvenes de lo que deberían, enfermos o víctimas de accidentes ridículos, atenazados por la tristeza y el rencor imperial, un mal raro, una parálisis, tal vez producto de no haber conocido límites hasta que el cuerpo empieza a sentar los suyos.

Huei tlatoani, dijo Tlilpotonqui cuando vio que Moctezuma enderezaba la espina. Utilizó el título imperial completo con ternura, como para recordarle que era el primero y el más querido

de todos los tenochcas, que decenas de miles de mexicas morirían por él si solo abría la boca para decir: Adelante, hijos del sol.

Tlilpotonqui continuó: Ya estás melancólico de nuevo. No está para menos, respondió el emperador tallándose los ojos, tenía sueño. Entonces para qué los dejaste llegar hasta acá. Moctezuma hizo un gesto de fastidio. Para tenerlos, dijo; cuántas veces lo tengo que explicar. Se tomó las manos por detrás de la nuca, un poco para estirarse y otro tanto para hacerse una cuna. Son rosaditos, dijo, tienen los ojos borrados y el pelo en la boca en lugar de en la cabeza; si no los tenemos nosotros los va a tener alguien más. Siempre he estado de tu lado en eso, respondió el cihuacóatl, lo decía por los tlaxcaltecas. Moctezuma no lo escuchó, o decidió ignorarlo. ¿Dónde pusieron los cahuayos?, preguntó. Los soltaron en la huerta del palacio de tu papá. No se te puede morir ni uno, dijo el emperador; costó mucha sangre que llegaran completos hasta acá. Lo que me preocupa a mí, insistió Tlilpotonqui, es que los tlaxcaltecas están en Iztapalapa y nadie me da razones de dónde está Cuitláhuac.

El tlatoani se alzó de hombros. Es lo que había que hacer, dijo, el Malinche dejó clarísimo que si dispersábamos a los tlaxcaltecas no iba a entrar; y hemos gastado muchísimo en traer a esos cahuayos intactos hasta acá; no sabíamos que le iban a mandar mis regalos a su rey; era mi tesoro: las joyas de mi mamá, las plumas de Axayácatl, y estos tarados lo mandan todo al mar. Eso qué tiene que ver, respondió el cihuacóatl. Cortarles el paso a los señores tlaxcaltecas en la calzada era una declaración de guerra, y si nos peleábamos ahí, los cahuayos iban a terminar en el fondo del lago. Tlilpotonqui insistió: ¿Qué piensa Cuitláhuac de que hayas mandado a los tlaxcaltecas a Iztapalapa? Siguió: Es una afrenta, ¿por qué no estaba en tu encuentro con Malinche? Moctezuma alzó la cara y miró a Tlilpotonqui largamente, se pasó la lengua por la dentadura superior, por debajo del bozo, como si fuera un manatí saliendo por aire en los manglares del Golfo. El cihuacóatl conocía ese gesto: no iba a responder. En cambio le preguntó: ¿Los dejaste bien instalados? Tlilpotonqui respondió que había dejado a los caxtiltecas en sus habitaciones y bien comidos, a pesar del escándalo de la princesa. Tenía sus razones, dijo Moctezuma, no le debiste haber mentido. El viejo lo pensó y dijo, rascándose la

cabeza: Lo que no sé es quién acomodó a los tlaxcaltecas; no estaban en el almuerzo.

Los cuatro señores y sus guardias habían hecho la marcha detrás de los forasteros, y habían entrado, severos y formales, en la ciudad propiamente dicha. La comitiva del emperador y la de los recién llegados se habían separado frente al muro de la ciudadela. El emperador se siguió a su palacio a comer y descansar y él mismo había guiado a los demás a las Casas Viejas.

Vio a los tlaxcaltecas en el patio cuando presentó a la servidumbre que los atendería: todas damas pipiles mexicas, mucho más nobles que los servidos. Estaban tiesos, como si fueran de madera, en sus vestidos de gala tejidos con fibra burda. Habían estado presentes también, estaba seguro, cuando Malinche hizo el ridículo frente al trono de Axayácatl y durante la ceremonia del sahumado.

Fue un episodio torpe, borroso, complicado. La princesa, que odiaba sus funciones diplomáticas y era sensible de olfato, tenía que ser presentada a los caxtiltecas, que olían a sudor, orines y mierda. También estaban los sacerdotes, que apestaban a muerto —habían llegado, además, hasta las anginas de hongos y vestidos de fiesta, como si el acto final del almuerzo fuera a ser sacarles los corazones a los recién llegados—. La princesa pidió que, antes de su entrada, se sahumara a todos con rigor, para ver si mejoraba la cauda de aromas.

El almuerzo era políticamente delicado por motivos que no tenían nada que ver con la presencia de los forasteros. Las noticias que llegaban del imperio desde el año anterior eran o malas o pésimas y el huei tlatoani estaba cada vez más retraído. Los jefes de los calpullis invitados al almuerzo estaban enojados: cada vez les pedían más mexicas para pelear las guerras de los colhuas y cada vez volvían menos sin que el emperador diera la cara. Era un secreto a voces que los consejeros ya no tenían acceso al tlatoani, y los miembros del Consejo, que también se sentaron en la mesa, estaban seguros de que habían perdido su ascendente por culpa de la princesa. La princesa pensaba que los consejeros eran unos cursis y unos inútiles y que los jefes mexicas de los calpullis no estaban mostrando la lealtad que debían en un momento difícil. Los sacerdotes andaban a su vera —Moctezuma les había dado

demasiado poder— y ya no ataban nada con nada, temblorosos de cuerpo como estaban siempre por tanto comer muslo de sacrificado y volados del alma de tanto atascarse de hongos, biznagas y jitomates mágicos.

El rito del sahumerio fue, por decir lo menos, enfático. Los sacerdotes estaban acostumbrados al humo de copal —los perfumaban por todos lados por los que pasaban y ellos creían que era porque los consideraban santos—, pero los caxtiltecas no, así que el Malinche, sus capitanes y sus traductores empezaron a toser como si les hubieran puesto unas pencas de nopal en los pulmones.

Fue en ese trance en el que Tlilpotonqui notó por última vez la presencia de los tlaxcaltecas. Los sacerdotes hieráticos recibiendo el homenaje de los humos, los caxtiltecas doblados tosiendo. Se adelantó para rescatar siquiera al huei Caxtitlan, no se le fuera a morir de asfixia, y lo guio, seguido por sus capitanes, hasta sus habitaciones, donde las doncellas de palacio les habían preparado una alberca cuajada de flores aromáticas tan carnosas que parecían pescados. También habían puesto mantos y sandalias finas en el perro de madera que había al pie de las esteras de cada uno. Indicó, a través de sus traductores, que se sintieran libres de tomar un baño y cambiarse, a lo que el Malinche había respondido dando las gracias, pero señalando que no querían hacer esperar a la princesa, que se instalaban rapidito y luego los alcanzaban a todos en el comedor. Las damas, le confirmaron más tarde, se habían llevado al resto de la tropa y un caxtilteca rarísimo se había encargado él solo de acomodar los cahuayos. Cuando Tlilpotonqui volvió al comedor, la princesa le hizo notar que había mandado quitar de la mesa los cuatro lugares de los cuatro señores tlaxcaltecas porque no iban a llegar y a él no se le ocurrió preguntar si alguien los había instalado.

El cihuacóatl le dijo al tlatoani: No sé si los tlaxcaltecas están en las Casas Viejas. Moctezuma se talló la cara. Yo me encargo de eso, le respondió, tú asegúrate de que los cahuayos se queden donde están. Tlilpotonqui afirmó bajando la cabeza.

El emperador se levantó y rodeó la alberca hacia el lado de sol del patio. Se paró frente al muro cubierto por un hueledenoche en el que se extinguían las últimas flores del otoño. Siguió con atención el pulso histérico de las abejas. Acercó un dedo a la

enredadera y una se detuvo en él. Le sopló y salió volando, pero volvió a rodearle la capa de plumas, tan blanca. La dejó hacer. El cihuacóatl aprovechó para insistir. Los cahuayos y los caxtiltecas están donde deben, dame unas horas para encontrar a los cuatro señores y su guardia. El huei tlatoani se dio la media vuelta. Voy a ir a hablar con ellos en la tarde, dijo, después de la cena. ¿Con los tlaxcaltecas? Los caxtiltecas, corrigió el emperador, de los tlaxcaltecas nos encargamos luego. Volvió a acercar el índice a la abeja y se volvió a posar en él. Alzó el dedo hasta la altura de su cara, enfocó en el insecto y luego en el cihuacóatl. Dijo: Son días de sangre y caca.

Mucho antes de la llegada a la ciudad de los colhuas, antes incluso del desembarco en el continente y de que los conquistadores supieran que había un gran emperador llamado Moctezuma en una ciudad como de novelas que se llamaba Tenoxtitlan, los señores mayas de la isla de Cozumel habían devuelto a fray Gerónimo de Aguilar, por quien el capitán general había pagado un rescate. El futuro traductor de la campaña de Hernán Cortés llevaba puesto solo un enredo cuando lo llevaron a la nave capitana, así que el capellán de la expedición se había apresurado a bajar a la bodega del barco para prestarle el sayo y las sandalias de repuesto que había empacado en Cuba.

Cortés había escuchado que él y otro español habían terminado náufragos entre los mayas del otro lado del estrecho y había pagado por la liberación de ambos. Aguilar llegó acompañado de otros esclavos que los señores mayas de Acumal agregaban como regalo para que los españoles se volvieran de una vez al lugar del que habían salido.

Ninguno de los conquistadores a bordo de la nave capitana de la expedición pensó que Aguilar fuera alguno de los indios que esperaban el visto bueno de Hernando acuclillados en cubierta. Todos estaban rapados, perforados, tatemados y tatuados. No fue hasta que Cortés dio la orden de que se levantaran que Aguilar sobresalió por su altura. Alvarado comentó: Yo creo que este es el andaluz que nos dijeron que servía en Yucatán. Aguilar se rascó un hombro y dijo: Ese mero, como si fuera martes y estuvieran en el mercado de Écija. Cortés, que no era fácil de impresionar, lo miró con la boca abierta. Era una trabazón de músculos cuya piel había sido inscrita con palabras en el alfabeto impenetrable de los mayas del cráneo a las pantorrillas. Los dibujos habían sido realzados, en algunos lugares, con cicatrices de heridas que debieron haber dolido

mucho cuando fueron infligidas. Se afeitaba la barba y la cabeza todos los días —era rubio— para pasar desapercibido. Debido a que servía en la construcción de un templo como albañil, estaba bruñido como una guitarra; llevaba aretes, bezote de coral y un aro en la nariz.

Nos dijeron que eras cura, arriesgó el capitán general, todavía desconcertado. *Id quod sum*, respondió en la lengua de los papas. Cortés miró al capellán y este corrió a la bodega por el sayo. Había otro prisionero contigo, inquirió Cortés.

Gonzalo Guerrero, respondió Aguilar; no es prisionero, ni esclavo como yo, es guerrero, tiene mujer e hijos, prefirió quedarse, te manda decir que si desembarcas en Acumal te va a degollar él mismo. Siempre es bonito encontrarse con gente agradecida, dijo Cortés, y preguntó: ¿Si tú hubieras sido guerrero habrías venido? Ya estarías degollado, respondió. El cura volvió con la ropa y Aguilar inclinó la cabeza y dijo: *Cratias ago*. Tocó el sayo con algo que un optimista podría haber confundido con la ternura. Luego se sacó del enredo las dos partes de una pipa, se arrancó los aretes, la nariguera y el bezote, se puso el ropón enfrente de todos y clavó la pipa en el bolsillo. Encajó los pies en las sandalias y se cubrió la cabeza con la casulla. Mejor así, dijo el capitán general. Antes de que el señor que lo había devuelto regresara a su embarcación, Aguilar le pidió algo en maya, el señor le dio su bolsa de tabaco y un abrazo.

Fray Gerónimo nunca se incorporó a los servicios religiosos ofrecidos por el capellán, aunque sí vivía como un cura en toda regla. Rezaba todo el tiempo, hablaba latín y griego, conocía la doctrina, se negaba a usar ropa militar, dormía, comía y bebía con austeridad de carmelita y solo se acostaba con mancebos jóvenes. La trama de sus tatuajes y el hecho de que se siguió afeitando cabeza y barba todos los días hacían, sin embargo, que los jefes desconfiaran de él, la tropa, en cambio, lo adoraba como si fuera un espectro que se había sumado a luchar por ellos.

Se quedó en la nave capitana porque hablaba maya. Andaba siempre un paso atrás de Cortés y Alvarado, que habían aprendido a respetarlo sin preguntar nunca por los misterios que lo atormentaban. A la gente, de todas maneras, le pasaban cosas cuando llegaba a las Indias. A algunos la posibilidad de ser dueños de almas sin tener que rendir cuentas por ellas les despertaba

mareas siniestras: aperraban a sus tainos por cualquier falta solo para hozarse viéndolos morir devorados. Otros, tal vez porque en las Indias tuvieron por primera vez habitación y cama propia, se embarcaban en expediciones eróticas que en Extremadura habrían conducido, cuando menos, a azotes y paseos. A otros más les daba la mística y creían que sus naturales pertenecían a la tribu perdida de Israel. En ese contexto las excentricidades de Aguilar, fuera de los tatuajes, eran hasta encomiables: se bañaba todos los días, aborrecía el alcohol, comía honguitos —que a todos ponían felices — y no biznagas —que los enloquecían.

Tililpotonqui avanzó por los pasillos de las habitaciones reales caminando con la ceremonia y altivez que demandaba su cargo. Los años de experiencia operando en una corte en la que cualquiera desaparecía para siempre cualquier día y nadie volvía a mencionarlo le permitían mantener su apariencia ecuánime de siempre aun si por dentro se lo estaba llevando el carajo. Pensó, mientras aceptaba graciosamente las inclinaciones de cabeza de las pocas damas y funcionarios que avanzaban silenciosamente por los corredores —todos demasiado jóvenes, todos parientes suyos en algún grado— que Moctezuma o estaba aflojando o había decidido sacarlo del juego, y el juego era el más arriesgado en que hubieran apostado los dos en todas sus vidas. Tenía a Tlaxcala en el cuello, a Texcoco en el lomo, medio imperio en rebeldía, un príncipe extraviado y cuatro señores enemigos y su guardia sueltos en la ciudad. Si en años anteriores hubieran enfrentado cualquiera de esas calamidades sola, durante la noche habría habido purgas, sonarían los tambores de guerra, las antorchas de los templos estarían encendidas. Y ahora no pasaba nada, o el tlatoani actuaba como si no pasara nada porque lo único que le importaba era hacerse al costo que fuera de los cahuayos, con o sin caxtiltecas, al parecer quería hablar con ellos antes de tomar una decisión sobre eso último.

La tarde se iba asentando. Se acercaba el solsticio de invierno, así que iba a ser corta. Había que actuar, avanzar lo que se pudiera avanzar para que una vez que el huei tlatoani se sacudiera la fijación con los animales, la ciudad estuviera lista para enfrentar una posible invasión. La siesta, sin embargo, era la siesta. Regresó a sus habitaciones para cumplir con ella.

El huei tlatoani dio una palmada. La nueva doncella cruzó el vano del patio con la cabeza gacha. Primita, dijo, ¿habrán sobrado de esos honguitos que solo probé para el postre? La mujer hizo una reverencia. Tráeme una cucharadita nada más, completó Moctezuma, para juntar el sueño que me espantó el tarado de mi tío. Se rio: ¿Puedes creer que se le perdieron Cuitláhuac y los cuatro señores tlaxcaltecas?

II. La siesta de Moctezuma

La tarde del ocho de noviembre de 1519, Moctezuma hizo exactamente lo mismo que hacía todos los días después de comer, aun si el mundo entero podía cambiar para siempre a partir del momento en que despertara. Sorbió la pasta de hongos mágicos y miel de la cuchara de barro negro que le tendió la dama que lo servía y se expuso al sol hasta sentir que se le cerraban los ojos. Caminó en medio de un silencio ya absoluto rumbo a su habitación y su estera. Se quitó la capa, el manto, el enredo, se puso el camisón y se metió debajo del cobertor de plumas de ganso. Se cubrió hasta las cejas y se durmió.

El silencio que reclamaba su siesta era imperial. Nada se movía en palacio entre el momento en que entraba en su habitación y el instante en que abría de nuevo los ojos y tocaba la campanilla real para pedirle cualquier cosa a la primita.

El pedido no era importante. Lo que importaba era que el tañido, discreto, breve, elegante, despertaba a todo un mundo. Despertaba al palacio y sus patios, sus cocinas y sus infinitos despachos. Ese rumor despertaba a los sacerdotes del templo y sus centinelas, que se soltaban con los tamborazos que despertaban a los pájaros y los perros. Despertaban las casonas de pipiles que rodeaban el palacio del emperador y despertaban las chinampas que los nutrían. Despertaban los niños en los barrios flotantes y hacían un desmadre imposible que despertaba a sus madres y sus padres, a los abuelos, a las garzas y los peces.

Despertaban los fuegos y con ellos el trajín en las calzadas, despertaban los vigilantes en las puertas de la ciudad y también los que estaban de guardia en las fortificaciones sucesivas que se trepaban a la sierra y llegaban hasta el mar. Despertaban los enemigos: los de reinos humillados, pero también los invictos y los que Moctezuma había ordenado dejar a medio hervir para poder ir

a cazar guerreros sacrificiales cuando empezara de nuevo la temporada de guerras.

Todo despertaba incluso si hacía ya muchas veintenas que, casi a diario, después de despabilarse y tocar la campanilla, el huei tlatoani se volvía a dormir.

Aguilar estaba fumando su pipa burda de esclavo maya sentado en cuclillas cuando escuchó la voz del capitán Jazmín Caldera diciéndole: Si al final nos van a sacrificar, siquiera que sea con los trapos limpios. El fraile lo miró, o cuando menos apuntó la cabeza cubierta por la casulla en su dirección.

Estaba acuclillado en un rincón de su celda, a la manera de los maceguales: el culo en los talones, los antebrazos descansando en las rodillas. Cubierto por el sayo y fumando como estaba, parecía un volcán bebé. Caldera estaba de pie, recargado en el vano. Si te sacrifican, le respondió Aguilar, irías en pelotas, nomás con los cojones cubiertos por el enredo, así que no necesitarías ropa limpia; el enredo sería de lujo, eso sí. No he tenido el placer de ver un sacrificio, dijo Caldera, como sabes, el bruto de Cortés los va prohibiendo por donde pasamos.

El traductor no se movió. Una voluta de humo salió de su gorro. Yo he visto muchos, dijo, no son edificantes; ¿qué quieres? Caldera sonrió. Que me ayudes con Malinalli, quiero que me enseñe a decir en nahua que me laven la ropa. El clérigo se alzó de hombros sin cambiar de postura. Dijo: Se lo pido cuando termine de cumplir sus deberes de cama con el bruto que ha sabido mantenernos vivos no me explico cómo. Jazmín entendió que Aguilar, en tanto el hombre más experimentado del grupo, le estaba demandando respeto. No era claro si los conquistadores eran huéspedes o prisioneros y tal vez no fuera hora de hacer facciones y despilfarrar ironías.

Caldera bajó la cabeza acusando el regaño, pero se quedó recargado en el marco del vano. El traductor, que cuando agotara el tabaco de su pipa se pondría a rezar, o tomaría una siesta, o se masturbaría, o todo en fila, le preguntó: ¿Y en qué más te puedo servir? Caldera sonrió con timidez. Es que no me quiero quedar en pelotas cuando me laven la ropa y me dejaron unos taparrabos y

unos mantos regios en la mesita de noche, pero no sé cómo ponérmelos.

Aguilar alzó por primera vez la cara, de modo que Jazmín pudo ver que estaba de buen humor. La mesita se llama pe'c, le dijo, perro; aquí le dicen itzcuintli; los mantos son para que los uses. Y siguió: Deja tu ropa tirada en el piso; de aquí a que nos sacrifiquen somos huéspedes de Moctezuma; se la van a llevar sin que te des cuenta y te la van a devolver limpia y doblada para la cena; al salir del agua vuelves a tu habitación y te echas el manto encima, si te da nervios andar con las pelotas al aire te pones el enredo. Y terminó: El problema, en todo caso, no es que alguien te vea en pelotas por el palacio, sino que el capitán o Alvarado te vean con el manto puesto, pero me imagino que están dormidos.

Las habitaciones de Caldera y Aguilar, como las de todos los capitanes, eran un cuadrado de proporciones modestas considerando la talla del palacio, pero amplias si se las comparaba con una celda monástica, que era a lo que más se parecían, aunque no tuvieran banca de lectura junto a la ventana ni puerta abatible: en México nadie había inventado la bisagra.

Ninguno de los capitanes, incluyendo al general, era militar o político de carrera —salvo Caldera, que había tenido cierta fricción diplomática—. Durante la campaña habían dormido excepcionalmente en casas de caciques, pero siempre de paso. La ocupación de un palacio era una experiencia nueva para todos. Ninguno había participado nunca en nada parecido a la operación en que de pronto quedaron involucrados: una estancia entre militar y política en una gran ciudad de cal y canto protegida por un ejército profesional. Habían puesto dinero o insumos para la expedición y por eso estaban en los cuartos de los jefes. Todos tenían, eso sí, la experiencia de la conquista de Cuba: no se habían fogueado en los campos de espada europeos, pero tampoco ignoraban los principios del arte de la guerra.

Alvarado ocupaba la última celda antes de que el pasillo diera la vuelta para conducir a la habitación de Cortés y Malinalli. Jazmín la primera, lo cual lo tenía encantado: no tenía que cruzarse con el segundo de a bordo más que en las comidas y, si sucediera, cuando el general llamara a filas. Odiaba el desprecio con que el primo de Cortés solía mirarlo con esos ojazos transparentes que Dios había

desperdiciado en un alma limitada y resentida. Estaba seguro de que Alvarado lo habría degollado desde la primera noche en la capitana si no fuera porque Hernando apreciaba su conversación desde los tiempos de la conquista de Cuba, ambos compartían una pasión por las ideas políticas de Petrarca, pensaban que el *Orlando furioso* había superado al *Amadís de Caula* y adoraban a Tito Livio.

De vuelta en su habitación Caldera se quedó un momento de pie bajo el vano, con los brazos en jarra. Había una estera tal vez no tan suculenta como su cama de Cuba, pero definitivamente seductora. Era fina y escueta —una estructura de madera con cuatro patas sin cabecera ni postes—, la plancha estaba cubierta con un tramado muy grueso de palma. Sobre él había una colchoneta de plumas y un cobertor grueso, ambos blancos, en los que no se quería acostar hasta que hubiera tomado un baño y le hubieran lavado la ropa. Su estera se veía como una nube y el camino de Veracruz a Tenoxtitlan le había dejado una escritura de lodo y sangre en la camisa, los calzones, las medias. Cuando se lo dijo, más tarde, a Aguilar, el traductor le contó que las camas de los sacerdotes mayas eran así y que le parecía estrictamente lógico que una cultura que había inventado la colchoneta de plumas de ganso no hubiera concebido la bisagra: un instrumento para gente que no duerme bien.

Además de la cama, en la habitación estaba la mesilla de noche, el perro, en el que le habían dejado, como a todos los demás capitanes, tres mantos y tres enredos simplemente espléndidos. En dos de sus cuatro rincones había braseros: tampoco habían inventado las velas. Se imaginaba que, cuando cayera la tarde, alguien vendría a encenderlos: en las alturas imposibles del valle del Anáhuac, un nublado hacía que la temperatura cayera como un ladrillo, por no hablar de la noche, siempre fría a partir de que dejaron Cholula para ascender a las nieves de los volcanes y entrar al valle.

Esa entrada, esa primera vista, recurría en la mente de Caldera como la mejor página de la mejor novela; pensaba que había vivido para verla, que ya nada de lo que siguiera importaba: los lagos, los ríos, los pinares, los valles quemados por las primeras heladas del otoño, las ciudades inconcebibles charpeadas por todos lados.

Levantó los mantos y los enredos del perro, los olió y los puso sobre la cama, para dejar en la tabla la ropa sucia que se quitó con

cuidado y que no quería que mancillara con su condición de mapa de guerra la trama impecable de la cobija. No se quiso sentar en la estera ni para quitarse las botas, que se sacó en el suelo y dejó a un lado en el sitio donde había puesto el casco, el peto y la espada.

Ya salía cuando pensó que, si iba a cruzar en pelotas un pasillo en un palacio tal vez enemigo, era mejor llevar el arma a manera de disuasión.

Salió con la espada en la mano derecha, arrastrando la punta por el suelo —el caminito que dejaba, una advertencia—, y con la izquierda firme en los huevos, para que se notara que le sobraban.

Caminó por el pasillo desierto hasta que llegó al vano que conducía al patio. Salió.

Dejó caer el arma ruidosamente en el borde de la alberca y se metió al agua bajando los escalones con cuidado. Las flores que flotaban en su superficie tenían un olor intenso. Se hundió por completo y buceó hasta el otro lado. Sacó la testa y se acodó en el borde, el sol todavía firme en su espalda y brazos. Reposó la cabeza y cerró los ojos concentrándose en el olor de las flores. Pataleaba gentilmente para sacudir los jugos acumulados en el nido de las partes nobles.

Estaba tan en el entrepiso del éxtasis que no escuchó la llegada de Aguilar hasta que este carraspeó como para pedir autorización de interrumpir su ensueño. Se viró. Encuerado, el cura y traductor se veía todavía más temible que en enredo o sayo. Tenía la verga, además de larga y gorda como una berenjena, tatuada como si fuera una mariposa. Al notar la curiosidad de Caldera, le dijo: Cuando se pone dura se convierte en águila, y se metió al agua. No hablaron más. Hablaban poco aun si Jazmín era por mucho quien tenía conversaciones más largas con el traductor de entre todos los capitanes.

Caldera se puso a flotar bocarriba, viendo las nubes pasar por el rectángulo de cobalto del cielo de Tenoxtitlan. Pensaba, como tal vez lo hiciera también Aguilar dentro de su silencio de hierro, que ese cielo sería lo último que vería si lo llevaban a la piedra de los sacrificios. La idea nunca había sido que la expedición de Cortés terminara en la boca del lobo.

Habían venido a mapear, a indagar y establecer las condiciones para empezar a llevar maceguales del continente a las islas porque

las plantaciones se les estaban quedando sin esclavos: los tainos no aguantaban nada. Él, como todos, había invertido en eso, y eso pensó que harían. Se había despedido de su hermano y sus sobrinos con un vuelvo pronto si hay buen clima, cuídame las vacas.

Fue cuando bajaron por provisiones en la costa del Golfo, con Aguilar y Malinalli ya incorporados, que Hernando decidió, con el beneplácito de los demás capitanes —y la horca para los que se opusieron—, que la expedición era de ocupación y poblamiento, por lo que fundaron un municipio al que llamaron De la Vera Cruz, y se saltaron al gobernador de Cuba mandándole una carta al rey en la que le explicaban todo. Como ya eran un municipio en una expedición de poblamiento, pudieron nombrar general a su caudillo y se hicieron tierra adentro. Nadie pensaba entonces que llegarían a Tenoxtitlan, pero tampoco tenían nada claro. No tuvo nunca la sensación de haber sido forzado a nada. Iban improvisando y la improvisación daba resultados extraordinarios.

Hubo combates, hubo terror, hubo muertes, heridas y cicatrices, enfermedades y pus, pero sobre todo hubo siempre la sensación de que lo emocionante era seguir: no solo ninguna derrota fue lo suficientemente apabullante como para darse la media vuelta, nunca hubo necesidad ni de pensarlo porque siempre eran más los ejércitos que se les sumaban.

Y estaba el juego de los regalos de Moctezuma, que nadie entendía del todo. Eran tan ricos que no podían ser leídos más que como una invitación, pero siempre iban acompañados de palabras desalentadoras: que si el emperador estaba enfermo, que no había suficiente comida en la capital, que Tenoxtitlan era una villa indigna de recibirlos. En las infinitas discusiones entre los capitanes, la voz de Aguilar y las confirmaciones de Malinalli siempre terminaban imponiéndose. No eran mensajes disuasivos, era la diplomacia de los colhuas: mi casa es su casa, es una casa pobre —aunque sea rica—, venga y lo trataremos tan bien como podamos, aunque no merezcamos su visita, aquí le dejamos, mientras, unos regalitos insignificantes.

Cortés, que aunque no entendía del todo la cortesía indiana era bueno en los juegos de apuestas, doblaba el envite diciendo que traía un mensaje del rey Carlos y que solo se lo podía decir a Moctezuma. Con ello ganaba otro día, más regalos, otras leguas sin

que importara mucho si al final iban a llegar o no a Tenoxtitlan. Terminaron por convencerse de sus propios amagues. Y sus victorias habían sido tan gloriosas, y el ejército de naciones que odiaban a los colhuas había crecido tanto, y la promesa de espectacularidad del valle del Anáhuac era tan seductora, que terminaron estando ahí y lo estaban tan sin remedio que no les quedaba más que fingir que no tenían miedo, que sus aliados vendrían en su auxilio cuando llegara la hora.

Si la expedición había sido algo había sido intensa, divertida, loca, la experiencia de una vida y tal vez la de la historia de toda una patria. Flotando, viendo el cuadrángulo del cielo azul de la montaña mexicana que es casi color de noche durante el día, Jazmín pensaba, como creía que pensaban todos ahora que había parado el ruido, que entre su cuerpo y el ejército de sus aliados había miles de guerreros tenochcas que se morían de ganas de darle un mordisco a sus muslos —la idea, pese a su incordia, le calentaba un poquito—. Que las calzadas que podrían permitir el ingreso de los tlaxcaltecas en la ciudad tenían puentes móviles. Que Moctezuma los había seducido quién sabe con qué motivos y los había traído a una ratonera en la que ya no les quedaba más remedio que pensar que todavía podían alcanzar el queso.

Escuchó una gritería y un tumulto de pies descalzos avecinándose. Aunque las voces eran claramente castellanas, su primera reacción, que era la de siempre ante cualquier despliegue socializado de masculinidad, fue replegarse. Se sumergió en el agua y buceó hasta el borde en el que había dejado la espada.

Ya era la tarde. Apenas una tercera parte del patio seguía bajo el dominio del sol y este incluía la rebanada del agua que seguía filtrando los rayos solares al lado de su arma. Sacó solo la nariz a la superficie. Las flores flotantes bloqueando tubos de sombra como unos buques heridos, minusválidos, unas islas sin raíces que no prometían más que enfermedad. Se tomó del borde y se dio la media vuelta, se acodó, se echó el pelo para atrás, dejó que le diera el sol con los ojos cerrados.

El vocerío tenía mucho de infantil, de inconsciencia del sitio en el que realmente estaban: un palacio real que no se merecían, una muerte cercana extraordinariamente cruel. Aguilar se había plegado a la otra orilla —a la de sombra, más de acuerdo con su

personalidad—. Pareció leer sus pensamientos. Le dijo: Son una mierda, pero son los nuestros.

Entonces alcanzaron la puerta del patio. Ocho soldados cruzados de cicatrices recientes, asoleados de caras y brazos y pálidos de pechos y panzas, los rubios más rubios que antes y los morenos ya tirando a napolitanos, todos embarnecidos por los rigores de una expedición que ya había durado nueve meses. Estaban puercos, bruñidos, guapos aunque hicieran ruido como ganado o tal vez por ello.

Se desgranaron en el agua haciendo la bomba o la maroma para caer con estrépito. Jazmín pensó que lo que habían hecho en las islas no debería suceder en el Anáhuac, que aun si eran los suyos y se iban a ir defendiéndose los unos a los otros, imponerse a caballadas y ballestazos no era ni justo, ni bello, ni bueno —tal vez ni siquiera posible—. También pensó que salpicaban de más para ser lo que él pensaba que ya eran: una bola de fantasmas.

Malinalli estaba secándose el pelo al sol cuando Cortés volvió de tomar su baño en la alberca que compartían solo ellos dos. La traductora se había sentado en el centro de un cuadro de luz en el piso de la habitación y estaba hojeando uno de los libros que él llevaba en su saco de campaña. El capitán general la miró y dijo, a sabiendas de que ella no le iba a entender: ¿Ahora ya lees en castellano? Ella se volteó a mirarlo con su seriedad de siempre y respondió: Pronto.

Cortés la miró como si fuera un aparecido. Se llevó la mano derecha a la barba y se sentó en la estera matrimonial que ocupaba el centro de su celda. Se talló el morro e hizo los ojos chicos para mirarla de nuevo, ahora midiéndola. Calibraba si su inteligencia era una ventaja o una maldición. ¿Hace cuánto que entiendes lo que decimos?, le preguntó. Ella se alzó de hombros. No entiendo casi, respondió, pero hay algo que haz saber. Él alzó las cejas para invitarla a seguir. Cuando Atotoxtli alevantó de yantar toda enojada y todos fueron con ella, uno de los sacerdotes dijo algo. ¿Quién es Atotoxtli?, preguntó Cortés. La princesa. Ya, qué dijo el sacerdote. Señaló un muros y agarró y dijo: Este pared tiene ojos.

El capitán general se rascó la barba. Ninguna pared tenía ojos, dijo, nos quedamos ahí un buen rato, estaban los nueve capitanes; no había ojos en esa pared. Yo ansina vi nada, dijo Malinalli, pero los sacerdotes ven cosas que no se ven. Cortés lo pensó. ¿Notaron que ya hablas castellano? No. Ahí está, no lo ven todo.

El conquistador se levantó de la estera y recogió el saco de sus pertenencias de donde Malinalli lo había dejado tirado tras sacar el libro que hojeaba. Sacó unos calzones y se regresó a la cama para ponérselos sentado. Lo que había dicho en la sala del trono era cierto: esperar a Moctezuma tanto tiempo con el caballo parado y nervioso le había jodido la cadera. Se volteó a mirar a Malinalli. No

le digas a Aguilar que hablas castellano, le dijo. Ella bajó la cabeza.

Aguilar, que estaba dormido como piedra igual que los demás capitanes —eran como niños: un baño y a la meme—, abrió un ojo. Lo cerró y abrió el otro. Luego abrió los dos y miró al techo, de malas. Jazmín Caldera lo estaba sacudiendo delicadamente. Gerónimo, le susurró, Gerónimo. El traductor sacó el brazo de debajo de la cobija y se talló los ojos con dos dedos, preguntó: ¿Me llama Hernando? No, le respondió Caldera, todos están en sus habitaciones, yo creo que durmiendo la mona, y te quiero pedir algo antes de que despierten. El traductor volvió a cerrar un ojo, decidiendo si la situación era para machacarlo a palos. Como era un hombre que había vivido, preguntó antes de seguir su impulso: Qué. Caldera respondió: ¿Me enseñas a ponerme el taparrabos y el manto antes de que se despierten? Ganó la simpatía. Son hermosos, ¿no? Divinos, le dijo Caldera. El fraile sonrió. Ve por tus trapos, dijo, yo no te voy a prestar los míos.

Jazmín, que después del baño se había quedado solo en calzón y ropilla, volvió con el lío de telas de algodón en una mano y las sandalias colgando de la otra. Aguilar ya estaba sentado en la estera, en pelotas. Se rascó la cabeza, se puso de pie y dio los cinco pasos que lo separaban del perro. Tomó el enredo de arriba de la pila que le habían dejado y dijo: Para poder taparte el rabo con el enredo, primero te encueras, ellos le dicen maxtlatl. Caldera no pudo repetir la palabra.

Era una tira larga de algodón compuesta de hilos tan delgados que a primera vista había que esforzarse para aislar su trama. Era suave, brillaba un poco, tan delicada que daba la impresión de que si uno la tomaba por una de sus puntas, la otra iba a flotar, a irse al techo. Tendría el ancho de una buena bufanda y por lo largo unos ocho, tal vez diez, palmos; estaba rematada solo por un lado con un brocado de flores y flecos. Aguilar tomó la prenda por el remate liso

y se la apretó con la mano en la cresta izquierda de la pelvis. Luego tomó el cuerpo del enredo y le dio tres vueltas en torno a la cadera, apretando cada vez más. Centró el sobrante de tela en el coxis y se lo pasó por el arco, cubriendo las pudencias. Repitió el movimiento, pero esta vez aflojando y apretando la tela hasta que hizo un saquito. Los huevos no deben colgar, dijo, pero tampoco se te deben subir. Le dio otras dos vueltas a la tela, alisándola diestramente con los pulgares, hizo un nudo por el frente y tiró de la parte con flecos para tapar por completo la zona inguinal, las flores una delicada metáfora de la virilidad oculta. Listo, dijo.

Jazmín se quitó la ropilla, se desató y dejó caer los calzones, gozando discretamente el cosquilleo en los huevos que le producía desnudarse tan de frente a un macho de gloria como Aguilar. Repitió los movimientos mientras el traductor lo asesoraba con impaciencia. Tienes que apretarlo más. Ahora lo sacas. No, así se te va a aflojar cuando des tres pasos. Así. Cuando sintió que el enredo estaba firme, Caldera miró hacia abajo, creyendo por un instante que había renovado su cuerpo. Lo imaginó cobrizo, lustroso y recio como el de los maceguales que había visto vestidos solo con el enredo y se caían de buenos. Lo que vio era más bien para ir por el puñal y darse un tajo en el cuello: los antebrazos morenos y los bíceps blancos, la barriguita pálida abultada debajo de un costillar peludo; más abajo, las piernas flacas, verdes y arqueadas de los que lo hacen todo a caballo. Al final los pies, deformados por las botas: dos garritas mohosas. Aun así, abrió los brazos como un niño. Aguilar estaba parado frente a él, solo en enredo, músculo, cobre y piel tatuada. Ahí lo tienes, le dijo a Caldera, sin ocultar la lástima. Agregó: Verás que con el manto mejora el cuadro. Caldera ladeó la cabeza, poniéndole atención al cuerpo de su interlocutor, sonrió. Hijo de puta, le dijo, te afeitas el pecho y la panza. El cura se alzó de hombros. Al lugar donde fueres, dijo, vamos al manto.

El que Caldera había elegido era amarillo. Los brocados, tejidos con hilo de algodón, representaban motivos vegetales: mazorcas, calabazas, flores. El cura le dijo que se lo tenía que atar por el cuello y llevarlo un poco tirado hacia atrás, porque era soldado. Los hijos de los pipiles lo llevan así cuando están en el cole para señalar que ya son guerreros. Qué son los pipiles, le preguntó Jazmín. Los nobles; los que trabajan en la administración y ya no son guerreros

lo llevan atado por debajo del hombro izquierdo; yo me lo tengo que poner por debajo del derecho, porque soy sacerdote.

Jazmín se lo ató y se sacudió dentro de él, como si lo ateriera un escalofrío. Miró hacia abajo y se sintió un poco mejor: le quedaba regio a pesar de la tristeza europea de su cuerpo. Es exquisito, dijo. Aguilar tocó los bordados. No, respondió, es un manto fino, totonaca; son de lo mejor del imperio, pero no son como los que hacen aquí. Y siguió: Si nos consideraran iguales a ellos, las filigranas estarían bordadas con plumas.

Entonces Caldera metió cuidadosamente los pies en las sandalias. La suela era de carnaza por el lado de la planta y de caucho por el del piso. Nunca había sentido nada así. Es como flotar, dijo. Las correas eran de algodón trenzado, el nudo, que quedaba entre el pulgar y el índice del pie, estaba cubierto por una cabecita de serpiente labrada en jade que a él le pareció un dragón. A Amadís de Gaula le habrían encantado, dijo, las habría usado para andar por palacio en sus reposos. Aguilar sonrió, dijo: Amadís de Gaula no existió. Claro que existió, respondió Caldera, y susurró como si estuviera diciendo un secreto: Lo leí en un libro. El fraile se rio e hizo un gesto con el brazo derecho que englobaba su celda, el palacio, la ciudad, todo. Cuando alguien ponga en un libro esto que nos está pasando, dijo, van a pensar que fue otra burrada de caballerías.

Moctezuma abrió los ojos y pensó que debería ir a atender peticiones en el trono, reunirse con los capos de los calpullis para renovar el pacto entre mexicas y colhuas —el alzamiento de Texcoco los tenía, con toda razón, nerviosos—, revisar con los generales de las águilas qué fuerzas tenían dentro y fuera de la ciudad. Luego lo pensó mejor y le pareció que la sala del trono estaba lejos y era fría, que en cuanto se corriera el rumor de que había vuelto a recibir, los miembros del Consejo le iban a mandar a otro emisario, el número diez mil desde lo de Cholula. Además tendría que cambiarse, ponerse un tocado, joyería, hacer un par de ofrendas de sangre.

Decidió quedarse a fumar en su estera. En realidad la única persona a la que le era urgente ver era su hermana, y de todos modos era su esposa, así que no infligía ni la etiqueta ni la normativa de los cabrones de sus dioses si la recibía reclinado, con el pelo pegado y surcos de saliva en las comisuras. Estiró la mano hasta el perro y tocó la campanita de plata para llamar a la nueva primita. Le pidió, tallándose los ojos, que mandara traer a Atotoxtli, pero no hasta que ella se hubiera despertado de su siesta. Asegúrate de que haya fumado antes de venir, dijo, no la soporto de malas.

En los patios, pasillos y salones de la oficialía lo esperaban las calamidades de siempre, potenciadas por la sucesión de catástrofes políticas que Moctezuma había aceptado comerse con tal de asegurar la llegada de los caxtiltecas. Con solo pasar saludando a la gente que esperaba audiencia con él —no la iba a recibir, aunque no lo dijo— se enteró de que la carne de venado estaba carísima porque los guerreros otomís ahora estaban cazando en el Anáhuac; de que la gente de la montaña ya no podía salir de su casa porque los lobos y los pumas se estaban enseñoreando del monte debido a que los guerreros tenochcas llevaban veintenas pastoreando a distancia la expedición lenta y estúpida de los caxtiltecas en lugar de hacer su trabajo; de que el calpulli de los pescadores no podía más porque la guerra civil de los texcocanos afectaba a la parte de agua dulce del lago —unos estaban del lado del nieto colhua del rey Netzahualcóyotl, apoyado por Moctezuma, y otros del de un general rijoso e irresponsable que decía que Texcoco debía ser gobernado por un texcocano—; de que los sacerdotes supremos de Cholula, ahora refugiados en Tenoxtitlan, tenían a la gente hechizada y que sus interpretaciones de las fechas propicias para lo que fuera en el calendario entraban en conflicto con las de los sacerdotes imperiales; de que por su culpa estaba creciendo otra vez el culto a Quetzalcóatl que tanto trabajo había costado disminuir y que en las noches había danzas de fantasmas que proclamaban su regreso próximo.

Todo era genuinamente urgente, pero lo verdaderamente inquietante para el cihuacóatl, que lo había visto todo aunque nunca todo a la vez, no eran las demandas mismas, sino lo que palpitaba debajo de ellas. Una complicidad incierta, un tono casi imperceptible y tal vez incluso halagador, que implicaba que acaso los texcocanos rebeldes tuvieran razón, que tal vez los emperadores

descendientes de los toltecas habían perdido el tacto, que quizá ya eran irrelevantes y la hora de los mexicas, a los que representaba Tlilpotonqui como cihuacóatl, había llegado para Tenoxtitlan. Los señores tlaxcaltecas eran tlaxcaltecas y los caciques mayas eran mayas, ¿por qué los mexicas y los texcocanos debían tener un gobierno de colhuas? No había que ser un genio para relacionar esos rumores con su propia sensación de que Moctezuma ya no confiaba del todo en él.

Más que llegar al Salón de las Garzas, en el que despachaba, Tlilpotonqui se refugió en él. Ahí lo estaban esperando sus secretarios, siempre dóciles, abrumados y tendientes a la incompetencia.

Desde la fecha infausta en que Moctezuma se empezó a sentir perseguido por todos y ordenó la expulsión de los empleados públicos de su palacio y su sustitución por pipiles colhuas con los que tuviera algún grado de parentesco, el trabajo del cihuacóatl se había vuelto una complicación constante. Sus sobrinos y ahijados eran diligentes y habrían dado su vida por él y el emperador, pero ese era precisamente su problema: habían sido educados en el calmecac para apresar a guerreros en combate abierto y ofrecerlos en el templo, no para verificar listas de tributos y mediar en disputas sobre linderos. Lo querían resolver todo cortándole la cabeza a uno de los disputantes.

Los tres asistentes se levantaron de un tirón cuando lo vieron entrar y el de mayor rango entre ellos —su puesto tenía el nombre oficial ridículo de «secretario de la Fundación Lunar de Tenoxtitlan», que Tlilpotonqui obviaba y odiaba— dijo: Lo están esperando los miembros del Consejo, están en el salón; trajeron sus equípales, así que pedí que llevaran el suyo. El viejo miró hacia la tarima, ahora vacía, en la que solía estar su asiento para recibir peticionarios. Dijo: Ni el emperador ni yo convocamos al Consejo, y es nuestra prerrogativa. Llegaron todos juntos, respondió su secretario, cada uno con su tameme detrás, cargando su sillón. ¿Y?, respondió el cihuacóatl. Pensé que el emperador había convocado y yo mismo llevé el suyo. En estos días el emperador no puede convocar ni a sus propias aguas cuando quiere mear, respondió, permitiendo que el mal humor le soltara de más la lengua. Su sobrino no le rio el chiste: que fuera el único que podía decir algo

así no bastaba para que fuera divertido. El cihuacóatl lo miró a los ojos, le dijo: No puedes tomar esas decisiones sobre mi agenda sin consultarla conmigo. No comimos porque tuvimos que presentarnos en el Colegio de las Águilas, repuso su secretario con un airecito quejoso, los generales nos llamaron a filas, dijeron que los tlaxcaltecas están en el cerro de la Estrella, que tenemos a los cuatro señores y sus guardias en el palacio de Axayácatl y nos pueden llamar a combate en cualquier momento. Tlilpotonqui lo miró con curiosidad. ¿Eso les dijeron?, preguntó alzando las cejas. Palabra por palabra. ¿Que los tlaxcaltecas están en las Casas Viejas? Eso mero. El cihuacóatl lo pensó un poco y respondió: Es la pura verdad; entonces qué pasó. ¿Con qué? Con los del Consejo. Cuando volvimos de la siesta —e insistió—, sin haber comido, los viejos ya estaban aquí, con sus tamemes cargando sus equípales respectivos; pregunté por usted para avisarle y me dijeron que se había ido del almuerzo con la princesa a hablar con el huei tlatoani, supuse que, si habían llamado a filas, ustedes habían ordenado la reunión del Consejo. Bien pensado, le dijo, tienes futuro en la administración pública, y se rascó el cuello como si se estuviera buscando un insecto que le picara. Tenemos muchísimos peticionarios, murmuró. Dos salas y tres patios, le dijo el asistente de Peticiones y Reclamos, cuyo trabajo era atender las necesidades de los reclamantes mientras esperaban. Ve a hablarles, respondió, a uno por uno, y ve qué pueden resolver entre ustedes sin mí —lo dijo a sabiendas de que sus empleados no tenían ni idea de cómo resolver nada—, cancela todas mis reuniones, sin excusas. El secretario bajó la cabeza y cuando la subió de nuevo se encontró con las cejas alzadas de su jefe, dándole a entender que no era el momento de hacer ceremonias sino de ejecutar órdenes.

El secretario de la Fundación Lunar de Tenoxtitlan, al que llamaba Mitztli —Lunita—, para ahorrarse pronunciar su abominable título, y el asistente de Mapas, Linderos, Tributos y Otras Cosas lo miraban fijamente, como a la espera de un conjuro que llenara el escalofriante vacío de poder que había dejado la ausencia del huei tlatoani en la ciudad. Tlilpotonqui pensó que si el rumor era que Moctezuma había despertado de su letargo y había llamado a Consejo y a las armas, era bueno. Además le daría a la gente de qué conversar y a él unas horas para encontrar a

Cuitláhuac y los tlaxcaltecas. Podía despachar al Consejo rapidito y dedicarse al problema de los señores perdidos sin que lo interrumpieran.

Le preguntó al encargado de Mapas si él también había sido llamado a filas. Estuve en el Colegio, respondió. ¿Qué dijo Cuauhtémoc? Nada. ¿Hizo algún gesto? Es Cuauhtémoc. ¿Qué significa eso? Nunca lo he visto hacer ningún gesto. ¿Cuitláhuac?, preguntó. Cuitláhuac no estaba. El cihuacóatl apretó los labios. Vuelve al Colegio de las Águilas a preguntar si alguien sabe dónde anda, y mientras preguntas por él, investiga quién transmitió la orden de llamarlos a filas; que parezca que en la oficina pensamos que no vino de Moctezuma. ¿No vino de Moctezuma?, preguntó alarmado. Vino de Moctezuma, dijo, como te dije desde el principio, nadie más que él o yo puede llamar a filas, nada más quiero saber quién transmitió el mensaje porque yo lo iba a hacer más tarde, para no interrumpirles su comida.

Miró a Mitztli. Te toca ejercer de secretario de la Fundación Lunar de Tenoxtitlan, ni modo; pon tu equipal en la tarima y atiende a los peticionarios que acepten verte en mi lugar; les cuentas a todos que estuviste en el Colegio de las Águilas y que yo estoy con el Consejo; si preguntan si lo atendió el emperador, hazte el misterioso, pero implica que sí. El emperador no va a venir al Consejo, dijo Mitztli. ¿Te consta?, le preguntó su jefe, y canceló cualquier conversación sobre el asunto diciendo que iba a reunirse con los viejos.

III. La tarde

Atotoxtli se presentó sin enredo. Llevaba puesto solamente el huipil que usaba para dormir la siesta, de algodón tan fino que se le transparentaban las pudencias. Se había arreglado el pelo. Moctezuma, que estaba hundido en su estera tapado hasta la nariz por el edredón, alzó un poco la cara, notó lo escaso de su vestimenta y metió la cabeza bajo la cobija. Ponte algo, le dijo, creo que dejé mi capa sobre el perro. La princesa se asomó para cerciorarse de que las dos damas que la habían acompañado se hubieran ido antes de echársela encima. Las había despachado bien instruidas: nadie se debería acercar a la habitación del emperador mientras ella estuviera ahí.

Se puso la capa y se sentó en la banca de piedra opuesta a la cabecera en la que su hermano no parecía dispuesto a reclinarse aun si ella se había cubierto. Creo que exageraste mandando ejecutar en público a Xochi, dijo. Quién es Xochi, respondió Moctezuma sin incorporarse. La primita. Me desafió, le respondió el tlatoani, esas cosas se saben, parece que no hubieras vivido en palacio. Atotoxtli se cruzó de piernas. Sería más útil y padecería más si se la regalas a los caxtiltecas. Ay no, pobre, dijo el emperador. La mujer se rascó una costra en la rodilla como para restarle importancia a la idea que estaba por enunciar: Me imagino, está mejor muerta, pero podría hacer migas con la Malintzin, que es la persona más cercana al oído y la boca del huei Caxtitlan. Su hermano se incorporó por fin, aunque no lo suficiente para sacar toda la cabeza del lecho. Me ha de odiar, dijo. Seguro, completó Atotoxtli, pero si yo la salvo va a hacer lo que yo diga. El emperador lo pensó un momento. No creo que sea necesaria, dijo al final, y cuando se sepa que la perdoné van a decir que soy un débil. Ya lo dicen, llevan diciéndolo desde que decidiste dejar que los caxtiltecas hicieran alianzas con todos tus enemigos mientras tu

ejército los protegía durante su viaje a la ciudad. Moctezuma se alzó de hombros. Entonces que piensen que soy débil y cruel, necesito un poco más de tiempo. Y siguió, ahora sí incorporándose en la cama: ¿Hablaste con mi nuero? Ella sonrió. Claro, dijo; llamó a filas en lo que distraías al cihuacóatl. ¿Nadie se opuso? Nadie se opone nunca a nada que diga Cuauhtémoc, respondió ella, y todos confían en que si dice algo es verdad. El emperador afirmó con la cabeza. Atotoxtli completó: Nomás que pase esto vas a tener que mandarlo a una campaña larga, le estás dando demasiado poder y está demasiado joven. Papá me dio poder y salió bien. Eras su hijo, no su nuero. Hoy lo necesito, dijo el emperador; estamos tan arrinconados que si no se hace todo a la vez nos carga Tezcatlipoca; cuando acabemos lo mando a devolvernos Cholula y pacificar la costa. Eso, confirmó ella, ¿y Cuitláhuac? El tlatoani la miró a los ojos con esa mirada densa que implicaba riesgo de muerte. Te dije que ni siquiera mencionaras su nombre. Ella confirmó, tapándose la boca. Se levantó de la banca de piedra y, antes de irse, insistió en que le permitiera liberar a Xochi para mandarla a hablar con Malintzin. No, le dijo el tlatoani, no necesito ni más rumores ni más fisuras pero es buena idea; olvídate de Xochi y ve tú a hablar con ella, averigua qué necesitamos ofrecerle para que traicione al capitán general si llega a ser necesario. Ella afirmó con la cabeza. Y si puedes, agregó, dile que te lleve a ver los cahuayos, dile que nunca has visto uno de cerca; los cuentas, cuentas a los guardias que los cuidan, que te muestren las sillas y cómo se ponen. Ella bajó la cabeza para señalar que acataba y se dio la media vuelta para ir a cumplir su cometido.

Ya salía cuando Moctezuma la requirió de nuevo. ¿Atoto?, le dijo. Ella se volteó y alzó las cejas. La llamaba así cuando era niña, nunca desde que se había convertido en emperatriz. El tlatoani dijo en un tono de viejo enfermo que no cuadraba ni con su edad ni con su salud: Pero antes de todo eso ve a ver al chamán de alcoba, dile que venga a hablar conmigo, en secreto, por los pasadizos de los sacerdotes; quiero encomendarme antes de ir a hablar con el Malinche.

Atotoxtli se recargó en el vano, se cruzó de brazos y movió la boca de un lado a otro, un gesto que el emperador le conocía desde que era niña —su hermana preferida entre la multitud de hijas de

Axayácatl—. Qué pasa, preguntó. Ella miró al suelo. Antes de insinuar cualquier cosa detuvo la mente en la imagen de la piedra de sacrificios del templo de Huitzilopochtli. Sería una muerte rápida e higiénica porque la decapitarían en lugar de sacarle el corazón. Ya estaría muerta cuando le cortaran las piernas y los brazos y arrojaran la pedacería de su cuerpo templo abajo. Pensar en la piedra sacrificial era un procedimiento que seguía con frecuencia. Si se había vuelto tan audaz en los últimos años era en buena parte porque, siendo la hermana del sol del imperio, sabía que su muerte, si no era natural, sería como la de la diosa Coyolxauhqui, que rodó templo abajo decapitada por su hermano. Había una impudicia insoportable en la imagen de su torso desnudo y desmembrado rodando escaleras abajo detrás de su cabeza, pero ella ya no estaría para atestiguarla.

Huei tlatoani, dijo —no dijo Moctezuma, ni hermano, ni marido —. Él le respondió con calidez: Dime. Tenoxtitlan es inconmovible, comenzó, pero nosotros estamos de paso. Él alzó las cejas entendiendo que lo que venía no era fácil de decir para ella. Sigue, le dijo. Soy la más pequeña de todas y no soy miembro de tu Consejo por buenas razones, soy una pobre mujer que no sabe nada. ¿Y? Creo que no deberías tomar hongos antes de ir a hablar con el Malinche. Moctezuma sonrió. Quiero al sacerdote para encomendarme, dijo; es una reunión de trabajo, tengo que tomar decisiones, no sería recomendable comer hongos antes de hablar con él. ¿Por todos los dioses? Te lo prometo frente a todos los que están de nuestro lado ahorita. ¿Me voy tranquila? Ve a ver a Malintzin y que te lleve a ver los cahuayos, luego descansa, que has tenido un día sofocante; cierra los ojos pensando que el huei tlatoani sabe lo que está haciendo digan lo que digan los rumores, que sus hombros te cargarán segura. Atotoxtli bajó la cabeza.

Los cuatro miembros del Consejo Supremo alzaron la mirada cuando lo vieron entrar. Se habrían levantado, si sus tamemes hubieran estado ahí, para ayudarlos a ponerse de pie y luego volverlos a acomodar. Hasta que estuvo frente a ellos, todos con sobrias capas de gala y cada uno con el tocado adecuado para su cargo en el Consejo, no se dio cuenta de que se habría tenido que cambiar antes de entrar a la sala. En la mesa redonda, basta y sólida, ya estaba dispuesto su equipal, aunque, como sospechaba, nadie había llevado el de Moctezuma.

Sin hacer referencia al tropiezo burocrático que implicaba que hubiera Consejo sin que lo hubieran convocado el emperador o él mismo, se puso las manos a la altura del corazón. Dijo: Disculpen que me presente ante ustedes sin tocado —se señaló la cabeza—, no tuve tiempo de arreglarme; perdonen lo que eso tiene de insolencia y síganme considerando el más humilde de sus hermanitos. Agregó: Vengo llegando de las habitaciones privadas del emperador, e hizo una pausa. Nadie se inmutó. Traigo noticias del huei tlatoani que llenarán de júbilo sus corazones y no quise perder el tiempo pasando a mis cuartos, aunque estuviera vestido de manera indigna de sus presencias. Volvió a hacer una pausa. A nadie pareció importarle que acabara de ver al emperador, y nadie respingó ni mostró la menor preocupación, lo cual implicaba que el llamado a filas no había salido del Consejo.

Si la orden de aprestar a las águilas había venido de otro lugar y reunir al Consejo sin la anuencia del emperador no era del todo un gesto de insurrección si lo habían convocado a él, ya no tenía por qué perder el tiempo con los viejos. No se sentó y dijo: El emperador me acaba de contar que va a reunirse con los caxtiltecas. Y eso qué, le preguntó uno de los viejos. Tlilpotonqui abrió las manos como para mostrar lo evidente. Se va a reunir con alguien,

dijo, a lo mejor sigue el Consejo. Nadie se mostró impresionado. Yo creo que podemos esperarlo un poco más y reunirnos ya con él, agregó, así que si me disculpan, voy a retirarme porque tengo mucho trabajo, no sin antes desearles que los dioses les traigan fortuna y resistencia y darles la certeza de que pronto volverán los tiempos de las flores. Se dio la media vuelta y se dirigió a la puerta del salón. Antes de cruzar el vano, volvió la vista a la mesa y preguntó: Por cierto, ¿quién convocó a este encuentro?

Los consejeros murmuraron entre sí y el más viejo —aunque todos eran viejísimos— le señaló su asiento. Tengo el ejército más grande que se haya acercado a Tenoxtitlan en la costa de Iztapalapa y a sus generales perdidos, respondió; tengo a la mitad de Texcoco sublevada y tengo a los emisarios de un imperio desconocido armados hasta los dientes en las Casas Viejas. Además tengo una fila de peticionarios que llega hasta Tlatelolco, y Cuitláhuac, a quien ustedes probablemente piensan elegir cuando pase nuestro señor Moctezuma, está desaparecido mientras los tlaxcaltecas ocupan su ciudad; ¿les parece buena idea sentarnos a hablar en este momento? El mayor de todos los presentes se alzó de hombros y le volvió a señalar su lugar sin decir nada. El cihuacóatl permaneció firme. Si no llamé yo al Consejo, insistió, y no llamó Moctezuma, ¿quién llamó? El viejo le señaló su lugar.

Volvió a entrar a la sala, pero no concedió. Se quedó de pie, recargado con las manos en el respaldo de su equipal. El consejero que Abre las Lluvias de la Lengua y Administra los Cantos para que No Seamos como las Flores y las Abejas que Duran solo unos Días sonrió con una boca desdentada que era más bien triste, triste como para matarse, y dijo: Fuiste tú, no te hagas. Tlilpotonqui dudó de su propia cordura, pero mantuvo la buena cara. El consejero cerró: A mí me avisó tu hijo, Tlacaelel, que venía corriendo del calmecac —qué grandote está, qué bárbaro. El cihuacóatl tuvo que hacer acopio de toda su experiencia para no preguntar: ¿Mi hijo Tlacaelel?—. El consejero del Sol que Cae como un Águila para que vivan los Jaguares, las Polillas y los Alacranes siquiera unas Horas cada Día dijo: Sí, está grandísimo ya, y guapo, salió a su madre. El cihuacóatl sonrió tan afablemente como pudo. Canijo, señaló, le ordené que les mandara a un mensajero, pero los quiere tanto que no me hizo caso. Mientras lo decía, calculaba el número de veintenas desde la última

vez que lo vio —¿diez, quince, cien? Como sea, dijo el que Abre las Lluvias de la Lengua y Administra los Cantos para que No Seamos como las Flores y las Abejas que Duran solo unos Días, ya estamos aquí reunidos y tenemos algo que decirte porque hay demasiados rumores que nos parecen peligrosos. Si que los hay, respondió Tlilpotonqui, tantos que tuve que sacarme a mi hijo de debajo de la capa. Se rieron. Jaló su silla.

Era una pieza centenaria y exquisita. Los barrotes de caña habían sido labrados con motivos marinos y lunares. El respaldo era de piel de jaguar y tenía pintada una cabeza de perro amarilla cruzada por una lanza y una escoba, el emblema de los descendientes de Tlacaelel —el hombre que había construido el imperio y en cuyo honor había nombrado a su hijo mayor—. Se sentó y se pasó la mano por la cara. ¿Mi hijo les dijo algo de Cuitláhuac?, preguntó, ¿o de los señores tlaxcaltecas? El más viejo y sabio de todos los consejeros sonrió. No entendió el gesto. Cualquier información es vital en este momento, insistió. El que Abre las Lluvias de la Lengua y Administra los Cantos para que No Seamos como las Flores y las Abejas que Duran solo unos Días respondió: Por eso nos tenemos que sentar a hablar. Y metió su mano tenebrosa en el morralillo que llevaba colgando del hombro a la altura del pecho. Extrajo su pipa y su tabaco. Luego anotó, más bien filosófico: Esto es serio, tenemos que empezar por el principio, y se puso a armarla con muchos trabajos.

Tlilpotonqui miró las vigas del techo y sacó su propia pipa y su tabaco. La armó, la rellenó y caminó hasta el brasero, al lado del cual había un perro con platitos y pinzas. Cuál es el principio, preguntó mientras se hacía de una brasa y la llevaba a la mesa para compartirla. Sentándose, siguió: ¿La caída de Cholula?, ¿el alzamiento en Texcoco?, ¿el desembarco de los caxtiltecas?, ¿la boda del emperador con su hermana?, ¿el decreto que nos llenó la administración pública de incompetentes? Se distendió en su equipal pensando que era un milagro que todavía existiera el imperio. El viejo dijo: El principio es el momento en que alumbró el primer sol. Nunca un cihuacóatl había pelado tanto los ojos como Tlilpotonqui en ese momento, lo cual no obstó para que el mayor se arrancara con el canto de *La leyenda de los soles*, que era larguísimo.

Cuauhtémoc estaba sentado, con las piernas entrelazadas, en el centro del patio del colegio de las águilas, el sol de la tarde dándole de frente. No llevaba aderezos, no llevaba capa, no tenía ni un rastro de pintura en la cara o el cuerpo. Llevaba el enredo y nada más. Se había hecho una coleta por arriba de la cabeza, que tenía rapada de los temporales hacia abajo. Los demás generales, los guerreros, los novicios desviaban sus pasos y caminaban bajo las arcadas del patio cuando, saliendo de los recintos, se encontraban con el monte de músculo que era su cuerpo recibiendo el sol. Daba la impresión de que había dejado de respirar, o de que, decían los viejos, respiraba por los ojos.

Moctezuma los abrió. Se había vuelto a quedar dormido después de mandar a Atotoxtli por el chamán de alcoba. Le pasaba cada vez con más frecuencia y no culpaba a lo obvio, su edad —ya tenía cincuenta y dos—, o el alegre consumo de alucinógenos a los que se había entregado desde que las guerras eran tantas que ya no salía a ningún frente para no demeritar los otros. Odiaba las siestas naturales, las que no estaban inducidas por los honguitos del chamán, porque despertaba desorientado.

Tardó un poco en reconocer que estaba en su habitación y que la nueva primita le había dejado, en el perro, los insumos para su baño de la tarde. Cerró los ojos y los volvió a abrir para confirmar que ya estaba despierto.

A Cortés, en su propia estera, se le cayó de las manos el libro que estaba leyendo. Desde hacía varios días, cuando supo que Moctezuma lo recibiría a las puertas de la ciudad, había vuelto a las páginas muy repasadas de *Ab Urbe condita* de Tito Livio. El adelantado Diego Velázquez le había regalado su ejemplar cuando él le presentó sus cartas recién llegado de Extremadura. Estaban por arrojarse a la conquista de Cuba, así que el adelantado le dijo: Si

vas a ser mi secretario, mejor que te leas esto para que entiendas lo que estamos haciendo en las Indias.

Cuando, hacía tres noches, estaban acampando a las afueras de Tlalmanalco ya con el lago y sus ciudades a la vista, el capitán general se vio a solas un momento con Aguilar y el capellán y les pidió algún libro de oraciones que lo tranquilizara en vísperas de la entrada a la boca del jaguar. La visión de lo que venía le ayudó a reconocer frente a ellos que estaba ansioso, con miedo, sin claridad sobre qué decir y cómo cuando llegara el momento de encontrarse con el emperador. El traductor lo había pensado un poco y le había dicho: Si quieres un libro de horas que te lo dé el capellán, pero mejor vuelve al Tito Livio que te vi leyendo cuando el desembarco, te va a ayudar más, nosotros nos encargamos de las oraciones. El capellán estuvo de acuerdo.

Moctezuma se incorporó, descubriéndose hasta el pecho. Se talló la cara y estiró el brazo para tomar la campanilla y tocarla otra vez. Necesitaba algo dulce antes de salir de la estera. Entonces recordó haber soñado que estaba de vuelta en su trono dando audiencia, aburridísimo, como siempre, cuando le llevaron a un gordo. Era un gordo enorme, el hombre más alto y más gordo que había visto en su vida, tenía ojos de sapo. Retrajo la mano y la volvió a meter debajo del edredón y detrás de ella todo el cuerpo. Se cubrió hasta la frente y cerró los ojos.

El gordo del sueño iba vestido de manera todavía más extraña que los caxtiltecas, aunque de algún modo emparentaba con ellos. Llevaba unos calzones azules de tela ruda que le subían hasta el pecho y colgaban de unos tirantes. Su camisa no tenía holanes de ningún tipo, apenas un cuello caído, como las alas de un pájaro triste. Encima de todo llevaba una chaqueta parda con toda suerte de bolsillos. Lo impresionante, sin embargo, era su altura, su barriga, los ojos saltones. Lo habían encontrado caminando por el mercado de Tlatelolco y lo habían detenido —era tan grande que se necesitaron varios guardias—. En su sueño, Moctezuma lo veía entrar al salón del trono escoltado por cuatro águilas, la gente le abría el paso. Los guerreros que lo acompañaban lo forzaban a arrodillarse frente a él. El gordo alzaba la cara. Lo vio a los ojos, causando espanto en la corte. Además de grandes los tenía desorbitados, en parte porque era su condición, pero también por

un miedo atroz que lo azotaba. No te equivoques, le decía, y extendía sus brazos larguísimos hacia ambos lados. Entonces el emperador miraba alrededor, siguiendo el gesto de esas manos gordas e informes como costales de grano. Ya no había palacio, ya no había ni templos para sacrificar al gordo, ya no había Tenoxtitlan, puro humo y cenizas; en lugar de los miembros usuales de su corte había un apelotonadero de tlaxcaltecas, texcocanos y caxtiltecas merendando entre las ruinas.

Antes de ponerse a leer a Tito Livio y quedarse dormido, Cortés había hecho lo que había aprendido a hacer desde que participó en la conquista de Cuba. Resolvió la incomodidad que lo escocía frente al problema de sentarse a hablar con el emperador ejecutando un gesto de violencia. Como estando donde estaba no podía aperrar a un taino o hacerle un juicio expreso a un soldado y mandarlo ahorcar, había levantado a Malinalli por la greña que se peinaba en su cuadro de luz con un libro en el regazo, la había puesto en cuatro patas, le había arrancado el enredo de debajo del huipil y la había sodomizado. Le pareció que con ese gesto mataba dos pájaros de un tiro: recuperar el valor y castigarla por no haber dicho antes que ya hablaba castellano y estaba intentando aprender a leerlo. Se sintió orgulloso.

Acabó rápido y se tiró, contento con su triunfo, a leer en la estera. Ella, que ya lo conocía y estaba cada vez más harta de sus fragilidades y las soluciones con que las resolvía, se acomodó el huipil sin ponerse el enredo y salió al patio de la alberca. Él leyó dos párrafos y se quedó dormido. Soñó que Jesús le decía: Háblale de mí.

Cuauhtémoc solía sentarse con las piernas cruzadas en el colegio de las águilas en vísperas de los combates y las ocasiones solemnes. Esa tarde había llamado a filas por órdenes del emperador —de la emperatriz, más específicamente, porque Moctezuma no hablaba hacía meses con nadie más que el cihuacóatl y la princesa. A nadie le sorprendía, al salir al patio, que el general estuviera, como decía él mismo, viendo para adentro. Los tlaxcaltecas y los huejotzingas estaban estacionados en Iztapalapa, los otomís en los cerros, los texcocanos en la ribera del lago que les pertenecía. Sangre, iba a haber; la única duda que tenían todos era por dónde iba a empezar a correr y cuándo— los rumores decían que apenas se supiera de

qué lado iban a pelear los caxtiltecas. Para el momento en que el general se sentó a concentrarse, ya se decía por toda la ciudad que Moctezuma iba a reunirse con el Malinche esa misma tarde.

Nadie hablaba nunca con Cuauhtémoc si Cuauhtémoc no le había hablado antes. Era el tipo de persona a quien nada más se teme. La gente suponía que hablaría con su mujer, que era la hija preferida del emperador, pero no habían tenido hijos, así que no se sabía. El emperador lo trataba como si fuera su sangre. Nadie supo, entonces, que se había ido a ver para adentro no en preparación para un combate, sino porque cuando caminaba rumbo al colegio de las águilas para llamar a filas, se había cruzado en la plaza del templo de Éhcatl con un hombre tan moreno como él pero con un bigote tan poblado como el de los caxtiltecas. Iba vestido de manera inexplicable. Llevaba calzones largos, tan largos que le llegaban hasta las botas —que no eran del todo unas botas porque no subían hasta las rodillas, algo como unas sandalias forradas. El torso lo llevaba cubierto por prendas todavía más indiscernibles: una camisa como las de los caxtiltecas pero sin holanes, una capa sin vuelos, apretada, con mangas y botones— un inventazo, para decir la verdad. Del cuello le pendía una banda brillante como si estuviera hecha con plumas, pero era de pura tela. El forastero, que parecía haber estado bebiendo pulque, le dijo, tambaleándose: Cuauhtémoc, joven abuelo, escúchame loarte, único héroe a la altura del arte, y se dio la media vuelta y se fue. El general llamó a filas, luego se sentó a tratar de entender el mensaje.

Mientras el consejero que Abre las Lluvias de la Lengua y Administra los Cantos para que No Seamos como las Flores y las Abejas que Duran solo unos Días cantaba la interminable *Leyenda de los soles,* Tlilpotonqui recordó el momento en que, a finales del otoño anterior, el pipil que el emperador había enviado a la costa del Golfo volvió para confirmar que los visitantes esporádicos de allende el Mayapán habían desembarcado en territorio imperial.

Antes, cuando Ahuizotl todavía era tlatoani y Moctezuma un general formidable más o menos exiliado a la posición de sacerdote sumo del culto a Tezcatlipoca, se hablaba de la llegada de una cantidad inusual de gente de las islas para pedirles refugio a los mayas porque unos abusones que venían de más allá del mar estaban asolando su tierra. Los tainos, que habían desafiado al Golfo en sus chalupas porque lo que fuera era mejor que quedarse en sus islas, decían que los forasteros eran personas comunes, pero que cuando eran muchos se volvían aterradores.

Luego llegaron los primeros caxtiltecas. Habían aparecido abrazados a troncos o en chalupas rotas, muertos de terror, hambre y frío. No impresionaron a nadie hasta que un día empezaron a llegar en barcas como casas, repletas de sí mismos. En las primeras vueltas los habían visto desde tierra. Luego habían desembarcado en Cozumel y se habían atrevido a cruzar el estrecho y entretenerse en el Mayapán. Habían bordeado la costa hasta pisar los territorios totonacos que no hacía tanto habían sido incorporados al imperio.

Para el desembarco en las playas del Golfo, el rumor ya llevaba tiempo corriendo. Se decía que incluso habían fundado una villa más allá del lago de Nicaragua; decían que tenían palos de fuego y perros y venados sin cuernos. Eso le interesó al tlatoani, que desde el principio entendió que unos venados domésticos eran un bien estratégico. Se veía a sí mismo entrando en montura a Tzintzuntzán,

la capital insobornable de los purépechas, y figurando para siempre como el más grande de los emperadores mexicas, el que doblaría la espina de la Michoacán invencible.

Cuando los barbudos desembarcaron en las orillas mismas del imperio, el huei tlatoani, el Consejo y el cihuacóatl decidieron por acuerdo común enviar al mayordomo de la Casa de la Oscuridad —otro título obtuso e irritante para que se encontrara con ellos en la costa—. En la reunión en que se planeó ese encuentro, Moctezuma no dijo ni una palabra sobre su interés por los venados. Si alguien más notaba que lo valioso no eran ni las ballestas ni los palos de fuego sino los animales, se los iban a quitar en el camino.

Mientras el miembro del Consejo que Abre las Lluvias de la Lengua y Administra los Cantos para que No Seamos como las Flores y las Abejas que Duran solo unos Días decía su poema —ya iban por el segundo sol, faltaban tres—, Tlilpotonqui recordaba el momento en que, en su opinión, la mala suerte se cebó contra Moctezuma.

Recordó la vehemencia con que se opuso a que el tlatoani invitara a Atotoxtli a la entrevista privada con el mayordomo de la Casa de la Oscuridad una vez que regresó de su encuentro con los caxtiltecas. Había argumentado que si no invitaban al Consejo, no podían invitar a nadie más; había pedido que si iban a invitar a su hermana, invitaran también a Cuitláhuac; había dicho que era mejor hacerlo como habían hecho todo siempre: acordar entre ellos dos y luego manipular a los consejeros para que recomendaran que se hiciera lo que ellos ya habían decidido hacer.

El tlatoani se mantuvo firme: Atotoxtli no podía heredar la corona por ser mujer y no tenía ni iba a tener hijos por los cuales interceder; solo se interesaba por el bien del imperio porque ya no podía tener nada más de lo que tenía. Como había sucedido siempre, el argumento de Moctezuma terminó pareciéndole incontestable, más allá de que era el emperador y podía hacer lo que se le diera la gana. Aceptó a regañadientes la presencia de la princesa.

El mayordomo de la Casa de la Oscuridad fue y vino y la conversación con él sucedió en dos etapas. La primera fue en un jardín, solo con el emperador, el cihuacóatl y la princesa. No hubo etiqueta: el mayordomo, como Atotoxtli y Tlilpotonqui, iba

descalzo, pero los tres interlocutores podían hablar con el tlatoani sin tener que bajar la cabeza, los cuatro estaban de pie y en algún momento se sentaron en la hierba, fumaron; Moctezuma llevaba solo una tiara y el manto. La segunda fue en el salón del trono, con los consejeros, los generales, los cabezas de los calpullis, y el protocolo se respetó a pie juntillas, así que no fue una conversación sino un espectáculo.

En el encuentro del jardín Moctezuma había cuestionado a su emisario con firmeza judicial, enunciando de maneras distintas las preguntas que le interesaba que respondiera, mayormente sobre los venados —que ahora ya sabían que no eran venados, sino unos animales diferentes a los que la gente de la costa ya nombraba cahuayos. Cuando al cihuacóatl le parecía que lo estaba ahogando, intervenía con un poco de buen humor. Siempre, desde la coronación del huei tlatoani, habían jugado el mismo juego del malo y el bueno— Moctezuma siempre el malo, obviamente. La princesa no decía nada, pero era obvio que estaba ahí para ver y conservar lo que su hermano no notara, para, llegado el momento, recapitular sobre lo dicho. El tlatoani volvió una y otra vez sobre el número de los caxtiltecas, sus armas, los cahuayos, las alianzas que podrían hacer en el camino, el interés que habían mostrado por conocerlo y las posibles intenciones que hubiera detrás de él, más allá del mensaje que decían traer del tlatoani de Caxtitlan. En un momento determinado, Moctezuma dijo: Bueno, ya tengo hambre, adiós, y se levantó. Mientras se sacudía las briznas de hierba de la parte trasera del manto, anotó, mirando a los ojos al mayordomo: Cuando hables frente al Consejo hoy después de la siesta, no menciones la posibilidad de las alianzas ni pongas énfasis en los cahuayos. Es más, agregó, diles que unos son como nosotros y otros son hombres hasta la cintura y venados debajo de ella; no quiero a nadie calculando los beneficios de los animales; acentúa lo de los palos de fuego para que se distraigan, di que son horripilantes, que suenan como truenos, que la gente se desmaya con solo escucharlos; di que podrían ser enviados de Quetzalcóatl para que lleguen intactos a Cholula. Tlilpotonqui miró a Atotoxtli con una sonrisa: el genio estratégico del emperador estaba intacto. Ella apretó la boca y la movió de un lado a otro.

Ya que Moctezuma y el mayordomo se habían ido, el cihuacóatl

le preguntó a la princesa qué era lo que le había disgustado. El tarado de mi hermano, le respondió ella, ya se decidió: los va a traer a Tenoxtitlan. Está bien, ¿no?, dijo Tlilpotonqui, si alguien los va a tener, tendríamos que ser nosotros. Ella tronó la boca. Cuitláhuac y Cuauhtémoc le dicen lo que quiere escuchar, así que no se da cuenta, dijo, de que las águilas están extenuadas por las campañas de Oaxaca, de que en Texcoco los generales se quieren salir de la alianza porque sostener a los colhuas sale demasiado caro, de que los totonacos se nos voltean en cualquier momento; todo eso lo podemos controlar, dijo la princesa, pero a los recién llegados no, no sabemos cómo piensan, cómo van a la guerra. Está obsesionado, concluyó, y eso les va a pasar a todos; los sacerdotes van a empezar a decir idioteces; la gente se va a asustar, los enemigos van a sacar provecho. Tlilpotonqui le dijo que tal vez, pero que conocía al tlatoani, si quería los cahuayos, iba a tener sus cahuayos, que eso era lo que tenían y era con eso con lo que había que trabajar.

Completamente ausente de la reunión de Consejo en que estaba su cuerpo, el cihuacóatl pensaba en lo que habría sucedido si hubiera tenido la claridad de escuchar a la princesa, de salir corriendo detrás del tlatoani y pedirle que lo pensara bien, que les ofreciera un trato a los totonacas para que emboscaran a los caxtiltecas en un claro, que con que sobrevivieran unos cuantos cahuayos ponían un criadero y listo.

Tal como había previsto Atotoxtli, los caxtiltecas habían jodido el equilibrio imperial: hasta él mismo había caído en la trampa. Se le habían perdido los señores tlaxcaltecas en lo que sahumaban a los recién llegados; no tenía idea de dónde estaba Cuitláhuac. Tal vez todos se hubieran esfumado para entrar en tratos con los alzados de Texcoco. El fin del mundo. O, en su mal humor y melancolía, Moctezuma había sospechado una rebelión en su propia ciudad y había mandado asesinar a su heredero, dejando la continuidad del imperio en manos de Cuauhtémoc, disciplinado y eficaz en el campo de batalla pero demasiado joven para gobernar un reino en crisis.

Todavía tuvo una oportunidad más para desaconsejar al emperador cuando, esa misma tarde, tuvieron la reunión, toda protocolo, con el mayordomo, los cuatro miembros del Consejo, los

capitanes del ejército y los líderes prominentes de los calpullis. En esa segunda ocasión iban todos de gala: capas, tocados, joyas. Cada alocución comenzaba y acababa con parabienes interminables que habían sido establecidos hacía casi un siglo por el viejo Tlacaelel y funcionaban como los nudos que ataban la coreografía imperial.

Cuando el emisario que habían mandado a la costa terminó de dar testimonio diciendo que era el más pequeño de los hombres del imperio y que esperaba que su servicio alcanzara para darle brillo a la más modesta de las joyitas de la tiara del huei tlatoani, Moctezuma, que presidía en su trono, tomó la palabra para decir que tenía una humilde recomendación para auxiliar a los consejeros en su difícil toma de postura —es decir, que tenía una orden—. Dijo: Quiero tener a los caxtiltecas; me parece que hay riesgo en traerlos hasta acá, pero su presencia no ha hecho más que incrementarse desde que supimos de ellos por primera vez e ignorarlos entrañaría ya no un riesgo sino un peligro verdadero; si alguien va a tenerlos tenemos que ser nosotros y si los civilizamos vestirían bien a la ciudad; si les enseñamos a ser valientes, sus palos de fuego ayudarían a nuestras tropas.

El argumento les pareció bueno a los jefes de los calpullis, que lo aceptaron tácitamente cuando ninguno de ellos pidió la palabra —ninguno, de todos modos, se habría atrevido a contradecir al tlatoani—. Los miembros del Consejo murmuraron entre sí antes de aceptar. Uno de ellos, el que Vela por las Veredas de Piedras Preciosas y los Hilos de Plata que Abrazan al Maíz cuando es una Pequeña Joya, preguntó cómo podían ayudar a que la empresa llegara a buen puerto. Moctezuma recomendó otra orden que convocaran a su hermano Cuitláhuac para que se hiciera a la costa con un ejército nutrido que fuera abriéndoles camino a los caxtiltecas, que los tentaran con embajadores llenos de oro y joyas cada tanto, que hicieran correr un rumor entre la gente: que dijeran por todos lados que en Tenoxtitlan se pensaba que eran descendientes de Quetzalcóatl —el enemigo mortal de los dioses de los colhuas—, para que llegaran indemnes hasta Cholula. Genial, dijo el consejero del Sol que Cae como un Águila para que vivan los Jaguares, las Polillas y los Alacranes siquiera unas Horas cada Día. Y siguió: Como nos corresponde, llamaremos a tu hermanito Cuitláhuac, el más pequeño de los frutos de Axayácatl, y le

comunicaremos este acuerdo al que hemos llegado tras deliberarlo tanto y entre tantos. A lo que Moctezuma respondió: Pues bueno, hora de tomar un chocolatito.

Los viejos agacharon la frente tanto como pudieron y fueron saliendo de uno en uno, caminando hacia atrás para no darle nunca la espalda al tlatoani. Cada cual tenía su propia despedida —siempre la misma—, que enunciaba al alcanzar el umbral del salón: Que el arrullo de las güilotas no te descomponga el sueño o Que tu merienda te traiga la paz y el contento que aclaran la mente y fortalecen al cuerpo. Después de los consejeros seguían los cabezas de los calpullis, que en reuniones como esa tendían a no hablar más que para saludar y despedirse. El último en salir del salón tenía que ser el cihuacóatl. Dijo la despedida correcta para el tipo de reunión que terminaba: Ahora descansa, águila entre las águilas, y sueña con flores y chupamirtos sabiendo que, cuando llegue la hora, yo voy a machacar en tu nombre a tus enemigos. A lo que el huei tlatoani respondió: Todavía no. Y dejó caer la fórmula que diferenciaba al cihuacóatl de todas las demás figuras de poder en el imperio: Mi alma no descansa porque los ojos de la muerte no tienen párpados, quédate un momento más conmigo, para que recibamos juntos el aguacero de sangre y mocos que están por enviarnos los dioses; tal vez si tu voz se suma a la mía, podamos aplacarlos. Las damas se apresuraron a salir. Ya que estaban solos, Tlilpotonqui alzó la cara y vio a los ojos a Moctezuma. Dijo mientras se quitaba el tocado y se acomodaba en la banca de cantera adosada a la pared: Dime.

Sentado en su equipal en la sala del Consejo nueve meses después, tieso y con el puño en la barbilla para fingir que escuchaba con atención la historia de los soles que cantaba el más viejo de los consejeros del emperador, Tlilpotonqui recordó lo que le dijo Moctezuma. Estaba dudando, la princesa había sido convincente y, sobre todo, había argumentado que la situación de Tenoxtitlan era menos sólida de lo que él pensaba. El cihuacóatl preguntó cuál era el corazón de su pregunta y el tlatoani lo pensó mucho antes de decir: ¿Crees que tengo tiempo de hacerme con los cahuayos antes de que pasen todas esas cosas que Atotoxtli piensa que pueden pasar? Pudo responder: Sí, pero vamos a romper Tlaxcala y Huejotzingo antes de que pasen por ahí para evitar una alianza.

Pudo decir incluso: Que avancen y los cortamos en la selva, de noche, cuidando que sobrevivan tantos animales como se pueda. Pero dijo: Yo creo que ya con los cahuayos podemos recuperar todo lo que perdamos trayéndolos. El emperador le dio una orden que, en ese momento, le pareció una bendición: Eso hacemos, pero tú te encargas; yo no quiero ni reunirme con el Consejo, ni recibir a los jefes de los calpullis, ni hablar con embajadores, ni nada hasta que tenga los cahuayos; me van a joder sin parar por traerlos a la ciudad. Yo me encargo, le dijo el cihuacóatl, sin saber la que se le venía encima.

Y ahora estaba con Cholula perdida, Texcoco dividida, la cadena de mando interrumpida, un ejército infinito en las puertas de la ciudad cuyos capitanes conspiraban con quién sabía quién en los barrios, su propio hijo —pinche Tlacaelel, pensaba— dando órdenes en su nombre y un viejo chocho del Consejo recitándole un poema interminable por razones que no podía entender. Cerró los ojos.

Atotoxtli se apuró para cumplir su encomienda. Apurarse no implicaba, por supuesto, cancelar el baño de la tarde, sino apresurarlo un poco.

Tenía su propia ala en palacio, con su propia cocina, su comedor, su alberca, y el infinito de habitaciones para las concubinas y su progenie, las esposas de mandatarios de visita, las sirvientes personales del emperador. No le faltaba nada y muchas mujeres que habían sido reinas lavaban y tejían para ella. Su incomodidad con haberse tenido que mudar al palacio de su hermano cuando se casó con él estribaba, sin embargo, en que sentía que la habían obligado a vivir en casa de otra.

Aun si sus habitaciones en las Casas Viejas eran mucho más modestas, habían sido siempre las suyas: los cuartos en que había vivido su madre durante el gobierno, menos tumultuoso, de Axayácatl. En el palacio de Moctezuma el ala de la princesa era más amplia, más privada, tenía jardín y un piso superior con una terraza para ver la ciudad, pero estaba hecha para ser ocupada por una sucesión de primeras concubinas imperiales que hasta su llegada se habían seguido a toda velocidad según urgieran alianzas para ensanchar el imperio de los colohuas.

Desde que llegó con sus propias criadas y cocineras, con sus paneles de mantos y huacales de sandalias y joyas, sus diosecitas de piedra coloreada, sentía que tarde o temprano sería relevada. En las conversaciones en que el cihuacóatl y el Consejo le suplicaron que aceptara el papel de emperatriz para acallar cuando menos el frente interno de la sucesión, ella había sido firme sobre el acuerdo según el cual aceptaría el papel odioso de primera concubina solo si le garantizaban que sería la última. El Consejo y el cihuacóatl dijeron que sí, pero eran políticos, decían siempre que sí a todo. Moctezuma también. Dijo que esa era precisamente la idea: no más esposas.

Pero lo dijo distraídamente, con la condescendencia, a veces patética, a veces conmovedora, con que la trató siempre: podían ser los príncipes de todo el universo, pero antes que eso habían sido hermano mayor y hermana menor.

Como todo el mundo hacía de vez en cuando, Atotoxtli también fantaseaba con el fin del reino de su hermano, con atender a las exequias y volver a las Casas Viejas o el discreto exilio en Malinalco en el que vivió hasta que se murió el emperador Ahuizotl y ungieron a Moctezuma; con acabar de una vez con el día a día ceremonioso y hostil de la vida de emperatriz. Era mucha sangre, demasiadas guerras que se dejaban a la mitad para volver al año siguiente a cosechar más víctimas para los templos, demasiado poder concentrado en una sola persona que atendía cada vez menos a sus consejeros y más a una casta de sacerdotes desquiciados que se gozaba en un poder delirante que ningún emperador anterior les había concedido.

Atotoxtli no recordaba las cosas menudas del reino de su padre, pero vivió el de Ahuizotl sirviendo como dama en la corte remota de Malinalco, recordaba la impaciencia del tlatoani hacia los sacerdotes y el reconocimiento de que había que sostenerlos aunque fueran insoportables porque proveían los festivales que hacían felices a los tenochcas. Nadie esperaba que un emperador creyera sus patrañas, que viviera en el mundo de serpientes con alas y jaguares azules en el que ellos vivían. Y Moctezuma los escuchaba cada vez más.

Era una marca biográfica, algo tan esperado que el cihuacóatl le había contado alguna vez que se discutió en el Consejo antes de elegirlo: había sido el supremo de Tezcatlipoca y se había acostumbrado a buscar verdades en el otro mundo, eso no le gustaba a nadie. Pero también era el capitán que había ganado su primera guerra a los catorce años y nunca perdió otra: si no llegaba a huei tlatoani la gente se iba a rebelar.

Fue en sus años en el templo cuando se aficionó a la conversación incoherente de los hechiceros, a decidir cosas pensando en el beneficio de los dioses, cuando le salió esa mirada esotérica, vacía, cruel, con la que la veía a ella —y a todos— cada vez con más frecuencia.

Todo el mundo decía que en las últimas veintenas, en las que las

cosas se le habían salido de cuajo, había recurrido de más a la sabiduría opaca de los dioses. Por eso ya no confiaba en nadie, por eso se la pasaba entre la alberca y la estera, por eso ya no se dejaba ver, por eso los cambios de humor, las noches en que se le veía caminando como un fantasma en camisón por los jardines del palacio o hablando solo en un salón en el que no habían encendido los braseros.

A pesar de sus fantasías, Atotoxtli se mantenía leal. Moctezuma, se hubiera vuelto tan raro como se hubiera vuelto, seguía siendo su hermano mayor, al que había venerado desde que tenía memoria —aun si esa veneración estuviera fundida con el terror—. Era el consentido de Axayácatl, el más amado por los mexicas, el más guapo y vigoroso; hasta hacía poco, el que volvía siempre invicto, su pura presencia aseguraba el triunfo en una guerra.

Si la única misión de Atotoxtli hubiera sido ir a convocar al chamán de alcoba para que ayudara a Moctezuma a encomendarse, habría ido vestida a toda reina, con tiara de fuego y arrojando humillaciones para quien la viera, pero saliendo de su baño eligió un huipil sencillo, sandalias simples y un rebozo sin adorno para cubrirse la cabeza cuando, después de hablar con el chamán, saliera a cumplir con la intriga, tan divertida, de averiguar cuánto costaba la lealtad de la putita del huei Caxtitlan y ver en qué situación estaban y cómo se gobernaban los cahuayos que tanto obsesionaban a su alteza.

Cuando el consejero que Abre las Lluvias de la Lengua y Administra los Cantos para que No Seamos como las Flores y las Abejas que Duran solo unos Días terminó de cantar *La leyenda de los soles,* Tlilpotonqui abrió los ojos y dijo: Hermoso y reconfortante; ahora díganme para qué estamos reunidos. El viejo le respondió: Para eso. ¿Para qué? Para decir el canto de los soles y que recuerdes la historia de la hormiga. ¿Qué hormiga? La de Quetzalcóatl. Ah, claro, iluminadora, ¿y qué más? El consejero del Sol que Cae como un Águila para que vivan los Jaguares, las Polillas y los Alacranes siquiera unas Horas cada Día agregó: ¿Te pareció corta *La leyenda*? No, no, dijo el cihuacóatl, y preguntó: ¿Ya me puedo ir? Adelante, le respondió un tercer consejero. Se levantó y caminó hacia el vano del salón, todavía más confundido que cuando había entrado. Ahí se dio la media vuelta y volvió a preguntar: ¿Seguros de que fue mi hijo Tlacaelel el que convocó al Consejo? El más viejo salió del sopor en que lo había dejado recitar el canto y lo miró con unos ojos ya adelgazados por los años, unos ojos como de agua que seguramente ya no veían mucho, o no mucho en este mundo. Tenían los párpados rayados de experiencia. El gesto de ver directamente al cihuacóatl era significativo: nunca nadie veía a los ojos de nadie en palacio, no fuera a ser que algún día, por error, los levantara frente al huei tlatoani sin haber sido autorizado. En horas como esta hay que empezar por el principio, le dijo; piensa en la hormiga. Y metió su pipa en el morralillo sin desarmarla.

Tlilpotonqui caminó a su despacho pensando en lo que le había dicho el viejo. Había estudiado *La leyenda de los soles* en el calmecac con todos los demás cantos fundamentales, pero, a diferencia de los demás pipiles, él no se la había aprendido. No lo necesitaba: era el mayor varón descendiente en línea directa del primer cihuacóatl y si no lo mataban en combate iba a ser cihuacóatl cuando muriera su

padre. Hubiera puesto atención, se dijo por segunda, tercera vez en demasiado poco tiempo. Incluso se detuvo un momento en un pasillo para tratar de recordar la sustancia del canto, pero lo que recordaba era tan vago que no podía reconstruir su significado. Había una hormiga, una cueva, una montaña, un grano de maíz. Se rascó la nuca y notó que se escuchaba un rumor de voces demasiado altas para palacio en la distancia. Qué mierda todo, se dijo, y siguió adelante, pensando que cuando los peticionarios se fueran de palacio le preguntaría a uno de sus secretarios por la hormiga de Quetzalcóatl.

Su marcha de ideas se descarriló cuando, al dar la última vuelta de pasillo antes de alcanzar su despacho, notó que el rumor de voces venía precisamente de ahí. Antes de entrar se apretó las sienes, respiró hondo una, dos, tres, siete veces, levantó la espina y apretó el entrecejo y la quijada para hacer una aparición que se acercara un poco a la majestad e impaciencia de las de Moctezuma. No le salió bien. Sus secretarios y los cabezas de los calpul lis discutían airadamente en un batidillo entre el que no se podía discernir nada. Golpeó el piso con el talón de una sandalia y todos se callaron y voltearon a mirarlo. La autoridad, en México, siempre ha emanado del chanclazo. ¿Qué está pasando aquí?, dijo.

Malinalli se alzó el huipil y lo fue doblando cuidadosamente mientras metía primero las piernas y luego las partes nobles en el agua. Se sentó cuidadosamente en la escalerilla de la alberca para que se le fuera desinflamando el ano. Decidió no quitarse del todo la ropa esta vez. La violación la había hecho sentirse vulnerable y las palabras del sacerdote del templo de Xipe seguían resonando en su mente: Estas paredes tienen ojos. Se tiró un pedo, fuerte, seguramente canoro, aunque no se escuchó porque tenía el culo bajo el agua. Contempló las burbujas que produjo la expulsión de aire para cerciorarse de que entre los hilachos de sangre no quedara ni una voluta de semen del capitán general en su cuerpo. Ya verás, hijo de puta, murmuró en popoloca, ya verás.

Los secretarios y los cabezas de calpulli que los estaban agobiando dieron todos un paso atrás. Mitztli puso las manos en el regazo en señal de contrición y agachó la cabeza para explicarle al cihuacóatl que los señores habían adelantado su turno porque tenían que volver a los calpullis. Tlilpotonqui miró hacia donde estaban los capos sin ablandar el ceño. El más voluntarioso entre ellos, representante del calpulli de los talladores de obsidiana —particularmente rejegos porque su oficio los hacía abastecedores esenciales en la industria de guerra—, dio un paso adelante con la cabeza baja y dijo: Que el sol no te dé en la nuca cuando avances, nieto de Tlacaelel, y que no se te ensucien los dedos cuando te limpies el culo. El cihuacóatl recordaba que ese saludo era particular del calpulli de los recolectores de mierda humana y no del de los navajeros, pero se ahorró una reacción porque lo importante era entender qué pasaba. Estás en tu casa, cabeza de navajeros, dijo, y puedes hacer en ella lo que te plazca. Cuando el jefe abrió la boca para dar su explicación, Tlilpotonqui alzó la mano con autoridad para callarlo y preguntarle qué hacían él y todos los demás gritando en su despacho. Por fin nos invitan a un almuerzo imperial, dijo el capo envalentonado por el mal humor, y no solo no va el emperador: la princesa se levanta de la mesa sin despedirse y luego nos enteramos de que fue porque los tlaxcaltecas están en Iztapalapa y Cuitláhuac no; es nuestro mero general, el que la gente quiere, con el que hacemos negocio. Tlilpotonqui lo miró a los ojos con desprecio, casi con asco —ese gesto sí le salía bien. Nadie en la casa real está obligado a tomar el chocolate contigo, dijo, menos el huei tlatoani o su mujer; ni tampoco a informarte nada. El cabeza de calpulli entendió la amenaza implícita en la frase y adoptó un tono suplicante: Es que la gente se nos está alzando, mi señor; nadie ha visto al emperador en temporadas y resulta que si sale, es a

darles la bienvenida a los tlaxcaltecas; y deja que pongan todo su ejército en la orilla del lago; nosotros estamos en la primera línea, son nuestros hijos los que se mueren en las guerras y si ya no está mi general Cuitláhuac para dirigirlos va a ser peor. ¿Me estás diciendo que tú sabes mejor que el emperador lo que tiene que hacer el emperador?, preguntó Tlilpotonqui. Le estoy diciendo respetuosamente que necesitamos ayuda y usted nos representa frente a nuestro señor Moctezuma porque la familia de usted y las nuestras ya estaban aquí cuando llegaron los colhuas; hable con él, dígale que salga a darles seguridad a los mexicas que lo quieren y defienden con su sangre, si no, se nos van a empezar a escapar a Texcoco, se van a juntar con los alzados de allá; o siquiera que mande a Cuitláhuac, no lo hemos visto desde que lo destacó al Golfo a hacer quién sabe qué.

El cihuacóatl entendió que la posición del jefe era complicada y que era su trabajo responderle. En primer lugar, le dijo, salió a darles la bienvenida a los caxtiltecas, no a los tlaxcaltecas. ¿Y eso qué? Piensa que son estratégicos y el Consejo y yo estamos de acuerdo. Los jefes murmuraron entre sí y el de los recolectores de mierda arriesgó su saludo y luego agregó: Pero si son un par de cientos de majaderos montados en unos venados. El cihuacóatl respondió: Explíquenle a su gente que tienen armas que nos interesan, que el tlatoani se va a reunir con ellos y luego va a tomar una decisión sobre los tlaxcaltecas. Siguió otro murmullo, que acalló diciendo: Las águilas ya están en filas, pregúntenles a mis muchachos. Sus tres secretarios confirmaron con un gesto marcial aunque nadie los estuviera viendo. Y el emperador, siguió, va a resolver qué hacemos con los tlaxcaltecas después de hablar con el Malinche hoy mismo, eso ya se lo pueden decir a la gente. Hubo otro rumor. Notó que el cabeza de navajeros seguía inconforme. Vio que se rascó una corva para poder mirar hacia los jefes que lo respaldaban, y le quedó clarísimo que lo azuzaban para que siguiera exigiendo la presencia del emperador. Decidió provocarlo: El huei tlatoani va a salir en el próximo festival, son solo unos días más; entonces se va a renovar el pacto eterno entre los colhuas y los mexicas. El capo cayó en la trampa: Nuestra lealtad no es gratis ni es eterna, dijo con rabia. El cihuacóatl se viró un poco, miró a su asistente y alzó las cejas. El secretario de la Fundación Lunar de

Tenoxtitlan era un funcionario de mierda, pero, como todos los pipiles de su edad, era también una máquina de asesinar. Bastó con que el jefe moviera un poco la cabeza en dirección a su interlocutor para que el muchacho saltara sobre el capo y lo sometiera en el piso. Le puso una rodilla en la espalda y le metió las dos manos en la boca. Preguntó: ¿Lo desnuco? El cihuacóatl se tomó su tiempo comparando la mirada helada de Mitztli con los ojos desorbitados por el miedo de su prisionero. Bastaba que dijera que sí para que le rompiera el cuello como si estuviera quebrando un popote de barro. No, dijo, llévalo preso, creo que tenemos que hablar con él. Luego miró hacia los demás capos y dijo: Alguien vaya al calpulli de los navajeros a decirles que tienen que elegir un nuevo padre, que este ha servido al imperio tanto y tan bien que le hemos ofrecido el honor máximo para el próximo festival, que el emperador mismo va a sacrificarlo frente a toda su gente. El secretario se levantó del suelo y se llevó al prisionero como si fuera un suspiro. Los demás jefes se retiraron diciendo cada uno su saludo. Tenían tanta prisa que los dijeron todos al mismo tiempo y no se entendió nada.

Una vez que pasó el barullo, Tlilpotonqui se quedó solo con los secretarios de Peticiones y Reclamos y el de Mapas, Linderos, Tributos y Otras Cosas. Les dijo: Espérenme un momento, y salió detrás de Mitztli. Lo alcanzó al poco. Le dijo: De vuelta ve por Cuauhtémoc y dile que me venga a ver, tráelo a la oficina, pero por atrás. Tanto el secretario como el prisionero pelaron los ojos. ¿Cuauhtémoc?, preguntó el primero. Sí, el general, el nuero del tlatoani. El prisionero dijo: Yo te puedo ayudar, no es para tanto. Cómo, le preguntó el cihuacóatl. La caca se busca entre la caca. Tlilpotonqui sonrió. Otro enigma, dijo más bien para sí; la hormiga, la caca, el daño que mi tatarabuelo le hizo a esta gente. Alzó la cara y le dijo a su sobrino, como si el capo no estuviera con ellos: Ya dijo lo que tenía que decir, ni lo metas a una celda, sácalo a un patio y mátalo como a un perro; lo tiras al lago para que encuentren su cadáver mañana, cuando ya hayan elegido a otra cabeza en su calpulli.

Jazmín Caldera se aseguró de que los demás capitanes y el traductor estuvieran descansando en sus celdas y volvió a cruzar, de puntitas para no hacer ruido, el pasillo que lo separaba de la alberca.

Se había quitado el enredo y la capa y se había puesto, de vuelta, el calzón y la ropilla, pero se dejó las sandalias —eran un cielo, después de nueve meses metido en las botas—. Caminó rumbo a la alberca con una bacía en la mano en cuyo receptáculo había puesto las tijeras, la navaja, el espejito de azogue que conservaba como un tesoro. También la brocha y el mazacote de grasa, aceite de oliva y cenizas de almarjo que los barberos y las lavanderas de su Extremadura natal llamaban sapón castellano. Se cercioró de que no viniera nadie y sacó los utensilios de la fuente antes de hundirla en el agua, luego sumergió el mazacote en el receptáculo para ablandarlo y se mojó profusamente la cara. Puso el sapón a un lado, subió la bacía y metió las barbas en el líquido lechoso. Luego, usando el espejito, se cortó los pelos de la cara con las tijeras tan a ras de la piel como pudo y hundió la bacía en la alberca para que todo se fuera.

Volvió a llenar de agua el traste y volvió a remojar la pastilla. Se la pasó por las mejillas hasta que hizo espuma, abrió la navaja y se afeitó los caños de la barba limpiando la hoja cada vez que se la pasaba por la piel.

Se puso en cuatro patas, metió la cabeza completa al agua y, utilizando las tijeras, se tasajeó los rulos del coco hasta que el pelo le quedó corto e informe. Volvió a hundir la testa, la sacó, la sacudió y se miró en el espejito. No vio a un macegual en la imagen que le devolvió, pero los estragos del sol en su piel extremeña, sumados al cutis limpio y el pelo corto, le parecieron suficiente para pasar por uno si quien lo viera estaba distraído. Lavó los utensilios

y volvió a su habitación, pensando que si Alvarado le reclamaba algo por su cambio de apariencia, le diría que se había afeitado y cortado el pelo para parecerse más a los centuriones romanos sobre los que Hernando leía tan apasionadamente todo el día.

Regresó de puntillas a su celda y, después de confirmar que todos seguían o durmiendo o leyendo o rezando, se puso el enredo, la capa y, con las sandalias en la mano, caminó hasta el salón del trono. Ahí se las metió en los pies y salió, elegantísimo, al patio de armas, la puerta y la calzada.

Idos los cabezas de calpulli, Tlilpotonqui le preguntó al secretario de Mapas, Linderos, Tributos y Otras Cosas qué había averiguado sobre el paradero de Cuitláhuac. Nadie lo ha visto desde que el emperador lo mandó a hacer el camino siguiendo a los caxtiltecas, respondió; están extrañados por su ausencia en el llamado a filas e indignados de que el tlatoani la haya aprovechado para hospedar a los tlaxcaltecas en Iztapalapa. ¿Y quién llamó a filas entonces? Cuauhtémoc, por órdenes del emperador. Debió haber llamado Cuitláhuac, insistió el cihuacóatl. Los capitanes están preocupados. ¿Qué dicen?, ¿purga?, ¿rebelión? Nadie dice nada, están muertos de miedo. El viejo asintió. No hay nada que temer, dijo, el tlatoani puede ser opaco, pero siempre sabe lo que hace. Mientras lo decía, Tlilpotonqui se guardaba su propia angustia por la repentina aparición de su hijo Tlacaelel en el llamado a Consejo. Que Moctezuma le hubiera pedido hacer la convocatoria significaba, obviamente, que ya no confiaba en él y que por tanto sería el siguiente jerarca en desaparecer. El destino de Cuitláhuac le interesaba como pronóstico. Quedaba una opción, pero era tan horrible que prefería no pensar en ella. Tal vez, cuando fuera a apresar a los señores tlaxcaltecas a la casa del jefe de los recolectores de mierda, se encontraría ahí también al general rebelde de Texcoco, a Cuitláhuac y su hijo. Los tendría que mandar matar.

El secretario dijo: El emperador está como la hormiga. El cihuacóatl lo volteó a ver como si fuera un fantasma. ¿Qué hormiga?, le preguntó. La de Quetzalcóatl. Hace mucho que no escucho ese canto, dijo Tlilpotonqui, ¿qué tiene la hormiga? No habla, dijo el secretario. ¿Y luego? Luego ya habla.

El cihuacóatl no tenía ni la claridad ni el tiempo para descifrar la metáfora. Calibró seguirlo interrogando, pero había prisa. Algo

en el aire le dijo, además, que hablar de la hormiga podía contar, estando como estaban las cosas, como sedición. Se metió la mano en el enredo y se tocó los huevos con elegancia y distinción de chichimeca. No vuelvas a repetir eso, dijo con seriedad. ¿Por qué? Somos mexicas, se espera que seamos supersticiosos.

Calculó su siguiente movimiento. Le dijo al secretario: Corre por tu hermano Mitztli, que ya ha de estar despachando el cuerpo del jefe de los navajeros. Dile que lo que le pedí que me trajera me lo traiga al jardín de mis aposentos, no a la oficina, dile que en secreto absoluto, que use los pasadizos. El secretario bajó la cabeza. Corre, insistió, Mitztli es el peor secretario de la Fundación Lunar de Tenoxtitlan desde la fundación de lunar de Tenoxtitlan, pero es una lanza para ese otro tipo de trabajitos.

El cihuacóatl se quedó solo con el asistente de Peticiones y Reclamos. Me tengo que ir, ¿algo urgente?, le preguntó. Dieciocho embajadores. ¿Alguno importante? El asistente le dijo la lista de cuatro o cinco —ya solo los emisarios de las regiones más remotas ignoraban que Moctezuma no recibía a nadie—. El viejo esperó a que terminara sin ponerle atención y dijo: El tlatoani tampoco va a atender a nadie hoy, ¿hay alguien a quien deba atender yo? Hay un jefe zapoteca, de Gelatao, que colinda con una ciudad alzada, a lo mejor estaría bien que lo vieran usted o la princesa, para calmarlo. Afirmó de manera distraída: Olvídate de la princesa, dile que sería un honor tenerlo para cenar en mi comedor, si quiere; a los demás dales largas hasta que se vayan.

Las habitaciones del chamán de alcoba estaban, como todas las de los sacerdotes que atendían las necesidades reales, en la parte más remota del palacio. Aunque los oficiantes de la casa del emperador eran de bajo rango comparados con los de las residencias adosadas a los templos de la ciudadela, vivían de acuerdo con las mismas normas de reclusión y tenebra que ellos. Nadie, ni el huei tlatoani, cruzaba el vano guardado por un viejo ciego y pestilente que conectaba a los sacerdotes con el resto del palacio. Casi nadie, mucho menos Atotoxtli, iba a esos cuartos, en los que hasta los patios habían sido techados para que reinara una opacidad total. Se detuvo en el salón de las floristeras para que le hicieran un ramo de yerbanís y, una vez que lo tuvo en mano, siguió el olor a copal, sangre, moscas y grasa que conducía a la zona de oficiantes.

Cuando alcanzó el portal, el olor ya era tan insoportable que no se separó el ramito de yerbanises de la cara ni para pedirle al viejo que llamara al chamán de alcoba porque tenía un mensaje del emperador.

Mientras esperaba a que el viejo diera a tumbos con el sacerdote encargado de la salud de Moctezuma, recordó cómo, siendo niña, solía escaparse de las Casas Viejas cuando su madre y las demás concubinas estaban trabajando en los telares o borrachas de hongos en las albercas. Pasaba entre las piernas de los guardias y los ministros bajo la mirada cómplice de su tío Tízoc, que la veía surcar como un relámpago en huipil por el salón del trono. Cruzaba el patio atiborrado de peticionarios y visitantes y corría, trenzas al viento, fuera del edificio y por el margen de la acequia hasta la puerta del calmecac, donde le decía a otro viejo ciego —tal vez el mismo que tuviera ya mil años— que tenía importantes noticias de palacio para el general Moctezuma.

En la mayoría de las ocasiones salía un novicio y le decía que el general estaba ocupado, pero que le había pedido que la llevara a dar un paseo en canoa por los canales del calpulli de los floristas, que le encantaba, o al aviario imperial o a donde ella quisiera. Ella aceptaba, deslumbrada por la belleza de los asistentes de su hermano, sus capas bordadas con patrones de plumas iridiscentes, sus crestas, sus brazos recios como ramas. Pero en otras ocasiones, privilegiadísimas, salía Moctezuma: veintitantos años vigorosos y siempre exultantes. Salía porque no tenía deberes, así que no llevaba arreglo de ningún tipo: ropa de algodón sin bordados, nada de brazaletes ni tobilleras, el pelo todo regado, como lo llevó siempre.

Su hermano solía proponerle ir a Tlatelolco, al mercado, a ver los animales que habían llegado para venderse en la ciudad desde las selvas del Mayapán y más allá. Ella prefería ir a los espectáculos de acróbatas y enanos de algún calpulli bravo de la ciudad al que una princesa no podía ir sola porque se la robarían y la venderían en los pedregales de la Gran Chichimeca, más allá de la parte conocida del imperio.

Lo que le gustaba del mercado al general no eran los animales, sino que no siempre lo reconocían. Los tlatelolcas tenían su propio ejército, con su propio colegio de águilas y sus propios generales —siempre menos lucidos—, y la mayoría de los vendedores eran forasteros. Solo otros militares habrían sabido cómo se veía Moctezuma, porque cuando volvían con un triunfo para la Triple Alianza, cada ejército marchaba por su propia ciudad. Podían pasar la tarde como si fueran solo dos hermanos que habían salido de compras.

A Atotoxtli le gustaba ir a los calpullis rojos precisamente por lo contrario: ahí sí reconocían a los hijos de Axayácatl. Niña de palacio, la más chiquita de todas, estaba acostumbrada más bien a servir, así que disfrutaba como loca que la gente de las calles se abriera con reverencia silenciosa cuando pasaban caminando de la mano. Las personas se postraban en oleadas y tocaban la tierra, se llevaban un poco de polvo a la boca conforme iban avanzando. En palacio solo hacían eso cuando pasaba su tío. Le encantaban, además, las ofrendas de flores, dulces, juguetes o joyitas pobres que la gente le ponía en las manos.

Moctezuma le decía al oído que solo aceptara las flores y miraba hacia la gente y alzaba la voz y decía con esos pulmones capaces de producir truenos en el campo de batalla que estaba disfrutando mucho de dar un paseo con su hermana, que agradecían los regalos, pero que Atotoxtli y él eran solo dos cuerpos cansados que pedían un poco de solaz viendo a los acróbatas y los enanos, que por favor siguieran con sus cosas como si ellos no estuvieran ahí.

Entonces entraban a la plaza grande del calpulli, donde el general le conseguía un jarrito de granos de elote hervido con epazote, sal y chile y seleccionaban un espectáculo. Se la subía a los hombros. Sabía que, aunque toda la gente estuviera fingiendo normalidad, los músicos iban a tocar sus flautas y sus tambores solo para ella, los acróbatas iban a hacer sus saltos para que ella los viera y los enanos iban a hacer sus rutinas cómicas solo para ver la mazorca de sus dientes disparejos de niña de nueve años.

Ni los guerreros ni los niños podían estar en la calle una vez que sonaran los tambores del templo de Ehécatl, así que cuando dejaban la plaza siempre era navegando contra el mar de gente que apenas llegaba. Ya iban a salir las prostitutas, los viejos iban a empezar a hacer circular el pulque y el baile iba a comenzar. Invariablemente, Atotoxtli le suplicaba a su hermano que se quedaran un poco más. Moctezuma le decía que ya estaba viejo y cansado, que por favor le permitiera sacársela de los hombros para que volvieran caminando a palacio. Subía las manos como para cargarla y le hacía cosquillas. Ella se cagaba de risa y le apretaba el cuello entre los muslos, gritando que no y que no, que si los hombros del general Moctezuma sostenían a la ciudad, podían sostener a su hermanita. Y volvían, ella en su atalaya, viendo los mares de gente reclinándose a su paso mientras descansaba la barbilla en ese ramo gigante de flores que era el pelo crespo y desbaratado de su hermano.

El chamán de alcoba salió al portal. Olía horrible. Atotoxtli se apretó las flores contra la cara y dijo: Espero que no esté cansado, porque el huei tlatoani quiere verlo en sus habitaciones; pide que vaya por el pasadizo. El sacerdote omitió las fórmulas de cortesía. ¿Otra vez?, preguntó. Quiere encomendarse, le respondió la princesa, porque va a ir a hablar a solas con el Malinche. El chamán hizo una mueca. Quiere más hongos, dijo. Cómo que más, preguntó Atotoxtli. Está hasta las orejas desde su baño de la mañana, dijo el sacerdote. Pues no le des más. Es el huei tlatoani, respondió, el imperio descansa en sus hombros y yo no soy más que un proveedor de luz. Atotoxtli arrojó el ramo de yerbanís al suelo, se dio la media vuelta y avanzó, hecha una furia, a las habitaciones del emperador, pensando en hablar con él antes de ir a las Casas Viejas. Si esa conversación le costaba el viaje a la piedra de sacrificios, que le costara; no sería la primera que ofreciera su cuerpo a los sacerdotes

por el bien del imperio, solo sería más corajuda.

Si Jazmín Caldera hubiera existido, si hubiera cruzado el umbral del salón del trono de las Casas Viejas de Axayácatl casi a las cinco de la tarde del ocho de noviembre de 1519, habría visto frente a sí, más allá del jardín, y más allá del arco del muro exterior del palacio y de la calzada por la que se afanaba la multitud, otro muro, más bajo: el de la ciudadela de los templos de la ciudad de Mehxicoh-Tenoxtitlan.

Si gracias a su piel aceitunada oscurecida por una campaña de nueve meses y su traje de señor colhua hubiera podido salir inadvertido de las Casas Viejas, que estaban donde hoy está el edificio del Monte de Piedad, habría virado hacia el sur desde un poco más allá de donde está hoy el monumento a Enrico Martínez y, siguiendo el muro de la ciudadela, habría encontrado, cerca de lo que hoy es la desembocadura de la avenida 5 de Mayo, la puerta y los escalones —no sabemos cuántos fueran— que lo condujeran a la explanada de los templos —los «cúes», le habría dicho Aguilar que dijera.

Una vez dentro de la ciudadela sagrada, lo primero que habría notado, dado que llevaría la cabeza gacha para pasar lo más desapercibido posible, habría sido que las losas debajo de sus sandalias se parecían más a las de las plazas de Venecia o Roma que a las de Salamanca o Florencia porque eran blancas. Como todo en la explanada de los templos, estaban recubiertas individualmente de estuco, por lo que reflejarían la luz dorada del sol ya en caída —en la Ciudad de México, cerca del solsticio de invierno, la noche no llega, se derrama—. Las losas no eran de mármol y no estaban cortadas de acuerdo con un patrón geométrico como en Europa, pero eran enormes y habían sido limadas para empatar unas con las otras, siguiendo el capricho de sus formas. El estuco no cubría las divisiones, tal vez para resaltar el primor del ensamblaje.

Caldera habría visto sus pies —pálidos, delatores— dentro de las sandalias, pisando las losas, y entonces habría alzado la vista para ver la plaza de los cúes desde adentro y no a la distancia, como la habían visto hasta ese momento. Era una explanada inmensa, más grande que la de San Marcos, en la que se alzaban ocho o nueve templos, todos dominados por uno central, masivo y mayor, casi tan alto como el cu de Cholula.

Adentro de la ciudadela habría cierto hervor de gente, aunque la mayor parte del tumulto se habría quedado afuera, en las calzadas que conducían a los puentes y las chinampas. Caldera habría visto en torno a sí el ajetreo de los novicios que cumplían con los trabajos administrativos de los templos, las entradas y salidas de los barrenderos, las cocineras, las limpiadoras de las casas de los sacerdotes. Habría visto a los guerreros jóvenes y viejos acarreando ofrendas para los templos de las águilas y los jaguares, a los señores y a las damas pipiles que habrían venido a ofrecer donaciones y sacrificios privados, a los escultores, los floristeros o los orfebres que habrían entregado un encargo y los pintores que volverían de trabajar en el muro interior de algún aposento de dioses o sacerdotes.

El primer cu que Caldera habría visto hubiera sido el del ojo de agua, que celebraba y protegía al único manantial del islote. Era un templo que le habría gustado a la primera impresión y hubiera podido procesar porque tenía un aire clásico y familiar: era blanco y rojo, bajo, estable. Un amplio foso cuadrangular en cuyo fondo había un espejo de agua protegido por escalinatas. Un foro griego cerrado por los cuatro costados en cuyo proscenio habría una alberca mucho más grande y menos profunda que las de palacio. Para ver el manantial había que subir por cualquiera de los cuatro costados. Caldera habría ascendido las escalinatas, se habría asomado a su interior, habría visto las canaletas mediante las que se distribuía el agua que resolvía las necesidades de las casas sacerdotales y los patios de guerreros asentados en la ciudadela —el resto del islote vivía del agua que bajaba del manantial del cerro de Chapultepec—. Habría visto en el espejo de agua el reflejo del cielo azul cobalto de la montaña mexicana, el paso de una nube gorda.

Estando ahí arriba se habría dado la media vuelta para tener una idea clara del espacio al mismo tiempo exterior e interior que era la

ciudadela. Se habría rascado la cabeza viendo el resto de los templos y tratando de situarlos. Es el Foro Romano de los colhuas, se habría dicho. Ahí habría tomado conciencia de lo que más inquietaba a los españoles si se atiende a sus primeras deslumbradas crónicas sobre la ciudadela de los templos del islote de Tenoxtitlan: no había perros, no había mendigos, no había tenderetes, los pisos estaban tan limpios que podrían lamerse.

Jazmín Caldera, que para que funcione esta novela tiene que ser un conquistador letrado —como lo fue Hernán Cortés o, en menor medida, el médico Bernal Díaz—, habría admirado la disposición geométrica de la ciudadela. La habría visto no como una proliferación de torres, que fue como la vieron sus contemporáneos europeos, sino como un signo, una meditación —que es lo que era —: variaciones arquitectónicas sobre el descenso y el ascenso, sobre el viaje de lo terreno —material y pesado como las bases de los templos— a lo aéreo: los templos mismos —asentados arriba de las pirámides—. Formas como escaleras para ir perdiendo masa camino al piso de los dioses. Ascender al templo —solo subían los sacerdotes y las víctimas sacrificiales— era perder la tierra hasta que se extraviaba totalmente en el paroxismo de la muerte. Los cuerpos bajaban ya sin corazón rodando por las escaleras, puro peso.

La calidad casi subterránea del cu del ojo de agua —un espejo al que se bajaba, la base de todo: sin ese manantial no habría habido Tenoxtitlan— continuaba en el siguiente edificio, que también era un foso amurallado: el juego de pelota, asociado al inframundo y el descenso y ascenso que implicaba el ciclo de muertes y renacimientos. El ojo de agua era el templo de lo de abajo, el juego de pelota de lo que va del fondo a la superficie. En la cancha sagrada habría habido actividad: un partido al que atenderían solo clérigos de distintos rangos, tratando de desentrañar algún presagio en su resultado. Caldera no se habría acercado, para mantener su anonimato.

Más allá de la cancha, levantada a su izquierda, habría visto el cu de Éhcatl, el viento fértil que alza el agua del suelo al cielo. Otra escalera. No le habría puesto atención porque era particularmente modesto comparado con los demás, aunque tuviera la peculiaridad de ser un basamento circular en cuya parte aérea estaba el más

ligero de todos los cúes de la ciudadela: era de hoja de palma en lugar de canto y cedro. En ese momento, anterior todavía al crepúsculo, el templo de Éhcatl estaba muerto. Pronto comenzaría a agitarse con la procesión de sus sacerdotes, acompañados por los novicios que cargaban los tambores desde los colegios del fondo de la ciudadela. Pronto los cultores del aire esperarían, hieráticos, obsesos, a que el sol se ocultara detrás de la cresta del templo mayor para darle a la descarga y la rumba y señalar que el emperador, sus guerreros y los sacerdotes de los demás templos estaban por sentarse a la mesa a comer la merienda y que, por tanto, cualquier actividad posterior tenía que ser necesariamente inconspicua aun si era tolerada.

Caldera habría seguido caminando hacia el norte, entre pálpitos y ansiedades, para encontrarse con lo que no sabía si quería ver o no: el huei tzompantli de Tenoxtitlan, del que todos les habían hablado con terror desde que se propusieron llegar a la ciudad después del desembarco. Las colonias y bases militares de los mexicas tenían un tzompantli, pero solo uno incluía en su nombre el adjetivo «gran», «huei», y era el que estaba por ver. Se habría acercado con reverencia y curiosidad.

Ocupaba el centro mismo de la ciudadela y era una plataforma cuadrangular de unas treinta varas de largo —treinta y cinco metros — por unas diez de ancho —doce metros— cerrada al este y el oeste por dos muros encalados. Al acercarse, curioso, casi un turista, habría escuchado, primero, un rumor como de semillas dentro de una calabaza seca. Luego habría descubierto que los dos muros estaban conectados por un número obsesivo de pértigas y postes en los que estaban trabados, como flotando, miles y miles y miles de cráneos —perforados por los temporales. Uniendo cada poste con el siguiente había, de arriba abajo, doce pértigas ocupadas cada una por seis o siete cráneos. Detrás de ellas, unas diez idénticas. A un lado otra y otra y otra. Calculó, a ojo de cubero, que habría unas cuarenta mil calaveras, muchas con unas cuantas vértebras colgantes para mejorar su función como sonajas— el sonido, como el olor o el sabor, era una forma de oración para los mexicas.

Habría sido estupendo, para efectos literarios, que mientras Caldera veía el huei tzompantli, arrobado por el estupor perverso que le generaría ese espectáculo sobre la banalidad de la vida, se

levantara una brisa: el castañeteo de calaveras y vértebras se convertiría en un zumbido, un rugido, un estruendo de flautas y cascabeles, tal vez la música de la depravación de una casta sacerdotal y una clase política ungidas por el miedo, pero también una prodigiosa reflexión formal sobre los cimientos de cualquier sistema de pensamiento religioso: no duramos.

Visto desde nuestro siglo XXI, un siglo aterrado por la finitud del cuerpo, un templo así resulta sobre todo descarado. Para un español del siglo XVI, que había presenciado guerras y autos de fe, que había visto a los rebeldes de su tiempo morirse, pudrirse y secarse en jaulas colgantes a las puertas de sus ciudades, debió ser también asombrosamente higiénico en su presentación de lo que la vida tiene necesariamente de macabro. Los pisos blancos, los muros blancos, las calaveras peladas ya blancas, todo santificado por la geometría. No era una representación ejemplar del dolor al que conduce un error de conducta, sino un dibujo de las cosas como son: adentro tenemos una calavera, es lo que va a quedar cuando nos vayamos, gracias por participar.

Si Caldera hubiera hecho su paseo vestido a la castellana y en compañía de los demás capitanes, habría tenido que sacudir la cabeza con reprobación para dar testimonio de su horror, se habría tenido que santiguar. Solo y travestido en colhua, habría encontrado el huei tzompantli densamente cristiano —polvo somos—, sobre todo edificante, como tal vez lo fuera para nosotros si pudiéramos deshacernos de nuestra superioridad moral como parte de sociedades que exterminan a escondidas. Lo habría visto como lo que era: un triunfo del diseño.

Distraído por el resplandor de los cráneos limpios, por su ruido de cascabeles y flautas —una oración permanente—, pensando tal vez que si a Hernando se le pasaba la mano en sus conversaciones de esa noche con Moctezuma, su propia cabeza y las de todos los capitanes formarían parte de esa enjundiosa sonaja, siguió adelante.

El mercado de Tlatelolco, lo que alguien como Caldera hubiera querido ver de Tenoxtitlan, lo que todo el mundo decía que había que ver porque no había nada así en el mundo, estaba hacia el norte, así que habría pasado entre los templos gemelos de las flores y el maíz —grecas exquisitas, esculturas polícromas—, para detenerse en el mero corazón de la ciudad: la plaza que se abría

frente al cu principal. Era alto y doble: tenía hasta arriba de la torre las dos casas de los dos dioses a los que los mexicas les debían todo: Tláloc, el agua, y Huitzilopochtli, la guerra.

Así como hay que ver el duomo de Florencia para entender que alguna vez Notre Dame o la catedral de Chartres fueron una borrachera de color en ascenso, hay que ver alguna de las ciudades mayas que por haber sido protegidas por la selva conservaron el color para entender que los molotes de piedra que hoy se tragan la luz en los antiguos centros religiosos de Mesoamérica fueron alguna vez estructuras que la reflejaban. Se veían como la Scala dei Turchi en Sicilia, como los templos de mármol de la Acrópolis, como el basamento maya que conserva intacto el estuco en Uaxactún: con que salga una rajada de luna, brillan, y al sol deslumbran.

Los mexicas suponían que los dioses andaban por el mundo. Pensaban, a diferencia de sus colegas europeos, que vivían, como ellos, en el tiempo, pero eran etéreos —de ahí que se atascaran de alucinógenos en los festivales: para asomarse a verlos. No les rezaban con letanías, sino con cosas que subían. La plaza del templo mayor no se veía subterránea y gris como se ve hoy— aunque las losas que podría haber pisado Jazmín Caldera si hubiera existido todavía se puedan ver, algunas aún recubiertas de estuco. Se veía como un remolino de luz y color, como algo en alza, cuyo final —los templos propiamente dichos— solo se adivinaba al cabo del promontorio. Se veían escaleras y plataformas como columnas de nubes, como bosques y junglas, conduciendo hacia el sol.

El ocho de noviembre de 1519 hacía nueve días que se había celebrado el festival de la veintena anterior; faltaban once para el siguiente. Las escaleras del templo mayor habrían sido lavadas, los sacerdotes, salvo los que hacían oficios cotidianos, estarían en sus habitaciones, distantes del templo. No habría hileras de portadores de capas de plumas verdes y azules ascendiendo como serpientes; no habría los derrames de sangre rojos y negros, no había cabezas sin cuerpos ni torsos sin brazos y piernas, solo la luz y la trama ascendente de altorrelieves pintados en colores brillantes.

Alzado, no oprimido, aunque tal vez temeroso, Jazmín Caldera habría seguido hacia el norte, más o menos por lo que hoy es la calle de Seminario, rumbo a donde ahora está el palacio de San Ildefonso. Habría bajado la cabeza al pasar por los templos de los jaguares y las águilas, con quienes había tenido alguna refriega, pero que hasta ese momento habían sido más bien sus custodios en el camino a Tenoxtitlan. Habría salido de la ciudadela por el portal del norte. Sintió, al hundirse entre la multitud de macegualles que volvían cargados de compras en el mercado de Tlatelolco, la tristeza, el furor y el alivio de los que se acercaron de más a Dios y vivieron para contarlo.

Cuauhtémoc abrió los ojos. Alguien había entrado al patio de las águilas y se había quedado ahí, de pie, a su espalda. Supo, por cómo se había doblado el aire, que el visitante había agachado el cuello y esperaba con los puños juntos al frente.

El general se enfocó: era familia, lo podía oler. Era joven: no podía percibir su respiración. Pero no tanto: tenía aplomo, no temblaba a pesar de que estaba esperando a hablar con él. Tenía un rango alto en palacio porque lo habían dejado llegar hasta el patio, pero tenía menos mando que él mismo: no bufaba, no movía los dedos, no miraba de un lado a otro, estaba clavado en el piso. Dijo: Cómo te ayudo, Mitztli.

Atotoxtli caminó a trancos por los pasillos que la separaban de las habitaciones privadas de Moctezuma. Cuando llegó al vano que apartaba los cuartos del tlatoani de los demás, la primita trató de detenerla, pero se siguió sin escuchar sus razones. Pasó por la cocina del emperador, vacía; por su comedor, vacío; por el adoratorio privado y la alberca imperiales, vacíos. Cuando dio la vuelta en el pasillo que terminaba en el dormitorio de su hermano, se detuvo en seco. Estaba sentado en un equipal, desgreñado y en camisón, fumando y hablando con la pared.

Lo habría mirado con lástima, se habría quedado a reconfortarlo, si no hubiera sabido que al tlatoani se les estaba viniendo encima Tlaxcala, que los texcocanos de mierda habían dejado de ser leales, que se había perdido medio imperio —porque eso es lo que había pasado aunque nadie lo aceptara— tras la batalla de Cholula. El tiempo de la compasión y la paciencia se había terminado para ella. Se dio la media vuelta y caminó, todavía en plan de tormenta, rumbo a las habitaciones de Tlilpotonqui. Tenían que hacer algo.

El secretario se acercó a Cuauhtémoc para murmurarle al oído el

pedido del cihuacóatl. Luego bajó la cabeza y dijo que se volvía a palacio. El general lo tomó por el antebrazo y le dijo: Regreso contigo, ayúdame a levantarme, y se alzó de un salto.

Dejaron juntos el patio, cruzaron los salones en los que los sacerdotes se preparaban para hacer las ofrendas propias del combate en caso de que lo hubiera, subieron las escaleras y salieron a la plataforma superior del templo. Mitztli no cabía de orgullo: iba caminando junto al más famoso y bravo de sus tíos abuelos, aunque solo tuviera veinticuatro años, cinco más que él mismo. Mientras bajaban la escalinata que daba al muro norte del templo mayor, Cuauhtémoc tuvo un extravagante gesto humano. Señaló un punto en la plaza y le dijo: Hace rato, ahí, se me apareció un hombre rarísimo, se veía como nosotros, pero tenía bigote, como los caxtiltecas; me dijo algo que no entendí. Son días de misterio y deformidad, le respondió Mitztli; yo me acabo de cruzar, aquí mismo en la plaza, con una aparición: un señor colhua que tenía piernas y pies de caxtilteca. El general se alzó de hombros, se hundió de nuevo en su natural taciturno.

Desde la comilona que les ofreció el cacique gordo de Cempoala todavía en la costa, notaron que cuando los sentaban a yantar, lo que les servían era más picante de lo normal. A los conquistadores les ardía muchísimo, pero a los locales, que se esperaría que estuvieran acostumbrados, también, así que concluyeron que los enchilaban adrede.

Alvarado suponía que era para que demostraran que eran bien hombres. Ordaz y Luengas, más inseguros, decían que era para reírse de ellos, Caldera que el picor era un signo de elegancia. El doctor Díaz del Castillo, que era lancero pero arrimaba el brazo para ayudar con las grandes cagaleras y los ataques ditirámbicos de flatulencia, pensaba que los purgaban porque eran mucho más limpios y las costumbres castellanas les daban cosa. Como siempre, Aguilar zanjó la discusión. Es espionaje, dijo, un enemigo que caga incesantemente es un enemigo que no puede ocultar su ruta. Sugirió que una vez que dejaran Cempoala, enterrara cada uno su mierda. Por supuesto, nadie lo hizo, ni siquiera él mismo, tampoco es que la expedición fuera tan discreta.

Ya que dejaron las selvas y llanos de la costa y subieron a las tierras altas, más duras, menos fértiles, más desgastadas por los milenios de sembrar milpa sobre milpa, descubrieron que para la gente del altiplano —mucho más ahorrativa que los dispendiosos costeños— la caca era un tesoro. No había ni vacas ni ovejas, así que usaban sus cuerpos como productores de fertilizante. No importaba la talla de la ciudad o villa en que pararan, encontraban siempre en ella unas letrinas que se habrían batido con honor ante las de Roma. Eran cómodas, tenían un cañito de agua corriente para remojar el tercer ojo al final de la deposición, no apestaban porque bajo el trono había una tarja de barro cuyo contenido era arrojado al contenedor de reuso apenas se había soltado el mastique.

Y en eso estaba el caudillo, leyendo a Tito Livio sin poderse concentrar del todo, cuando pensó que había resuelto el enigma de las palabras que Jesús le dijo en sueños y decidió que la mejor manera de pasar el resto de la tarde era hacer algo cristiano: una visita al templo mayor para poner una capilla en los recintos en que gobernaban los demonios de los colhuas.

Volvió de la letrina a la habitación sin ocuparse del sirviente que retiraría la tarja de abono. La acción que estaba por comenzar demandaba exhibir en su propio cuerpo toda la gloria de España, así que se puso las medias, los calzones de paño y la camisa de lazo. La tarde enfriaba. Se echó la chaqueta roja con dobladillos en los brazos y el cuello. Se apretó bien el cinturón y se puso el peto de la armadura. Solo entonces se dio cuenta de que Malinalli no estaba: se iba a tener que abrochar las correas él mismo. Era un hombre con un mensaje de Dios, así que no le importó. Estaba por ponerse las botas cuando las notó indignamente puercas. Se sentó en la estera y extrajo de su saco de viaje el frasco en el que guardaba, como cualquier soldado, la grasa para limpiar sus metales y cueros.

Desenroscó la tapa, olió su interior con cierta delectación y rebuscó en su bolso tratando de sentir el trozo de gamuza. No lo encontró, así que se puso a hurgar. Sacó su ejemplar de *Amadís de Caula*, su traducción del primer *Orlando furioso* y los poemas de Manrique; el tercer tomo, el de la pasión, de la *Vita Cristi*, que su madre le había puesto en la mano cuando se fue a Sevilla porque había escuchado que su pariente rico, Juan de Velázquez, iba a emprender la conquista de la isla de Cuba bajo la tutela de Diego Colón y estaba buscando adeptos leales, fuertes y con nociones de Derecho. Encontró la pieza de gamuza en el fondo del saco, enrollada en el rosario. Lo besó con devoción y lo dejó sobre el perro para encomendarse más tarde.

Había aprendido de su madre que también se podía rezar durante la faena, aunque fuera un poquito, así que se sentó en la estera y tomó la bota derecha para bolearla. *Gloria a Dios en el cielo*, murmuró, mientras hundía la punta de la gamuza en el frasco. *Y en la tierra paz a los hombres que ama el señor*. Empezó a tallar las costras de lodo. *Por Tu inmensa Gloria Te alabamos*. Tanto gloria aquí y gloria allá le recordó su inmaculada victoria en Cholula. *Te bendecimos*. Ganó esa batalla antes de que empezara. *Te adoramos,*

Te glorificamos. Cuando el día anterior a su partida de la ciudad de los cúes le llegó el rumor de que en el camino los esperaba un grupo nutrido de guerreros locales, invitó al señor de Cholula, a todos sus pipiles y todos sus popes a una danza de despedida en la plaza. Llegaron elegantes y desarmados, así que los encerraron y los pasaron por la espada. *Te damos gracias, Señor Dios, Rey Celestial*. Las botas les quedaron hechas un asco debido a que la operación se había parecido más a matar reses en un rastro que a un combate. *Dios Padre Todopoderoso Señor*. No habían hecho grasa para limpiar botas desde que salieron de Cuba y había que conservar el poco aceite que tenían para cocinar, así que pidió que le trajeran los cuerpos de los cuatro señores más gordos que encontraran entre los cadáveres. *Hijo único, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios*. Les cortaron la cabeza, el pito y las extremidades. *Hijo del Padre*. Colgaron los torsos de un árbol bocabajo para que se desangraran. *Tú que quitas el pecado del mundo ten piedad de nosotros*. Mientras los torsos se vaciaban, mandó clarear un espacio en la plaza atiborrada de cuerpos y encendieron un gran fuego, como si fuera la noche de San Juan. *Tú que quitas el pecado del mundo atiende nuestra súplica*. Cuando las maderas hubieron hecho brasa, le metieron una pértiga de hierro por el culo a cada uno de los torsos, bien derechita para que saliera por la faringe. *Tú que estás sentado a la derecha del Padre ten piedad de nosotros*. Clavaron las cuatro pértigas con los cuatro torsos en el centro del hogar. *Porque solo Tú eres Santo*. Les metieron cuatro cuñas en las cuatro barrigas y siguieron alimentando el hogar mientras la grasa goteaba en cuatro calderos tapados con cedazos de cota de malla para filtrar. *Solo tú, Altísimo Jesucristo con el Espíritu Santo en la Gloria de Dios Padre*. Cuando los torsos de los señores estuvieron bien cocinados y secos, sacaron los calderos de la brasa y distribuyeron el contenido entre quien arrimara su frasco. *Amén*.

Vio con orgullo lo brillante que le había quedado la bota derecha. Tomó la izquierda.

Cuauhtémoc y Mitztli entraron al palacio real por los túneles de los sacerdotes para evitar los rumores. Siguieron los pasillos que usaba solo la servidumbre hasta los apartamentos del cihuacóatl y su familia. Ahí, el secretario señaló el vano del jardín, hizo una inclinación de cabeza marcial y se regresó al despacho. El chico no vio, porque sabía que la conversación entre sus jefes reclamaba discreción absoluta, que Tlilpotonqui no estaba solo. Atotoxtli estaba sentada junto a él, llorando en su regazo.

Cuauhtémoc podía lidiar él solo con un pelotón de otomíes y conocía las catorce maneras de matar a un hombre sin usar un arma, pero era incapaz de entender que alguien llorara. Se quedó de pie bajo el vano, silencioso y quieto como un jaguar. El viejo notó la presencia del general después de un tiempo. Pensó que tenían que estar ante el fin de algo: nunca pensó que vería sus labios blancos de miedo. Le pidió con un gesto que se acercara.

Moctezuma Xocoyotzin, emperador del Anáhuac, huei tlatoani de la gran ciudad de Mehxicoh-Tenoxtitlan y comandante supremo de los ejércitos de la Triple Alianza, estaba tirado en el suelo en posición fetal y tapándose los ojos con las manos cuando el chamán de alcoba recargó el hombro en el vano del vestidor real, en el que terminaba el pasadizo que conectaba los cuartos de los sacerdotes con las habitaciones reales. Mírate nada más, Mocte, le dijo.

El emperador se destapó la cara y viró sobre el piso para quedar panza arriba, extendió los brazos. Tenía marcas secas de baba en las comisuras de la boca y estaba en camisón a pesar de que la tarde declinaría pronto. No estaba peinado, pero nunca estaba peinado.

El chamán de alcoba metió la mano en el morral de piel de venado que llevaba colgando al lado del saco de tabaco. Traigo pajaritos y derrumbes, dijo, de cuáles quieres. Moctezuma se talló la cara: Quiero un mordisco de un pajarito, nomás para nivelar, porque tengo una reunión al rato, pero no es por eso por lo que te llamé. Chocolate por la noticia, le respondió el chamán.

El emperador se alzó, sin levantarse. Se quedó en cuclillas, se rascó la cabeza, se limpió, por fin, la boca: un efecto de la pérdida de muelas a partir de los cuarenta años es que la baba se queda sin diques, se desparrama en la siesta, de ahí que el insulto «viejo baboso» sea una tautología. Preguntó: ¿Revisaron el calendario otra vez? El chamán de alcoba avanzó por la habitación y se sentó en la estera para quedar frente a él y poderlo ver a los ojos. Le dijo, enfáticamente: Todos los sacerdotes y todos los magos de palacio están de acuerdo; no puedes atacar, todo está en tu contra, tienes que esperar al sol nuevo; son menos de cien días y es lo que hay.

Moctezuma se puso de pie, caminó al perro, se sacó el camisón por las piernas y se puso la tilma blanca con descuido. Se echó la capa de plumas a los hombros y agarró la tiara. Hizo con la cabeza

un gesto que apuntaba hacia el pasadizo del vestidor real. Preguntó: ¿El sacerdote de Huitzilopochtli está trabajando a esta hora? No sé, respondió el chamán, pero puedes ir a buscarlo y si no está que lo manden llamar, eres el tlatoani. El emperador confirmó. ¿Tú me llevas?, preguntó. Y agregó, a manera de explicación: Por los pasillos nuevos me pierdo, aunque yo los haya mandado a hacer. Le dio risa su propio chiste. Como digas, le respondió el chamán. Moctezuma se puso la tiara, chueca, y levantó las sandalias de oro y piedras preciosas que había usado esa mañana para recibir a los pesados de los caxtiltecas. Se las dejó colgando por la tira entre el índice y el cordial. Iba a hacer el camino descalzo y se las iba a poner hasta llegar a la escalera secreta del recinto: eran incomodísimas.

¿Mocte?, le dijo el chamán. ¿Qué? La capa. ¿Qué con la capa? Vas a tener que mandársela después como ofrenda al sumo sacerdote y es la que te gusta, ¿no? El emperador bufó. Son todos unos miserables, dijo, y se la quitó, dejándola botada en el suelo. Agarró cualquier otra y soltó las sandalias para ponérsela. Luego miró las sandalias, lo pensó un poco y las levantó. ¿Listo?, preguntó el chamán. No, le respondió el tlatoani, dame un derrumbe, entero. El sacerdote rebuscó en su morral y le puso el hongo en la mano, con una sonrisa irónica. ¿Estás seguro?, me acabas de decir que tienes una reunión de trabajo en la noche. Por eso, le dijo el emperador tomando el derrumbe delicadamente y dándole una primera mordida en la cabecita. Y se pone peor, querido, siguió, ahorita me encaminas al templo y te regresas a la cocina, porque para la reunión de la noche voy a necesitar una biznaga de lenguas. El chamán hizo los ojos chiquitos, emitió un tsssss entre desconcertado y reprobatorio. Es muy fuerte, le dijo, se hace una vez en la vida, dos, esta sería la cuarta o quinta vez que te doy una, te puedes quedar en el viaje. El huei tlatoani cerró los ojos. El imperio pesa en los hombros, dijo, a veces pesa de más, se necesita ayuda. ¿Para qué la quieres? Mi reunión es con el jefe de los caxtiltecas. ¿Y esos quiénes son? Tú prepárala, es una orden, dos gajitos y ya. El chamán alzó los hombros. Tú mandas, dijo, pero luego no digas que no te advertí.

Yo creo que ya es hora de que todos digamos lo que sabemos, dijo Tlilpotonqui. A lo mejor no pasa nada, pero si pasa, vamos a haber sabido qué estábamos haciendo. Estaban en su jardín, Atotoxtli y él sentados en una banca y Cuauhtémoc de pie como un tablón frente a ellos.

Después de un silencio largo, el general comenzó. Yo llamé a filas, dijo. Atotoxtli, que todavía se sorbía los mocos completó: Yo le pasé la orden, directa del huei tlatoani. ¿A qué hora?, preguntó el cihuacóatl, todos hemos estado corriendo de un lado para el otro todo el día. Anteayer, dijo ella, cuando se supo que hoy llegaban todos. ¿Por qué no me dijeron? La princesa lo miró a la cara: Eres el cihuacóatl, pensé que lo sabrías. Tlilpotonqui miró las hojas del árbol bajo cuya sombra estaban sentados. Habían perdido el esplendor que tuvieron durante las lluvias, estaban secas, feas y arrugadas, listas para el relevo del invierno. ¿Y por qué creen que el tlatoani no me lo dijo? El general y la princesa se alzaron de hombros, pero algo en sus gestos decía que no era un signo de ignorancia, sino la petición de que comprendiera algo no dicho.

El viejo sabía que se estaba metiendo a una casa en llamas con un traje de ocote cuando agregó: Estoy tratando de entender. Trazó un círculo en el aire como para aislar el conjunto de uno de sus problemas mientras lo definía. Si hay alguien que le ha cuidado la espalda a Moctezuma soy yo y lo saben. El general y la princesa confirmaron con un movimiento de cabeza. He apoyado siempre sus decisiones, incluso cuando mi trabajo era oponerme a las que dañaban a los mexicas; apoyé incluso la estupidez de traer hasta acá los cahuayos. Y mirando a Atotoxtli: Tenías razón. Los príncipes volvieron a confirmar. Le costó soltarlo, pero lo dijo: Hoy el que llamó a Consejo fue Tlacaelel, mi hijo. El silencio que siguió fue todavía más incómodo.

También transmití yo esa orden, dijo Atotoxtli. Y se adelantó a la pregunta completando: Desde ayer, solo el emperador, Tlacaelel y yo sabíamos que se iba a llamar a Consejo después de la siesta. Tlilpotonqui miró hacia arriba, una brisa sacudió las hojas secas, una le cayó en la cabeza y se le quedó ahí trabada. Hoy me desperté pensando que era el cihuacóatl de la gran Mehxicoh-Tenoxtitlan, dijo, y ahorita me siento como un viejo borracho que despertó encuerado en un canal.

Atotoxtli le sacó la hoja del pelo, le tocó las manos, que había juntado en el regazo. La reunión del Consejo era un mensaje para ti, completó, pero no sé cuál fuera, ¿lo entendiste? El cihuacóatl hizo un gesto que implicaba que se ocuparía de eso más tarde. Lo importante es la ciudad, dijo, si el huei tlatoani cree que ya no sirvo como cihuacóatl, ya no sirvo como cihuacóatl, pero hoy sigue siendo mi trabajo, así que vamos a lo que sigue. Pensó un momento, respiró hondo y enunció: Nada más tengo una pregunta, ¿me va a mandar matar? Hoy no, dijo Atotoxtli, pero te mandó un mensaje con el Consejo, tienes que entenderlo haya sido el que haya sido.

El viejo miró al suelo y se golpeó los muslos con las palmas de las manos. Pues bueno, dijo alzando la cara, mañana nos preocupamos de lo de mañana. Siguió: Tenemos a los tlaxcaltecas en Iztapalapa, pero yo creo que no llamó a filas para atacarlos; los sacerdotes dicen que no es propicio, que va a perder, y ya les pasó a los cholultecas cuando pusieron su celada; no les hicieron caso a los sacerdotes y perdieron. Atotoxtli hizo una expresión de hartazgo. Los cholultecas perdieron porque el Malinche es un cobarde que mata gente desarmada a traición, no porque los dioses estuvieran contra ellos. El cihuacóatl se alzó de hombros. Mi opinión es la misma, dijo, pero Moctezuma lo interpretó de otro modo. La princesa dijo: ¿Te opusiste a la opinión de los sacerdotes fuerte y claro? El viejo afirmó. A lo mejor por eso te está saltando para tomar decisiones. Cuauhtémoc empezó a transpirar impaciencia: ¿Podemos dejar de hablar de Tlilpotonqui y ocuparnos del imperio? Atotoxtli sonrió. Ninguno de los dos entiende nada de nada, les dijo, pero Moctezuma tampoco, así que todos están igual. Miró al cihuacóatl como si fuera un niño. Eres su único amigo, la única persona en el mundo que no quiere lo que él tiene, dijo; te sacó del juego para quitarte de encima a los sacerdotes; está haciendo lo que

cree que debe hacer, nomás no dice nada, como la hormiga. Tlilpotonqui tomó nota, otra vez la pinche hormiga, pero se calló. Cuauhtémoc dijo: ¿Podemos hablar de lo que importa? Atotoxtli dio un bufido, dijo: Mejor vayan con el chamán de emociones. Ambos entornaron los ojos. Está en palacio, siguió, es gratis, tiene citas porque nadie va a verlo.

A lo del día, dijo Cuauhtémoc, y viendo a Tlilpotonqui, en un tono tenso entre la impaciencia y la caridad: No vamos a ir a la guerra, llamé a filas para contener a los rebeldes de Texcoco si se derraman hacia la ciudad cuando los ataquen los tlaxcaltecas. El viejo peló los ojos: ¿Los tlaxcaltecas van a atacar a los texcocanos? Cuauhtémoc abrió las palmas de las manos. Esa es la idea, dijo; los cuatro señores tienen que aceptar; si le barren Texcoco a Moctezuma, ocupan su lugar en la Triple Alianza. El cihuacóatl volteó a ver a Atotoxtli, que, sin decir nada, confirmó con un movimiento de cabeza. El viejo sonrió. Te puedo ayudar, dijo, llevo todo el día haciendo inteligencia; los cuatro señores están escondidos en el calpulli de los recolectores de mierda. Cuauhtémoc hizo otro gesto de impaciencia. No tendrías que haber mandado a Mitztli a matar al cabeza de los navajeros, le dijo, era nuestro aliado. Tlilpotonqui cerró los ojos. ¿Por qué no me dijiste? Tú eres el cihuacóatl, deberías saber en lo que está tu gente. Pero el emperador no me dice nada. Chamán de emociones, dijo Atotoxtli. Los cabezas de los calpullis son tus subordinados, no los nuestros, dijo Cuauhtémoc. Si Moctezuma lo ordenó, por qué no me lo dijo. La hormiga, dijo otra vez la princesa, y chamán de emociones. Cuauhtémoc la recriminó: Deja de decir lo de la hormiga. Vayan al chamán de emociones.

El viejo alzó las palmas para interrumpir y preguntó, mirando al general: ¿Están prisioneros? Son nuestros invitados y son reyes, les estamos haciendo una oferta con la que no hubieran ni soñado hace una veintena. Tlilpotonqui preguntó: ¿Ese es el mensaje que les mandó Moctezuma?, ¿así?, ¿al chile?, ¿que ocuparían el lugar de Texcoco en la Triple Alianza? Cuauhtémoc respondió con otra pregunta: ¿Hace cuánto estamos hartos de los desplantes de los texcocanos? El viejo hizo un cálculo a vuelo de pájaro: ¿Desde la fundación de Tenoxtitlan? Y preguntó: ¿Alguien sabe qué piensan los sacerdotes de eso? Ahora fue Atotoxtli quien hizo un gesto de

impaciencia. Lo que hay que hacer, dijo, es aprovechar el revuelo y matar a todos los sacerdotes. Cuauhtémoc cerró un ojo mirando hacia arriba. Sería buen momento, dijo, porque podríamos sustituirlos con los refugiados de Cholula, pero necesitaría un par de horas que hoy no tengo. Los otros dos se rieron y él completó: No era chiste.

Tlilpotonqui se levantó de la banca, se rascó las nalgas y se volvió a sentar. Dijo:

Empecé a ser cihuacóatl con Ahuizotl y lo he sido todo el reinado de Moctezuma; nunca estuvimos tan mal y nunca vi al emperador tan distraído. Siguió, mirando a Atotoxtli: Pero siempre hay un fondo de misterio en tu hermano; lo que más me preocupa, en todo caso, es que tu papá estaba igual de melancólico cuando tuvo su accidente. Arqueó las cejas cuando dijo «accidente». Sus interlocutores tragaron saliva y él se animó a hacer la pregunta que era el mero fondo de esa conversación. ¿Ustedes saben dónde está Cuitláhuac?

Cuauhtémoc se rascó la barbilla —un gesto sorprendentemente humano— y dijo: No está con los señores tlaxcaltecas, no lo he visto en tanto tiempo como ustedes. Atotoxtli hizo una mueca. Yo creo que ya no está entre nosotros. Tlilpotonqui la miró a los ojos: ¿También transmitiste esa orden? No, respondió ella, pero cada que le pregunto a Moctezuma se pone furioso. El cihuacóatl miró al general. El que sigue en la fila para la tiara imperial eres tú, le dijo, cuando pase esta ola pídele que te nombre sacerdote de un templo, va a entender el mensaje. Atotoxtli agregó: Te va a mandar a recuperar Cholula, pídele que te deje ahí en cualquier templo menos el de Quetzalcóatl, que le zurra, y se cubrió la cabeza con el velo. El cihuacóatl podía decir barbaridades porque era el cihuacóatl y, hasta donde los tres sospechaban, ya era un hombre muerto, pero ella no. Se levantó y dijo que por favor fueran discretos, que iba a ir a cumplir su cometido en las Casas Viejas.

Antes de dejar el jardín repitió: Chamán de emociones, muchachos, un ratito cada cinco días no hace daño.

Ocho de los nueve capitanes se sumaron, armados hasta los dientes, al paseo de Cortés. Además de los jefes, fueron Aguilar, los tres carpinteros y dos lanceros que ya habían participado en los derribamientos de ídolos en Cintla y Cholula. Los mandaron llamar a gritos porque no había manera de encontrar a nadie en ese palacio. Llevaban con ellos sus picas, los martillos, las cuñas y las reatas.

Malinalli, que salía del patio de la alberca cuando pasó el caudillo llamando a voces a su gente, dijo que ni loca se iba a ir a meter a las casas de los demonios de los colhuas. Cortés encontró el gesto, sobre todo, insubordinado, pero Aguilar atenuó su furia señalando que era signo del progreso de la verdadera fe en su corazón. El capitán general todavía lo pensó y dijo: No es que estemos yendo a tener conversaciones, podemos estar sin traductora, siempre y cuando tú te encargues de los padrenuestros. Prefería no invitar al capellán porque era suave de estómago. Le ordenó a Olid que cargara con las imágenes de san Cristóbal y la Santa Virgen que habían estado montando en las capillas de campaña para ponerlas en los adoratorios una vez que hubieran derribado los ídolos. ¿Y dónde coños está Caldera? Aguilar le dijo que había ido al mercado. Cortés lo pensó. Conociéndolo, tenía sentido.

Salieron del palacio de Axayácatl en formación de tres en fondo —el caudillo adelante, el fraile al final—. Los cascos, los petos, las puntas de las lanzas reflejando el sol dorado que ya estaba por desplomarse, los hacían sentirse como una fuerza que todo lo podía. Después de todo, llevaban bajo el brazo de Olid a la Virgen y san Cristóbal para protegerlos.

Cuando salieron a la calzada y vieron las miradas entre extrañadas y burlonas del mar de gente que parecía nunca dejar de

desplazarse de un lado a otro por la ciudad, se sintieron disminuidos, pero mantuvieron la firmeza y se abrieron paso hasta la entrada de la ciudadela. Subieron las escaleras y bastó que avanzaran unos palmos sobre las losas blancas, brillantes, rumbo al ojo del agua, para que tomaran conciencia de que en realidad eran un puñado de soldaditos de juguete. La magnitud de la explanada, la talla de los edificios, la ligereza de la gente, poca que se afanaba entre los cúes cumpliendo deberes religiosos produjo que aminoraran el paso, preguntándose si lo que estaban haciendo no era una burrada.

A Moctezuma le encantaba el sistema de pasadizos que conectaban los edificios públicos con los templos de la ciudadela, pero su propio palacio había sido construido cuando él ya había dejado las rutas sacerdotales. El chamán de alcoba iba delante de él con una antorcha.

El lado sur del templo mayor se encontraba avanzando en línea recta desde el palacio. Para llegar había que seguir el túnel que pasaba por debajo del templo de Tezcatlipoca y viraba donde estaba, en la parte superior, el de Xochiquetzal. El pasadizo que salía de los cuartos del emperador entroncaba con el viejo túnel axial un poco después. En el túnel axial ya no era raro cruzarse con sacerdotes siguiendo o siendo seguidos por sus novicios. Ese pasaje estaba iluminado: los constructores viejos de la ciudad habían dejado perforaciones minúsculas que permitían el paso de la luz a través de las losas de arriba, chorritos de claridad. Siguiéndolo se llegaba a la plaza subterránea en la que se podía ascender, tomando el pasadizo a mano izquierda, al templo de Quetzalcóatl, o el de la derecha al de Tláloc y Huitzilopochtli.

Avanzaron lentamente porque al emperador le pegó rápido el derrumbe: ya estaba servido y había mezclado. Se detenía cada tanto y preguntaba si estaban en las cuevas de Coatepec, con tantas joyas metiéndosele entre los dedos de sus pies. El chamán de alcoba le respondía: No, Mocte, estamos en el túnel accesorio sur rumbo al distribuidor central, lo que tienes en los pies es grava. Cierto, cierto, respondía el emperador. Y se volvía a detener: Mira el tamaño de esta serpiente, decía, y qué plumaje. No es una serpiente, Mocte, es el canal que lleva agua a tus albercas. Cierto, cierto.

Los conquistadores habían escuchado hablar del huei tzompantli

de Tenoxtitlan, por supuesto, pero pasar por primera vez junto al sonajero de muertos más grande del mundo nunca era fácil, sobre todo si uno formaba parte de un convoy de calvos lombricientos en el corazón de una ciudad cuajada de guerreros famosos por su sangre fría. Caminaron las treinta varas de calacas traqueteantes con la cabeza gacha. Santigüense, había gritado el capitán general. Aguilar empezó a cantar salmos, a los que todos respondían con un fervor que jamás mostraban en misa. Los tenochcas que pasaban por ahí encontraban conmovedor, bonito y hasta propiciatorio que se soltaran a aullar al ver el sitio en el que iban a terminar sus calaveras. Atotoxtli, que se los cruzó de camino a las Casas Viejas —llevaba un velo, iba vestida sin cromo, no la reconocieron—, le dijo a la criada que la acompañaba: Son como perritos, con razón el emperador quiere tenerlos.

Moctezuma se sacudió como golpeado por un escalofrío de lucidez en cuanto notó que el chamán de alcoba hundía la antorcha en el canal para apagarla. Ya habían alcanzado el círculo de chorros de luz que marcaban el ingreso a la plaza central subterránea. A esa hora, las luminarias ya no eran los torrentes que alumbraban el recinto completo cuando el sol cenital se detenía sobre los agujeros en las losas superiores, pero bastaban para orientarse.

El emperador se clavó un momento en las morusas de polvo que flotaban en la luz. Qué chulada de estrellitas, dijo. El chamán de alcoba lo sacudió por el hombro y le señaló el túnel que conducía a las escaleras del Templo Mayor. Por ahí subes, Mocte, sigues solo. Cierto, cierto, dijo el tlatoani, sacudiendo la cabeza. Preguntó: Qué son esos aullidos horribles que llegan de arriba. El chamán se alzó de hombros. Irán a sacrificar unos coyotes, respondió. El emperador lo pensó un poco. Creo que hoy no nos toca decapitar coyotitos, dijo, pero me puedo equivocar, estoy en derrumbes.

Cortés sintió cómo sus capitanes se apretaban entre sí, olió su miedo. Cerró las mandíbulas y jaló aire para controlar el propio e hizo lo que hasta ese momento lo había hecho descollar en situaciones comprometidas. Avanzó solo y a trancas hasta la plaza principal, la plaza de plazas, la que se abría frente al Templo Mayor, y gritó: Santiago y cierra, España. Moctezuma rompió el círculo de luz y se detuvo en el mero centro de la plaza subterránea. Escuchó el grito de Cortés, pero ya no le dio importancia. Antes de

bajar la cabeza para encomendar su ingreso al recinto, dijo: Vete de vuelta al palacio a hacer lo que te dije, aquí sigo solo. El chamán ya no lo escuchó, ya se había ido. Solo la gente acostumbrada a lidiar con dioses verdaderamente cabrones caminaba por ese pasillo. Cortés gritó: Venga, muchachos, a ver quién llega hasta arriba primero. Moctezuma escuchó los pisotones de la tropa mientras se ponía las sandalias enjoyadas, se dijo: Será el derrumbe, y se rio de su propio chiste. Se enfocó en subir con majestad. Si había algo que sabía hacer, era ser emperador.

Malinalli estaba sola en las habitaciones de los capitanes cuando la princesa, vestida solo con un huipil blanco, como si fuera una pipil cualquiera, se quitó el velo frente a ella. Al ver la tiara imperial, la traductora, confundida al principio, se postró, tocó el suelo y se llevó la mano a la boca. No tienes nada que temer, hermanita, le dijo Atotoxtli. Le tendió la mano para que se levantara. Malinalli tomó los dedos de la emperatriz y notó que estaban fríos y un poco sudados. Se levantó sin alzar la cabeza: esa hija de la chingada le estaba mintiendo. Arriesgó: Puedes ser franca conmigo, dijo, no soy nadie: fui la traductora y cortesana de un cacique en el Mayapán y ahora soy la traductora y cortesana del cacique de los caxtiltecas.

Atotoxtli era más alta que Malinalli, tenía los ojos más grandes, estaba menos tostada por el sol porque salía poco; no conocía el imperio: solo había viajado una vez y a Malinalco. La traductora venía llegando de una campaña larga, mucho sol, mucha montaña; y llegaba después de una vida que contaba como varias. Tenía la nariz ganchuda y la cara ancha de las reinas del Golfo, Atotoxtli los rasgos afilados de la realeza colhua. La princesa acababa de cumplir cuarenta, pero se veía más joven porque nunca había dejado la corte; a Malinalli ya se le empezaban a notar las batallas en el cuerpo aunque no hubiera llegado a veinte. Atotoxtli volvió a estirar la mano y le alzó a Malinalli la cara con un dedo índice que claramente sabía mandar. A mí puedes verme cuando me hablas, le dijo, no soy el tlatoani. En qué te puedo servir, le respondió Malinalli con la cara alzada pero desviando todavía los ojos. Me manda el emperador a preguntarte algo, darte un mensaje. Lo que tú digas. Primero la pregunta, dijo la princesa. Sabemos desde hace mucho que ya eras políglota cuando el cacique gordo te ofreció como regalo al Malinche, ¿de verdad necesitas al falso maya para

traducir o ya entiendes su lengua?, llevas más de diez veintenas con ellos. Malinalli la miró a los ojos para decir que no y Atotoxtli supo que la cabrona le estaba mintiendo, le sonrió. Ahora el mensaje, dijo la princesa: Nos place que estés con ellos, pero si te sientes amenazada, solo cruza la ciudadela y ven a palacio, Moctezuma te protegería, te restituiría el rango de princesa con el que naciste y podrías seguir siendo traductora sin ser, para ponerlo con claridad, la puta de nadie. Malinalli bajó la cabeza. Mi voluntad, dijo, es la del emperador, pero por ahora creo que lo sirvo mejor si me quedo aquí.

La emperatriz sonrió, relajó los hombros. La traductora pensó que de verdad sabía hacer política: tenía un control tan absoluto de sus gestos que casi se los creía. ¿Y te gusta?, preguntó Atotoxtli. No, pero no es el peor hombre que conozco, pasa muchas horas leyendo sus libros. La princesa se rio. No, dijo, el edificio, tus habitaciones, ¿te gustan?, eran las mías hasta que me mudé a palacio y te tengo que confesar que me enojé mucho cuando supe que el tlatoani los había puesto aquí. ¿Cómo no me van a gustar?, dijo Malinalli, pero si te tengo que decir la verdad, me siento observada todo el tiempo, ¿hay dobles fondos? Atotoxtli entendía que estaba hablando con una mujer cuando menos tan inteligente como ella, sabía soltar una pregunta directa para destantear a su interlocutor y medir su reacción. Por fortuna podía decirle la verdad, así que la soltó con una sonrisa honesta para ablandarla, incluso le tocó el hombro para que sintiera en la piel que no estaba mintiendo. No se lo digas al Malinche, le dijo, porque nos conviene que tenga miedo, pero no, estos eran mis cuartos, al otro lado estaban los de mi papá; todos los muros del piso real son sólidos; arriba, donde pusieron a los soldados, hay paredes falsas y seguro están cuajadas de espías, pero aquí están seguros. Retiró la mano y dijo: Ahora yo tengo algo que pedirte para mí. Malinalli sonrió una sonrisa de complicidad perfecta, incluso encogió levemente los hombros, lo cual le hizo pensar a la princesa que realmente la necesitaban en palacio como agente. ¿Me llevas a ver los cahuayos? Malinalli no permitió que el cálculo que estaba haciendo trasluciera su cara. Sí, dijo, pero se lo voy a tener que decir a mi cacique cuando vuelva, porque los tiene bajo guardia. Inclinó un poco la cabeza y sonrió con picardía perfecta. Le voy a decir que me lo ordenaste. Atotoxtli entendió que

había perdido el duelo, pero al menos iba a cumplir con su objetivo. Se mantuvo en su papel: Con que no se entere el huei tlatoani, dijo.

Moctezuma subió de un tirón las escaleras interiores del templo, siguiendo los barrotes de luz que se colaban por las perforaciones de la escalinata exterior. Cortés y sus hombres intentaron lo mismo por fuera, pero tuvieron que sentarse a descansar antes de llegar a la primera plataforma. Cuando contemos esto, dijo Alvarado, vamos a tener que decir que subimos de una. Cortés tomó nota mental, pensando que por suerte caía la tarde, que si la visita se le hubiera ocurrido al mediodía, con tanto aparejo y la reverberación del sol en la plaza, se habrían desmayado.

El huei tlatoani llegó hasta arriba, siguió el pasadizo final y cruzó respetuosamente el vano de la cámara del fondo, la más sagrada, del templo de Huitzilopochtli. Dijo: Buenas. Nadie le respondió, pero igual se metió. El sumo sacerdote, que se afanaba rodeado de acólitos mientras organizaba un nicho, se viró irritado por la interrupción. Cuando vio quién era su visitante bajó la cabeza y dejó todo; no les tuvo que dar a los sacerdotes jóvenes la orden de que desaparecieran.

Me encanta esta cámara, dijo Moctezuma dirigiéndose al clérigo, no te imaginas cómo extraño ser sacerdote. Donde había plastas de sangre veía ramos de flores. Los dedos secos de las manos de los grandes guerreros sacrificados durante los festivales del año se movían gentilmente, como las ramas de unos arbolitos en la brisa, al ritmo de una música que no podía identificar, aunque en un futuro posible nosotros sí la hubiéramos reconocido. Era «Monolith», de T. Rex.

El sacerdote también estaba hasta las orejas de lo que fuera que tomara para cumplir sus diligencias en el templo, así que apuntó con el oído mágico y escuchó la voz, tan cachonda, de Marc Bolan. Sonrió. Esa está buena, le dijo. Moctezuma siguió el ritmo con las caderas. Nunca la había escuchado, respondió, pero me gusta. Pegó

los codos al cuerpo y meneó el culo agitando la cabeza cadenciosamente de un lado a otro, transido de placer. El sacerdote, siguiendo el ritmo con sus propias nalgas —tenía como ochenta años, pero en hongos era un jaguar—, dijo: Estaba pensando en ti, fíjate; mira esto. Alzó cuidadosamente la palangana de barro en la que todavía no se terminaba de cuajar la sangre de las palomas que había sacrificado después de la siesta —sus cadáveres bailando «Monolith» sensualmente en torno suyo, y le enseñó la imagen que se conformaba en ella. Moctezuma tardó en centrarla porque venía de muy lejos. Cuando la vio bien definida, no pudo entenderla: Era yo escribiendo esta novela en un jardín de Shelter Island. Uy, dijo, qué raro, y le dio risa. Preguntó: Eso va a pasar si espero al año nuevo o si no lo espero. El sacerdote se alzó de hombros. El calendario dice que esperes, pero el calendario anda fallando últimamente; deja, le pregunto al mero mero. Caminó, contoneándose al ritmo de la música interior del emperador, hasta la escultura gigante de Huitzilopochtli que gobernaba el recinto. La capa estampada con claveras se le meneaba como las colas de una reina contenta. El dios estaba cubierto, como siempre, por un velo.

En la parte baja del templo, los españoles se levantaron. Empezaron a subir, ahora a pasito para aguantar un poco más y sin hablar para ahorrar aliento.

El sacerdote se acercó a la imagen del más guerrero de los dioses del panteón tan insoportablemente combativo de los tenochcas murmurando una plegaria. Moctezuma vio cómo, bajo el velo, Huitzilopochtli dejaba de lado la lanza y el escudo y se agachaba a escucharlo. Le encantó que, al inclinarse, el dios se subiera la mano izquierda a la cabeza —la garra izquierda, tal vez, nadie lo había visto nunca— para que no se le cayera el tocado. El sacerdote murmuró algo en el oído del ídolo y luego escuchó con atención lo que le decía con una voz que al tlatoani le habría encantado escuchar con claridad, pero que a la distancia y revuelta con «Monolith» se oía solo como el zumbido de un colibrí.

Dice que hay muchos futuros posibles, dijo el sacerdote, que sigas tus intuiciones, que nuestros calendarios son una mierda pero son lo mejor que tenemos, que a ver si ya los reformamos porque vamos atrasadísimos, que el año dura 365,263 días y no 365, como pensamos. ¿Qué quiere decir coma doscientos cincuenta y tres?,

preguntó el tlatoani, y ambos se cagaron de risa.

Los conquistadores, a los que las risas del emperador y el sacerdote les llegaron de lejos y deformadas por los ecos de las sucesivas cámaras del templo, pensaron que escuchaban el estertor de lo sagrado y se vieron unos a otros, sin decir palabra, para darse ánimos.

Pues bueno, dijo Moctezuma, se dio la media vuelta y se regresó por donde había venido, meneando gentilmente el culo y los hombros al ritmo de su canción. El sacerdote batió las palmas y volvieron los acólitos. Uno de ellos dijo: Con la novedad de que hay unos caxtiltecas subiendo al templo con sus diosecitos bajo el brazo. El sacerdote sacó el aire en un bufido impaciente. Pensó: Le hubiera dicho que Huitzilopochtli recomendó que los sacrificáramos de una vez, y ordenó: Atiéndanlos ustedes, asústenlos y luego díganles que lleven sus ídolos al templo de los dioses conquistados y que ahí les ponemos un altar bien chulo.

Por supuesto que a Jazmín Caldera le impresionó el mercado de Tlatelolco: la variedad concentrada del territorio cuyas dimensiones reales todavía no podía ni imaginar. Le gustaron los avieros con sus guacamayas y sus quetzales, sus calandrias y tucanes vivos y los carniceros con sus venados, sus iguanas, sus armadillos y sus xolosquintles muertos. Le gustaron los peleteros con sus cueros de jaguar y nutria, los floristas, las mesas de cacahuateros —que eran como las de los cambistas que había visto en Venecia. La zona de las frutas— mameyes, aguacates, papayas, guayabas, zapotes—, la variedad inverosímil de los vegetales, las jaulas de animales vivos para sacrificios: torcazas, coyotes, linces, un lobo. Pero todo eso ya lo había visto, de a pocos, en el camino.

Le impresionó también la variedad humana, la cantidad humana, la densidad humana. Los pintores de amates que venían de detrás de las montañas y los decoradores de muros que venían desde el Mayapán; la parte en que se vendían esclavos de territorios conquistados y la de los que se vendían a sí mismos para resolver un problema, las hechiceras con cualquier clase de especialidad, los escultores de ídolos y los ceramistas que podían reproducir cualquier creatura, por alucinada que fuera; los fabricantes de ollas oaxaqueños, las hilanderas totonacas, los vendedores chichimecas de arcos y flechas y los mexicas que vendían las puntas y las navajas de obsidiana. Pero eso también, de algún modo, lo conocía, lo había visto, había escuchado hablar de ello.

Y había más, mucho más, gente y oficios infinitos que simplemente no podía reconocer, pero, aun así, era otra cosa lo que le impactaba y no la identificó hasta que salió de vuelta hacia el islote de Tenoxtitlan porque la gente ya levantaba los puestos y los barrenderos con sus escobas y sus baldes de agua empezaban a avanzar en escuadra para dejar las losas de la plaza del mercado tan

limpias como las que había visto en la ciudadela de los cúes.

Malinalli se había perdido dentro del palacio tratando de llevar a Atotoxtli a los caballos; en realidad nadie sabía qué había hecho Badillo con ellos. La emperatriz, que conocía el edificio, la había ido orientando delicada y gentilmente llevándola de un patio a otro hasta que dieron con la huerta.

La princesa se había quitado la tiara real para evitar complicaciones si se encontraban con quien fuera en los pasillos, así que el vestido simple que había elegido las igualaba. Mientras avanzaban, Atotoxtli había ido contado historias de su infancia en esos pasillos, a las que Malinalli había respondido con sus propios recuerdos, que tenían un aire similar aunque vinieran de la casa de un cacique del Golfo, ínfima en comparación con el palacio de Axayácatl. A la mujer colhua le gustó la profundidad del acento sureño con que Malinalli hablaba el nahua, su vocabulario tan anticuado. Y a Malinalli le encantó volver a caminar platicando con la cabeza en alto y seguida por un séquito de damas y no mirando al piso y avanzando apurada detrás de unos patanes. Alcanzaron el jardín sin cruzarse con nadie.

Una vez en el vano de la caballeriza improvisada, Atotoxtli se detuvo en seco y con susto: los cahuayos estaban sueltos. Preguntó si mordían y Malinalli le dijo que solo las plantas. Y efectivamente: no habían pasado ahí ni una tarde completa y ya se habían comido todas las flores, habían cagado sobre las camas de hierbas medicinales y estaban terminando de limpiar de fruta los árboles.

La destrucción escandalizó a la emperatriz —muchas de esas plantas habían tardado años en llegar, aclimatarse, reproducirse—, pero encajó el escándalo con una sonrisa que no tardó en volverse sincera porque el rumor de los resoplidos de las bestias, el brillo más bien felino de sus lomos, la paz milenaria con que voltearon a verlas en cuanto irrumpieron en el jardín para volverse de inmediato a lo suyo no eran comparables a nada que hubiera visto antes.

No era el tumulto ni la variedad, ni siquiera la categoría de cosmópolis que no le había visto a Sevilla o a Roma, aunque tal vez si a Siracusa o Catania, pero en mucho menor escala. Era otra cosa. Lo que se le escapaba a Caldera, porque de verdad nunca había visto nada así, lo que lo engolfaba, no era precisamente Tenoxtitlan

sino su idea. Era una ciudad ordenada por palmo y vara que trabajaba incansablemente con la precisión de una centuria romana, una ciudad maniática en la que todo estaba donde alguien había dicho que estuviera y se hacía cuando tocaba siguiendo un procedimiento exacto repetido por generaciones. No una urbe que había ido creciendo al paso del tiempo, sino una ciudad planeada y ejecutada.

Había algo aterradoramente hermoso en que una patria completa se hubiera puesto de acuerdo para hacer de su capital un lugar ante todo puntual, que hubiera optado por la geometría y el escorzo para habitar en él: todo era un cañón de líneas rectas entre las que se producía una coreografía memorizada por todos, como si hubiera sido un artista —y no la casualidad, la suerte, el trauma de la historia— lo que hubiera organizado a esa gente.

Aguilar, tal vez porque ya estaba familiarizado con la obsesión de los habitantes de las Indias con los trazos rectos y las estructuras geométricas, no estaba tan impactado, pero de todos modos llevaba años con ganas de ver la gran Tenoxtitlan, y poder hacerlo desde la altura aviar de la plataforma superior del cu de Huitzilopochtli y Tláloc antes de internarse por sus calles, como ya estaba haciendo Caldera, le pareció afortunado y estratégico. Ver desde arriba antes de sentir abajo, ser el ojo de Dios: sin olores, sin ruido y trajín. Solo ver, y ver la ciudad, primero, como un mecanismo. No le había costado trabajo subir la escalinata: llevaba ya un par de años sirviendo jornadas agotadoras en el clima infinitamente menos benigno de las selvas del sur, así que aprovechaba los descansos que se daban los capitanes para otear la ciudad y el valle desde su corazón.

Cuando terminaron la subida y estuvieron a las puertas del templo vio que Cortés avanzaba decidido hacia su primera cámara, por lo que se atrevió a llamar su atención. El capitán general se viró y dijo: Qué. Con todo respeto y reconociendo mi lugar, respondió el traductor, creo que sería mejor esperar a hablar con Moctezuma antes de entrar al sanctórum, pídele permiso, hagamos mientras una capilla en las casas de Axayácatl. Extendió un brazo y dibujó un largo círculo que abarcaba todo lo que veían. Mira la ciudad, dijo, y mira cuántos somos nosotros; mira qué modesto el palacio que allá abajo nos parecía tan grande; nota el trazo, por favor: no hay por

dónde salir si levantan los puentes, y los van a levantar cuando toquen los tambores en ese templo —señaló el de Ehécatl—; una ciudad como esta no se alza siendo buenas personas con los forasteros y todavía no está claro si somos visitantes o prisioneros.

Caldera recordó una conversación que había tenido en Florencia con un protegido del papa León; un hombre ya mayor, famoso en Italia, más viejo en ese entonces que Hernando en esos días. Había pintado la capilla del papa Sixto que, decían los pocos que la habían visto, era la moderna maravilla del mundo. Un colega español, dibujante en el estudio del protegido papal, lo había invitado a conocerlo. Por esos días estaban proyectando la fachada de un templo dedicado a san Lorenzo. Los planos y las esculturas que la adornarían cuando terminaran la construcción recordarían a una parrilla en memoria del martirio del santo asado.

El jefe del estudio se llamaba Buonarroti, y era un alma ausente que, sin embargo, había simpatizado con Caldera y al escuchar que se dirigía al Lacio le había hablado como entre sueños de cuánto extrañaba Roma y de cómo la ciudad mejoraría si el papa León le permitiera entrar a saco en su organización; si el desorden y la cochambre de los peregrinos y los soldados fueran relegados al Trastévere y la parte de los papas se volviera a dibujar y alzar siguiendo el trazo de los campamentos imperiales: rectilíneos, escorzados, equilibrados como la parrilla en que cocinaron al santo, precisamente.

Mientras caminaba de vuelta a Tenoxtitlan desde Tlatelolco, Caldera se desvió hacia la costa del lago. Viendo las hileras de sembradíos flotantes adosados a tierra, todos rectángulos con las mismas proporciones separados por canales de anchuras idénticas y conectados por puentes removibles iguales; pensando en los cañones de luz y sombra de la ciudadela de los templos, en los pisos perfectamente aplanados y las losas parejas entre las que no crecía una brizna de hierba, se le ocurrió que el emparrillado perfecto de la ciudad, su higiene obsesa, la ausencia de núcleos de desorden en sus calles —no había merenderos, no había rastros, no había cacas de caballo, no había mesones para forasteros ni atrios para miserables, no había cáscaras de fruta ni cagaderos al aire libre, no había borrachos ni putas—, habría sido el sueño de Buonarroti; su idea llevada al último, al más remoto, al más imposible de sus

extremos.

Si cuando salieron de las habitaciones Atotoxtli y Malinalli eran una traductora y una emperatriz a las que un tiro de dados de la historia había forzado a conversar, cuando se internaron por el jardín venido a caballeriza ya eran dos princesas secreteándose en una casa ocupada por salvajes. El chiste obsceno sobre la virilidad longitudinal de los caballos, fuente de todas las complicidades. ¿Y el caxtilteca que los cuida la tendrá grande y por eso se lleva tan bien con ellos?, preguntó Atotoxtli con picardía. Malinalli le respondió que no, que le constaba porque el pobre era incontinente, así que se bajaba los pantalones donde fuera para soltar el adobe.

Badillo no tenía idea de quién era la acompañante de la traductora del capitán general, pero el revuelo de damas y la altivez de su paso lo hicieron entender que, en la escena que se desdoblaba frente a él, jugaba el papel del obediente. Atotoxtli le preguntó a Malinalli, entre otras mil cosas, cuántos cahuayos eran y ella respondió que 27, pero que le iba a mostrar algo divertido. Gritó en castilla: Badillo, ¿cuánto cahuayo? Explicó que los capitanes hacían constantemente ese chiste y que por eso podía repetirlo. El caporal se contó los dedos de las manos, alzó una mirada que alcanzaba a la caballeriza completa y se sentó en el suelo a quitarse las botas y las medias. Luego de contarse los dedos de los pies gritó: ¡Veinte! Malinalli tradujo: Cempohualli.

La broma le pareció a Atotoxtli sobre todo cruel cuando, después de pedirle mediante gestos si podía tocar a uno de los animales, él se levantó y, descalzo, se acercó a uno cualquiera, le puso la mano en el carrillo y le habló al oído de una manera en que nadie en el mundo de los colhuas, en el que todo tenía una utilidad, un lugar y tendía a estar sentenciado a muerte, le hablaba a un animal. Le acarició la crin, trenzada y con listones, y le palmeó el cuello. Luego señaló a las señoras y el cahuayo avanzó con mansura hacia ellas.

¿Qué animal era ese? El tamaño, el porte, el vigor, la obediencia. Se dejaba tocar como si fuera un perro. La impresionó la musculatura de la bestia, el pacto de amistad que claramente sostenía con Badillo y que le permitía a ella tocarlo. Nada en el zoológico de Chapultepec tenía esa talla, mucho menos esa docilidad. La emperatriz pensó que Moctezuma podía llevar ya demasiado tiempo en su crisis de melancolía y que los sacerdotes

podían sentirse al borde de ser dueños de su voluntad, pero seguía siendo el político más diestro del imperio y la persona con más visión y claridad en la ciudad: un mundo entero, más grande y más firme, podía ser construido sobre el lomo de esos animales. Eran el porvenir.

El tumulto en la calzada de Tlatelolco era mucho, todos cargados con cosas que habían comprado o no habían vendido rumbo al infinito de chinampas que se extendían en las cuatro direcciones de la ciudad flotante. Caldera caminó entre la gente admirado hasta la falta de aliento, con mucha gana de que su paseo no terminara nunca y sin ninguna de volver al palacio y el servicio del capitán general. De vuelta en el islote de Tenoxtitlan, decidió cortar camino por la ciudadela sagrada. Se estaba terminando el día.

Cortés le dio las gracias a Aguilar por el consejo no pedido y, viendo hacia los demás, dijo: Vamos, España. Nadie se movió. El fraile miró la espalda del capitán general. Lo habitaba un sentimiento entre el miedo y la vergüenza que le concedió valor. Agregó: Estamos en esto juntos, Hernando, pero yo soy un hombre de Dios, no voy a mezclarme con los de ellos. El capitán general se alzó de hombros sin voltear a verlo y murmuró, más para beneficio de los demás, que los traductores eran un lujo diplomático. Se tocó los huevos. Avanzó hacia el recinto y los demás lo siguieron. Aguilar hizo una mueca de disgusto y se fue a sentar en la mera esquina de la plataforma superior del cu de Huitzilopochtli, el punto más alto en el valle.

Atotoxtli acarició al cahuayo un poco más. Alzó la cara para agradecerle a Badillo y vio, detrás de él, que un filo de sol pegaba en la cornisa superior del jardín. Conocía las Casas Viejas como si fueran su propio cuerpo y ya estaban cerca del solsticio, así que dijo: Hora de irnos. Tomó a Malinalli por las manos, tal vez sinceramente, y le dio las gracias. Insistió: La casa de Moctezuma está abierta para ti, si en algún momento la necesitas. Se puso la tiara, las damas se formaron detrás de ella. Ya es tarde, les dijo apurándolas.

Aguilar notó que ya avanzaba la procesión de los tocadores de tambor desde las casas sacerdotales, mientras escuchaba con discreto placer vengativo los josús y los coños y los Dios nos guarde

de sus compañeros en la primera cámara del templo. En la parte superior de los demás cúes —contemplaba todas las cumbres—, los popes y novicios se materializaban sin que quedara claro de dónde habían salido. Trajinaban los inciensos en preparación para alzarlos hacia los cuatro puntos cardinales cuando cayera el sol. Los pipiles y maceguales que habían tenido algo que hacer en la ciudadela se afanaban rumbo a las puertas que los conducirían de vuelta a sus barrios.

El primero en salir corriendo de la cámara fue Luengas, que empezó a vomitar apenas le dio el aire. Detrás de él salieron Lugo y Oviedo y detrás de ellos los demás, con todo y carpinteros, lanceros, y las figuras de la Virgen y san Cristóbal. Cuando vieron a Luengas, algunos se unieron para formar un coro de libertadores de los restos del almuerzo. Aguilar pensó que eran tan competitivos que hasta en los males querían ser todos el primero. El capitán general y Alvarado salieron los últimos, intactos. Ambos eran inmunes a la realidad, de ahí que, aunque lo tuvieran todo en contra, siempre pudieran salirse con la suya. Hernando le puso la mano en el hombro a Aguilar y se sentó junto a él.

Cuauhtémoc se materializó como un fantasma en el jardín en el que Tlilpotonqui, rodeado de niños, trataba de memorizar los nombres de sus nietos. Le habían llevado apenas una decena de los setenta y ocho que tenía. El general se le acercó al cihuacóatl y le murmuró en el oído: Me dijo el chamán de alcoba que te recuerde que a ti te toca llevar a los caxtiltecas al salón del trono de Axayácatl para que Moctezuma hable con ellos. El cihuacóatl confirmó: era su deber diplomático, y aunque se sintiera relevado, pensaba cumplirlo. Hay más, dijo Cuauhtémoc. Te manda decir el emperador que lleves a tu hijo mayor al encuentro para que vaya aprendiendo, que ya se enteró de que andas preguntando por la historia de la hormiga, que se la preguntes a él, que es más estudioso y serio de lo que tú fuiste nunca. El cihuacóatl apretó los labios. Me debería preocupar, ¿verdad? Cuauhtémoc se alzó de hombros. Se lo pregunté al chamán, dijo, y me respondió que tal vez no, porque Moctezuma se había doblado de risa al mandar el mensaje, pero tal vez sí, porque estaba hasta arriba de derrumbes. Tlilpotonqui se sobó la barbilla y dijo: Sea. Luego agregó, para no irse con la duda: ¿Los tlaxcaltecas? El general entendió que esa

pregunta tenía el sabor de la última voluntad de un condenado, lo estuviera o no, así que le dijo la verdad. Siguen divididos: los señores jóvenes quieren pactar, los viejos no están seguros, no van a hacer nada hasta que Moctezuma haya hablado con el Malinche. ¿Y eso?, preguntó Tlilpotonqui. No lo entiendo, le dijo el general, están como el emperador, piensan que los caxtiltecas son importantes, un misterio. El cihuacóatl entornó los ojos y volvió a los nietos.

Caldera entró a la ciudadela por la puerta norte, que daba directo a la plazoleta que ocupaba la espalda del templo mayor. Si lo rodeaba podía volver directo al palacio de Axayácatl y ver de nuevo, ahora en actividad porque había sacerdotes, novicios y acólitos afanándose con ofrendas y procesiones por todos lados, la plaza central.

Ganaste esta, le dijo Cortés a Aguilar después de un largo silencio. Le voy a pedir a Moctezuma que le den una trapeadita a la cámara para nuestra siguiente visita, no podemos dejar a san Cristobalillo, que ha sido tan bueno con nosotros, en ese matadero. El traductor le sonrió, le palmeó el muslo y se volvió al espectáculo de la ciudad que cerraba. Más allá de los muros de la ciudadela, los maceguales de los infinitos calpullis pronto iban a empezar a levantar los puentes para que cada comunidad volviera, durante la noche, a su condición de isla. No le hizo notar a Hernando que, aunque era un ritual diario, para fines prácticos los estaban atrapando en el islote central; no tenía interés en verlo haciendo el acto, otra vez y como siempre, de ser el más hombre de todos los hombres.

Atotoxtli, que caminaba apurada de regreso al palacio de Moctezuma, alcanzó con sus damas la plaza del templo mayor y ahí se topó con un caxtilteca vestido de colhua. Lo reconoció en el acto. Era el que no se quería comer la sopa porque los sacerdotes le daban asco. Había empatizado con él, con la negativa de su cuerpo a ser parte de la farsa y la posterior disciplina con que dispuso de los platos que se alcanzaron a comer. Cuando le pidió que le dijera la verdad, se la dijo.

El caxtilteca no la notó. Miraba hacia la parte superior de la casa de Huitzilopochtli y Tláloc. Ella siguió su mirada y vio al Malinche y a su traductor sentados arriba de la escalinata, un lugar en el que definitivamente no deberían estar: nadie más que los sacerdotes, el

emperador y los muertos llegaban nunca hasta esa percha. Se preguntó, más divertida que preocupada, si tendrían conciencia de que tarde o temprano iban a estar en ese recinto en calidad de actores del espectáculo principal.

Aguilar, irritado por las toses y las sacudidas de los vomitantes, por los olores que despedían al vaciar sus estómagos lombricientos, pero sobre todo asqueado por la impermeabilidad de su jefe, notó el brillo de la tiara imperial en el centro de la plaza y reconoció a la princesa, que a su vez veía con curiosidad a un pipil con un manto amarillo que los veía a ellos. Reconoció el manto. Era Caldera. Se rascaba la cabeza largamente, sin dejar de mirarlo. Aguilar pensó que con indignación por el acto desacralizador que implicaba que estuvieran sentados en el templo, como si fuera un balcón, pensó que tenía razón. Caldera comenzó a caminar rumbo a la puerta oeste de la plaza, que no era la que conducía a las Casa Viejas. Aguilar sonrió.

Atotoxtli, sorprendida, vio que el caxtilteca vestido de colhua no estaba volviendo al palacio de Axayácatl, que se iba rumbo a los calpullis, a la parte profunda de la ciudad. Mandó a una de sus damas a seguirlo con instrucciones precisas de que, una vez que dejara la ciudadela, lo tomara de la mano y lo guiara hasta un barrio seguro; se quitó la tiara. Dásela, dijo, para que entienda el mensaje, y llévalo a un sitio en que lo escondan hasta que pase lo que tenga que pasar, por si luego se necesita quien nos enseñe cómo montar esos cahuayos.

Aguilar, desde arriba, vio con ternura las piernas pálidas, arqueadas por los años a caballo, del capitán Jazmín Caldera avanzando hacia una vida distinta que él ya se estaba arrepintiendo de haber rechazado. No era el primer castellano al que veía abandonar el barco de mierda de Europa. Miró a Cortés y no dijo nada.

Entonces sonaron los tambores. Cortés, Aguilar y los ocho capitanes miraron hacia la cumbre del cu de Ehécatl, donde los tocaban. Caldera viró la cabeza hacia el templo, le dio la espalda y siguió los pasos de la dama que le había dado la tiara de la emperatriz. Atotoxtli vio la puerta de palacio, entró. Cuauhtémoc cerró los ojos y Tlilpotonqui los abrió mucho con la vista clavada en el cielo: tal vez era la última vez que lo vería. Malinalli miró las

pertenencias del capitán general tiradas por todo el cuarto y decidió no recogerlas. Moctezuma dijo: Uy, ya se me hizo tarde para el baño.

IV. El sueño de Cortés

La cara familiar de Tlilpotonqui le dio cierta paz al capitán general. Estaba nervioso. No era lo mismo negociar con un señor de Tlaxcala, o incluso ser presentado a Moctezuma en un acto solo protocolario, que sentarse a hablar con él. Esperando, tieso, a que lo llevaran al salón azul del trono a conversar con el huei tlatoani, el pobrecito todavía pensaba que iban a hablar sentados.

Se había puesto para la ocasión el más noble y elegante de los trajes que llevaba en su saco: camisa con collar, calzones y chaqueta de terciopelo en negro y azul, bonete también negro con penacho —dos plumas rojas y entre ellas una amarilla—. Cuando sacó esa última prenda del fondo de su saco de campaña, Malinalli se la pidió para restaurar en la medida de lo posible el garbo de la cresta, que se había pegoteado por el traqueteo del viaje. Ella pensó, mientras trataba de alisar las plumas con un poco de saliva, en los penachos de gloria con que los habían recibido esa mañana.

Los nervios antes del encuentro habían sido tantos que ni Cortés ni sus soldados probaron la merienda que les sirvieron después del toque de tambores en el comedor en que habían almorzado al mediodía. El capitán general demandó que todos los hombres, estuvieran donde estuvieran en el palacio y les dieran de comer donde les dieran de comer, lo hicieran armados; mandó poner guardias en la azotea, los vanos exteriores y las esquinas del alcázar; les pasó lista a los capitanes que lo iban a acompañar al encuentro y demandó que se pusieran sus mejores trapos bajo las armaduras y cascos; los formó en dos líneas de cuatro porque el imbécil de Caldera se había ido por la tarde y no había vuelto y el pelotón le quedaba descuadrado si los acomodaba de tres en tres, como a él le gustaba. Se puso al frente, flanqueado por sus traductores. Y esperaron así, en firmes, hasta que Tlilpotonqui llegó por ellos para conducirlos al salón azul del trono de Axayácatl, al

que entraría el emperador una vez que ellos estuvieran listos para recibirlo.

El cihuacóatl iba vestido con galas todavía más altas que las utilizadas en la bienvenida a la ciudad. Se había puesto un manto negro de plumas de zanate que resaltaba en lentejuelas de oro y plata los atributos de su familia y rango: la escoba, la lanza y el perro. Traía puesto un penacho grande, abierto como medio sol, de plumas negras y azules —a Cortés le pareció propiciatorio que hubieran elegido los mismos colores—. Llevaba consigo a su heredero, vestido con más simpleza, pero plantado con la arrogancia del que todavía no sabe de política. Ambos iban descalzos. En cuanto Aguilar lo notó, hizo a un lado sus sandalias; Malinalli había dejado las suyas en la habitación. Tlilpotonqui hizo el saludo larguísimo que correspondía a la ocasión. Cortés escuchó su traducción y dijo: ¿Procedemos? Primero Aguilar y luego Malinalli agregaron algunos parabienes a su respuesta.

El cihuacóatl pasó a detallar, con la ayuda de los traductores, las normas de etiqueta para el encuentro. El emperador y él entendían que para los caxtiltecas era impensable presentarse descalzos, así que podían llevar sus botas, pero todas las demás reglas tenían que cumplirse.

Una vez que entraran al salón, se distribuirían en los lugares que les habían sido asignados en las bancas adosadas a la pared. Los caxtiltecas iban a sentarse a la izquierda del trono y el cihuacóatl y su hijo a la derecha. No habría espacio para confusión porque ahí estarían ya esperándolos la emperatriz y el general Cuauhtémoc con su esposa, hija del emperador, del lado de los colhuas. Cada uno encontraría un lienzo en el sitio en que le tocaba sentarse y el emperador no iba a entrar hasta que todos tuvieran cubierta la cabeza. Nadie podía ver a Moctezuma a la cara si él no se lo ordenaba antes, así que, en cuanto entraran al salón, todos deberían sentarse, cubrirse con el velo y mantener la testa gacha si no eran llamados.

El tlatoani iba a entrar por el vano de la derecha e iba a saludar a su familia, se iba a sentar en el trono e iba a llamar al huei Caxtitlan. Solo entonces podría quitarse el velo. Se levantaría y se quedaría de pie en el salón seguido por sus traductores, que también se podrían quitar el velo. Los tres tenían que permanecer

con la cabeza gacha a menos que se les ordenara lo contrario y se tenían que mantener de pie a tanta distancia del tlatoani como les permitiera escuchar sus palabras o a él las de ellos. Tlilpotonqui enfatizó el punto diciendo que bajo ninguna circunstancia se podía tocar al emperador, ni acercarse de más, ni hablar con él si él no había preguntado algo primero. Al final dijo: Ni el general Cuauhtémoc, ni mi hijo, ni yo vamos armados, mucho menos el huei tlatoani; se espera lo mismo de ustedes.

Cortés, que había ido escuchando y aceptando el protocolo con bufidos de desacuerdo, reculó frente a la última instrucción. Eso es imposible, dijo. Para nosotros, argumentó, las armas son parte del arreglo. Aguilar y Malinalli tradujeron, un poco avergonzados: el capitán general pensaba que su interlocutor era un idiota. Tlilpotonqui levantó una ceja y le dijo a Malinalli: Dígale que no le estoy preguntando, que si no sigue las reglas no hay encuentro; que a lo que vinieron hasta acá fue a hablar con Moctezuma, que él les hizo la gracia de aceptarlo y que así es como se hace. Cortés hizo un amago más. Tengo quinientos hombres con palos de fuego en el palacio, dijo, cien venados sin cuernos listos para atacar. Recuérdele, le dijo Tlilpotonqui a Malinalli —sin siquiera ver al capitán general—, que el palacio es nuestro y están aquí, en nuestra casa, por una cortesía nuestra, que tengo a cuatro mil águilas en el islote, listas para defender a su emperador, que si nos preocuparan sus soldados, habríamos dispuesto de ellos inmediatamente después de su desembarco. El capitán general escuchó la traducción y, enfurruñado, dijo: Sea por España y el rey, y se quitó dramáticamente el cinto de la espada y lo botó en el piso. Sus hombres hicieron lo mismo.

Cuando se volvieron a situar en firmes, el hijo del cihuacóatl murmuró algo al oído de su padre. También se tienen que sacar las dagas de las botas y las chaquetas, le dijo Tlilpotonqui a Malinalli. Cortés ordenó que lo hicieran y lo hicieron. El cihuacóatl agregó: Y una más, y señaló a Alvarado. Ese no puede ir, dijo. Cortés pensó en protestar, sobre todo porque otra vez le descuadraban la parada, pero ya no dijo nada, en parte porque entendió que el alcalde y su hijo no estaban negociando con él sino transmitiendo información, pero sobre todo porque pensó que, si la reunión fuera con el rey Carlos, él mismo dejaría a Alvarado encerrado en un baño.

El salón del trono estaba en penumbra, alumbrado nada más por dos de los cuatro braseros de las esquinas. Los muros azules, de noche, le daban un aire tenebroso. El silencio de antes ahora un poco más opresivo por el crepitar de los troncos que eran la única fuente de luz. Cuando entraron, la familia real ya estaba ahí, con la cabeza cubierta. Tlilpotonqui notó, con sorpresa, que además de los invitados que él esperaba, había dos de los tres consejeros. Faltaba el más viejo. El cihuacóatl pensó, mientras se sentaba y se desataba el penacho, que los curanderos no lo dejarían salir de noche para que no lo matara un aire. Se quitó el tocado, lo dispuso en el suelo enfrente de sí y se cubrió la cabeza con el velo.

Se hizo un silencio todavía más profundo y Moctezuma entró por el vano opuesto a la banca en la que estaban sentados los caxtiltecas. Llegó de un humor espléndido. Le habían dado una cena ultrapicante con un chocolate bien cargado para que se le pasara el viaje, con éxito moderado: ya no estaba alucinando, o no tanto, pero seguía flexible de voluntad y curioso de ánimo.

Apenas entrando dio dos palmadas y pidió que el Malinche y sus traductores se quitaran el velo y se acercaran, para presentarles a su familia y amigos. Le dijo a Cortés que podía alzar la cara.

No iba vestido de gala, como lo había estado en su encuentro breve de la mañana. Aun así, imponía. Era mucho más alto y fuerte que el capitán aunque fuera diez años mayor que él; la greña ensortijada, la diadema puesta con descuido y gracia, le daban el aire desapegado de los que de verdad no le tienen miedo a nada. Una pena, pensó el caudillo, que, teniendo tantísima majestad, casi nadie pudiera verla nunca.

Los miembros de la corte del tlatoani no se descubrieron la cabeza mientras los iba presentando. Los traductores, cabezas bajas, iban siguiendo al capitán general para que pudiera haber

conversación. Ya conoces al cihuacóatl, dijo Moctezuma, señalando a Tlilpotonqui. Y también ya conoces a Tlacaelel, su hijo, que va a heredar sus responsabilidades, así que lo estoy educando en el servicio del imperio.

Tlilpotonqui sintió la amenaza en las palabras de Moctezuma y se preguntó qué pensaría su hijo de escuchar una condena a muerte tan a las claras para su padre. Le dio consuelo que, por tener la cabeza cubierta, nadie notaría que estaba lívido, más de tristeza que de miedo. Le gustaba el mundo, le gustaba ser un mexica entre los colhuas, le gustaba ser el descendiente con mando absoluto de una esclava, le gustaba la política.

Junto a Tlacaelel había una persona con huipil. Moctezuma la señaló y dijo: Es mi esposa Atotoxtli, hoy almorzaste con ella. Los cuerpos permanecían hieráticos cuando hacía referencia a ellos. También conociste a Cuauhtémoc, que casi te arranca la cabeza —sonrió al decirlo, le pareció chistoso solo a él, como de costumbre—. El general se mantuvo duro bajo su velo, como si fuera su propia estatua. Esta es su mujer, siguió, mi hija Tecuixpo, que algún día será emperatriz si su marido sigue como va. Durante el trance, Cortés fue murmurando mucho gustos que los traductores iban repitiendo. Nadie le respondía.

Moctezuma le señaló entonces al capitán general el sitio en el centro de la sala, frente al trono, en el que debería pararse para proceder con la audiencia y caminó hacia su asiento. Antes de hacerlo dijo: ¿Malintzin? La traductora dio un paso adelante con la cabeza baja. No traduzca lo que sigue. Ella bajó todavía más la cabeza y él miró hacia la banca de la corte y le dijo a Tlacaelel que él se podía quitar el velo porque tenía mucho que aprender. ¿Le contaste a tu padre lo que dice el canto de la hormiga?, preguntó. El joven dijo que sí con la cabeza baja. Tú puedes mirar, le dijo el tlatoani. Luego dijo: ¿Tlilpotonqui? El cihuacóatl agachó la cabeza velada. Tú no tienes que mirar, dijo, porque ya lo has visto todo; pero deja que tu hijo se haga hombre y ve a sentarte en el lugar del que Abre las Lluvias, ya está muy viejo, pronto vamos a tener que encontrarle un sucesor. Tlilpotonqui bajó una rodilla al piso, tocó el suelo y se llevó la mano a la boca debajo del velo. No exageres, le dijo el emperador, voy a necesitar amigos en ese Consejo cuando me muera. Esta vez tampoco se rio nadie, aun si el chiste era un

poco mejor. Entonces caminó al trono, se arrellanó en él y, mirando al capitán general de los forasteros, le preguntó: ¿De qué quieres que hablemos, Malinche?

Cortés cerró los ojos, los abrió, volvió a recordar su sueño de esa tarde y dijo: De Jesús. Sus hombres alzaron las cejas todos al mismo tiempo, aunque nadie lo notó porque tenían las espinas dobladas y las cabezas cubiertas. ¿A ver?, le respondió el emperador.

Tlacaelel lamentó no haberse tomado siquiera un té mágico para poder gozar de lo que dijera el Malinche como lo iba a disfrutar el tlatoani. Cuando los cantos se aprendían en el calmecac, todos atendían a la sesión de estudio un poquito hasta la madre de jitomatitos mágicos, de modo que lo dicho por el instructor se escuchaba y se veía al mismo tiempo. De su boca salía una voluta que se iba transformando en un animal, un dios, un antepasado.

Al principio el capitán general tartamudeaba, daba vueltas inútiles. El emperador, que trataba de seguir el batidillo, lo asistía haciéndole preguntas. Entonces, aunque era un dios, ¿lo sacrificaron? Acotó: Nosotros echamos a Quetzalcóatl, pero no lo sacrificamos, no somos tan tontos. O: ¿Y por qué lo sacrificaron en Xeluhalén? ¿Has estado ahí? Tlacaelel podía ver a Moctezuma viendo lo que decían los traductores que decía Cortés, que por su parte se iba emocionando y se iba volviendo más y más elocuente. El desierto, el dios hombre que caminaba sobre las aguas, los guerreros que lo torturaban y lo colgaban de un palo, sus discípulos yendo por todo el mundo para repetir sus palabras, los guerreros sacrificándolos en los espectáculos, la llegada de Santiago a Caxtitlan y cómo ese pequeño reino se fue haciendo más y más grande, hasta convertirse en un imperio.

Moctezuma simpatizó con la imagen que se le apareció del rey Carlos, un jovencito que heredaba un mundo entero tras la muerte de sus abuelos y que, en lugar de ser tentado por el poder, juntaba un consejo de sabios para hacer las cosas bien. Era como los colhuas: aunque tenía sangre extranjera, gobernaba sabiamente a sus mexicas. La historia del rey Carlos tenía lo suyo, pero era un poco aburrida, así que le dijo que con gusto se haría amigo de ese tlatoani Kahlox y que si, como decía el Malinche, era el emperador de todo el mundo, podrían sumar sus imperios. Pero me interesa más, dijo, lo de Hehtzus. Dice que le interesa Jesús, dijo Aguilar. Es

un dios que da su carne a los perros como nuestro Xipe, siguió Moctezuma; cuéntame de su mamá.

Cortés le contó, ya arrobado y de lleno en el ditirambo, sobre la Anunciación, que le interesó muchísimo a Moctezuma. Como la mamá de nuestro Huitzilopochtli, acotó, que se embarazó porque le cayeron unas plumas en el mandil; ahora cuéntame de la gran peregrinación de los seguidores de Hehtzus. Y Cortés se soltaba con la habilidad verbal y la simpatía que le habían permitido, contra todo pronóstico, llegar a Tenoxtitlan y estar hablando de tú a tú con Moctezuma. ¿Tú eres apóstol? ¿Hay alguno entre tus hombres? ¿Xantiaho tuvo hijos? ¿Usaba traductores como tú? El capitán le contó de la noche de Pentecostés y Moctezuma abrió mucho los ojos, lo detuvo. Le dijo: Cuéntame eso otra vez. Cortés lo contó de nuevo y el tlatoani le respondió: Claro, hablaban xiehko.

La parte colhua de la corte se sacudió en su sitio. Estaban llegando a algo sagrado, algo temible y prodigioso, un punto de coincidencia más profundo que las similitudes de Hehtzus con Quetzalcóatl y Xipe o el parecido entre María y Tonantzin. Cuando Aguilar tradujo al castellano, la gente de su lado también se sacudió. Te está preguntando, le dijo azorado a Cortés, si hablaban griego. El caudillo peló los ojos y se volvió hacia el cihuacóatl y dijo: ¿Puedo preguntarle algo yo al emperador? Malintzin y Aguilar tradujeron y Moctezuma dijo: Adelante. ¿Griego?, preguntó Cortés. Sí, dijo Moctezuma, xiehko; no es fácil hablarlo, es siempre oneroso y puede ser mortal si no tienes buena constitución, pero sí, aquí hablamos xiehko en ocasiones muy importantes, tú y yo podemos hablarlo, si quieres. Cortés se volteó a mirar a sus traductores cuando terminaron la frase. Aguilar se alzó de hombros, pero Malinalli le llamó la atención jalándole una manga para que se enfocara en lo que hacían. Entendía lo que estaba por suceder y no debería haber ninguna interrupción.

Cortés vio que Moctezuma sacaba de un morral de piel que le colgaba por un costado junto al del tabaco un envoltorio cerrado con un listón. Lo abrió y extendió la mano en que lo tenía. Había en él dos cortes delgadísimos de biznaga, dorados por una cubierta de miel. Dijo: Acércate, es biznaga de lenguas, para hablar en xiehko; si la tomamos nos entendemos y ya no necesitamos a los traductores, me cuentas más de Hehtzus.

Aguilar, después de traducir, dijo: Hernando. Malinalli lo tomó del brazo para contenerlo y le murmuró al oído, en castellano: Déjalo, que sepa lo que se siente que te la metan por el culo. El fraile, sorprendido por el castellano de su colega, entendió que las circunstancias lo superaban. No insistió.

El capitán general dudó. ¿O es que tienes los huevos chiquitos?, le preguntó Moctezuma sonriendo. Aguilar y Malinalli tradujeron. Cortés dio un paso adelante y tomó la biznaga, esperó a que Moctezuma se metiera en la boca la suya y la masticara para hacer lo propio. Cerró los ojos y los volvió a abrir, sintió que el jugo amarguísimo de la planta, apenas matizado por la miel, le dormía la lengua, el paladar, las encías. Vio que Moctezuma, después de masticar un poco, escupía el resto de la biznaga entre sus manos, y hacía una pequeña plegaria casi muda. Hizo lo mismo, encomendándose a la Virgen, y sintió la presencia de María en el salón.

Entonces el emperador, que empezaba a refulgir, el emperador, cuyo brazo se repetía en cada movimiento, el emperador, cuya nariz a veces era una nariz y a veces el pico de un águila enorme y magnífica, le dijo: Sabe horrible y es peligroso, pero es muy efectivo. Escuchó que Malinalli decía exactamente lo mismo y luego que Aguilar lo repetía. Se volvió hacia ellos y notó que estaban vestidos de otro modo, que no recordaba que el fraile fuera todo de negro, de un negro tan oscuro que estaba seguro de que si se fijaba bien, tendría estrellas. Mucho menos que Malinalli estuviera cubierta de pájaros y flores. Bueno, se dijo, y escuchó su voz interior como si viniera de fuera. Entonces les dijo que ya no necesitaban traducir y Aguilar le señaló que estaba hablando en griego, que era un portento, y vio que Aguilar era más maya que cristiano y pensó: Mierda, me traicionó, pero ya era demasiado tarde porque todo se movía mucho más rápido de lo normal. Se viró hacia el emperador, aterrado, para preguntarle cómo se salía de donde estaban. Moctezuma había perdido la bonhomía, la disposición y simpatía que había tenido durante toda su conversación. De hecho, se dio cuenta de que Moctezuma había perdido a Moctezuma, o casi lo había perdido del todo. Garras, pico, plumas. Era como un animal que, sin embargo, cuando hablaba, era Moctezuma. Abrió las alas y dijo con una voz que era

un trueno que todos dejaran la sala. Tlacaelel no, volvió a retumbar, es el testigo. Y Cortés vio cómo sus compañeros, aterrados, densos, oscuros, hechos como de piedras, se iban en estampida persignándose. Conforme salían cada uno era un animal distinto y su favorito fue Oviedo, que se había transformado en lechón. Los miembros de la corte se esfumaron como papeles al viento, todos menos Tlacaelel, que extrañamente era él mismo, solo un poco más brillante. Entendió que lo había elegido a él como testigo porque era el más puro de intenciones en el salón.

Se viró hacia el emperador y vio que era otra vez Moctezuma, o Moctezuma repetido y a veces emplumado. El tlatoani le dijo: No tengas miedo, me estás viendo a mí y a mi nahual, pero yo estoy aquí contigo, es como una borrachera, muy corta, se va sola, dura poquísimo, como las flores; sueña.

Hernando se sentó en el suelo y vio frente a sí la pintura exquisita de una dama que se afanaba en algo. Era una de esas pinturas banales e íntimas, pinturas a lo profano, que hacían los flamencos. No había contornos, nada alrededor de ella, solo la dama haciendo algo. Se reclinó para poder verla en todo su esplendor y entonces notó que la dama estaba en una cocina. Era su madre. Hubo un momento de oscuridad y la siguiente pintura que apareció frente a él fue la de su preceptor jesuita en el colegio; llevaba un libro en la mano y un chicote en la otra. Le dio risa. Todo negro y luego un campo en Extremadura, a lo lejos Juana, la lavandera que lo había hecho hombre. Todo negro y Lola, su perra, a la que adoraba y había dejado en Medellin. Negro y la Universidad de Salamanca. Negro y la taberna. Negro y las putas. Negro y el duelo. Los alguaciles, Sevilla, Cuba, el adelantado que le tendía un libro, el mar, Cozumel, Cholula ensangrentada, esa mañana.

Entonces se levantó del suelo y se vio soñando. Se rascó la cabeza. Soñaba que soñaba. Mentalmente se veía soñar que soñaba y también podía verse soñar que soñaba. Se recordaba soñando ya y también viéndose que soñaba. Y se veía recordando que se veía soñar. Sigo borracho, pensó, mejor me voy. Y le dio las buenas noches y las gracias a Moctezuma.

El emperador le dijo, todavía en griego, al despedirse, que le habían contado que fue al templo con sus hombres y no les había ido bien, que por el momento tenía mucho que hacer con los tlaxcaltecas en Iztapalapa y los texcocanos en plena guerra civil, pero que en dos o tres días podían ir juntos, para que conociera la casa de sus dioses y los trataran como se merecían sus invitados.

Estupendo, dijo Cortés, y caminó por los pasillos de palacio hasta su habitación. No vio a los capitanes, tampoco a Malinalli. Pensó, todavía aturdido por el efecto de la biznaga de lenguas, que

estarían cenando, pero lo que él tenía era sueño, así que se acostó y durmió.

A la mañana siguiente despertó y todo seguía igual que el día anterior. Le dolía un poco la cabeza y no había mucho más que hacer que comer, tomar siestas, leer. Se resignó. Estuvieron así varios días.

La espera por la vuelta de los emisarios de Moctezuma fue aburrida. Se dedicó, mayormente, a jugar cartas con los capitanes y coger con Marina. Un día fueron al mercado en el que se había perdido Caldera. Otro a ver cultivos de flores. Al cuarto día el alcalde volvió por ellos y les dijo que Moctezuma los esperaba en las escaleras del templo. Lo visitaron. Hicieron otras cosas juntos. Una sesión de caza. Un día, aburridos como siempre, encontraron un muro falso en el palacio de Axayácatl y tras derribarlo descubrieron un tesoro y lo fundieron. Cuando Moctezuma le dijo que no podía hacer eso, que era el oro de su familia, se aprovechó de que el tlatoani no llevaba guardias y lo arrestó. Lo metió a una celda con el alcalde, que se le murió de tristeza al día siguiente.

Se tuvo que volver a la costa para encontrarse con su compadre Narváez, que venía a arrestarlo. Moctezuma, preso pero todavía de buen humor, le prestó unos escuadrones de guerreros para apoyarlo en el camino. Fue de vuelta al Golfo, y aunque no convenció a Narváez de sumarse a su aventura, este autorizó que quien quisiera entre sus soldados se fuera con Cortés a la capital. Volvió a Tenoxtitlan con un ejército más grande, con más cañones, caballos y ballestas. Llevaban bajo el brazo un arma insospechada: la viruela. A su vuelta se enteró de que Alvarado había hecho un desastre y la ciudad se había alzado. Moctezuma estaba muy enojado. Durante una discusión, Alvarado, borracho, apuñaló al tlatoani. A Cortés le dio pena porque le caía bien, pero consintió que le metieran un palo en el culo para sacarlo al balcón y sacudirlo como una marioneta hasta que alguno de sus súbditos, que ya estaban emputadísimos, le arrojara una piedra. Fingieron que habían sido los mexicas quienes lo mataron y mandó a Tlacaelel y al hermano chico del tlatoani muerto a la ciudad para que calmaran al pueblo. No volvieron.

Tuvieron que huir. Perdieron hombres, caballos y la mayor parte del tesoro, lloró bajo un ahuehuete y se hicieron rumbo a Tlaxcala a

pedir refugio. Entonces vino la batalla de Otumba, en la que cambió su suerte. Él mismo lanceó a Tlacaelel —otro ejemplar espléndido que se le escurría entre los dedos— y la peste cubrió con su manto negro el Anáhuac, mató al hermano chico de Moctezuma que acababa de ser ungido emperador.

Aprovechó el desorden para regresar con los ejércitos de los tlaxcaltecas y los de los huejotzingas y los totonacas y los otomíes y los texcocanos y sitiaron la ciudad y el trece de agosto del año de gracia de 1521, día de san Hipólito, Cuauhtémoc cayó preso y la gran Mehxicoh-Tenoxtitlan rendida.

Llegó el primer obispo y fundó una biblioteca para los españoles y una universidad para los indios. Siguió la aparición de Guadalupe, las minas de Taxco, las de Zacatecas, el oro y la plata a raudales. Le hicieron un juicio, que ni ganó ni perdió, pero ese nuevo reino al que él había llamado Nueva España crecía tanto que ya llegaba hasta otro reino enorme hacia el norte que había que llamar la Nueva México. Y el reino de Nueva Galicia que estaba ahí, nada más adyacente, donde antes habían gobernado los purépechas, ahora se extendía hasta más allá del mar y llegaba hasta unas islas que ya casi eran Catán, bautizadas en nombre del príncipe Felipe, hijo de Carlos.

Donde se alzaba Tenoxtitlan ahora había una ciudad española: los palacios, las iglesias, los conventos. Una monja que era pura luz y que también soñaba y que aunque hablaba castellano comía mole y pipián y pápalo y nogada. Era un país enorme: las cañadas, las sierras, los desiertos, las selvas. Pero también era un país que era puro dolor. Los alzamientos de indios, los barcos de esclavos, los curas detrás de la imagen de Guadalupe y una República desperdigada pero a su manera digna. Los gringos de mierda, un tlatoani zapoteca que le ganaba una guerra a Francia. Libros, guerras, universidades, ciudades con mucha más gente de la que podía imaginarse, otro tlatoani, un mixteco —puros oaxaqueños— y Eufemio Zapata caminando por el palacio de Moctezuma vestido a la española, otra República que se alzaba como podía y otros cien años y este libro y tú leyéndolo y fue entonces que Hernando despertó.

Moctezuma y Tlacaelel lo estaban mirando con curiosidad cuando abrió los ojos. Se sintió inseguro, desnudo, estando como estaba, tendido con la panza en el suelo y recargado sobre los codos, como si fuera un niño leyendo una novela de caballerías. Mientras se levantaba fue recuperando el aplomo: iba a ganar. Lo había visto: iba a ganar. Enderezó la espina. Todo eso se iba a llamar Nueva España y su nombre iba a ser recordado para siempre. Le pidió a Moctezuma que lo llevara a conocer el templo, pero su voz ya no era inteligible para el tlatoani, que lo seguía viendo con curiosidad, rascándose la barbilla. El emperador hizo una mueca de desagrado, dio una palmada y dijo algo en su lengua, que Cortés ya no entendió.

Tlacaelel sí. Lo que Moctezuma dijo fue: Adelante, Cuitláhuac. Y los ojos del hermano menor de Moctezuma se abrieron en la pared mal iluminada del fondo y el príncipe, pintado del color azul del muro —los pies y las espinillas con el ocre del guardapolvo—, se acercó a Cortés, le metió las manos en la boca, se la abrió hasta romperle la quijada y le dobló hacia atrás el cráneo hasta que se le tronó la espina. Entonces el tlatoani se volvió hacia Tlacaelel y le dijo que fuera por su padre.

Tlilpotonqui entró al poco, apurado. Vio el cuerpo desnucado de Cortés tirado en el piso y a Cuitláhuac desnudo y azul de pie junto a un brasero, recargado en la pared con la que se confundía. El huei tlatoani ordenó: Di le a Cuauhtémoc que suelte a las águilas; y encárgale a Tlacaelel la defensa contra Texcoco; va a ser un gran cihuacóatl cuando se nos muera el que Abre las Lluvias y tú ocupes su puesto en el Consejo. Tlilpotonqui bajó la cabeza. Y si alguien vuelve a decir la palabra hormiga en este imperio, dijo el huei tlatoani mientras se levantaba del trono de Axayácatl y se sacudía la capa, lo matas, pero antes le recuerdas que aunque la hormiga no

hable, al final siempre señala el camino.

Antes de irse de vuelta solo a su palacio, le encargó a Cuitláhuac que asegurara el patio de los cahuayos, que tenían un solo guardia.

Cruzó la calzada ya desierta a esas horas y subió la escalinata de la ciudadela. Cuando se detuvo a salpicarse la cara con las aguas del manantial sagrado, ya se escuchaban los gritos. Las águilas —lanzas, escudos, garrotes, penachos— ululaban majestuosas mientras se descolgaban de los colegios, las casas y los templos, rumbo a las Casas Viejas. Se acomodó la tiara, que igual le quedó un poco chueca.

Nueva York, Shelter Island y la Ciudad de México
en 20/22, años de peste.

ATRIBUCIONES

La idea de que quien escribe lo hace en una soledad iluminada es una reliquia del Romanticismo.

«Tu sueño imperios han sido» es un verso de Calderón en *La vida es sueño*. No hay por qué tratar de mejorar lo inmejorable. El trance de Cortés después de comer la biznaga de lenguas viene del viaje al centro de la hipnosis de Sergio Pitol en *El arte de la fuga* y el ensimismamiento del capitán general cita «El grafógrafo» de Salvador Elizondo. La figura de los conquistadores y Malinalli es deudora de *Borrones y borradores* de Margo Glantz. El «tla-tla» de las botas de Caldera mientras camina por las Casas Viejas es el de los huaraches de Eufemio Zapata cuando le muestra el Palacio Nacional a Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*. El poeta a quien se encuentra Cuauhtémoc diciendo sus propios versos es Ramón López Velarde. La arquitectura general de la novela es borgeana, está en conversación con «El milagro secreto» y «El Aleph».

Lo que pudiera haber de acertado en las visiones del pasado de este libro viene de las fuentes convencionales —la carta de 1521 de Cortés, los *Anales de Tlatelolco*, la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz del Castillo, la *Historia General* de Sahagún o la de Durán— y de los clásicos que han fijado su interpretación: León Portilla, Martínez, Thomas, etc. Estudios recientes sobre el México prehispánico y el del primer contacto de Michel Graulich, Serge Gruzinski, Eduardo Matos Moctezuma, Barbara E. Mundy, Alfredo López Austin, Leonardo López Luján, Matthew Restall o Camilla Townsend han precisado esas interpretaciones.

El manuscrito de *Tu sueño imperios han sido* fue leído por Natasha Wimmer, Ria Julien, Juan Enrigue, Silvia Sesé, Paola Morán, Julieta García, y Aimé Iglesias —en ese orden—. Sus

opiniones, observaciones y correcciones lo mejoraron infinitamente.

Nadie escribe en soledad y yo menos que nadie. Gracias,

Á. E.



ÁLVARO ENRIGUE (Guadalajara, Jalisco - 1969). Estudió la licenciatura en comunicación en la Universidad Iberoamericana de México en la que posteriormente se desempeñó como profesor de Literatura del siglo XX, a la par de su labor como editor y crítico en revistas culturales. Realizó su doctorado sobre letras latinoamericanas en la Universidad de Maryland, su tesis doctoral fue publicada en Anagrama con el título Valiente clase media. Con su novela La muerte de un instalador ganó el premio Joaquín Mortiz en 1996. En 2013 ganó el premio Herralde por Muerte súbita.